



CRÓNICA-1

## LLEGADA A CIUDAD DEL CABO (Western Cape – Sudáfrica)

Octubre de 2008. Por fin nos ponemos en marcha para iniciar nuestra nueva expedición “Ruta Confines de África”.

Durante la primavera del año 2003 finalizó nuestra última gran expedición, con la “Ruta de los Imperios” realizamos una gran ruta terrestre alrededor del mundo, casi 4 años por los cinco continentes. Durante estos últimos cinco años hemos seguido recorriendo lugares tan recónditos y asombrosos como Afganistán, Nueva Zelanda, las Islas Galápagos, Islandia, Isla de Pascua, los Canales Patagónicos chilenos hasta el Campo de Hielo Sur e incluso nos hemos embarcado en una emocionante navegación hasta el continente helado, la Antártida.

Con la “Ruta Confines de África” reanudamos las grandes expediciones de varios meses de duración. Los preparativos requirieron un año pero finalmente estamos listos para una exploración de cinco meses por diez países del cono sur de África.

Nuestro todo terreno, perfectamente equipado para esta larga aventura y poder enfrentarse a todo tipo de terrenos, fue embarcado en Valencia rumbo a Ciudad del Cabo. Bajar por tierra hasta Ciudad del Cabo era tentador pero como en otras expediciones anteriores ya habíamos explorado el norte, el este y el oeste de África, hemos preferido concentrar nuestros esfuerzos y tiempo en esta zona del fascinante continente africano. Está en nuestras mentes y en nuestros planos, recorrer parajes tan espectaculares como la Costa de los Esqueletos en Namibia, el delta del Okavango y el desierto de



Tras una singladura de dos semanas, el container con nuestro todo terreno ha llegado a Ciudad del Cabo. Abrimos las puertas y allí está, listo para recorrer todo el sur del continente Africano.



Libre de sus paredes de metal, nuestro 4x4 circula entre las bonitas casas de Cape Town, a los pies de la meseta Table Mountain.

Kalaharí en Bostwana, las Cataratas Victoria entre Zambia y Zimbabwe, la costa de Mozambique, el Parque Nacional de Kruger en Sudáfrica, el majestuosos lago Malawi y las zonas montañosas de Lesotho y Swazilandia, entre otros muchos hermosos y sugestivos lugares del sur del continente africano.

Los últimos dos meses han sido muy intensos para ultimar los detalles finales: documentación, vacunas, equipos de acampadas, equipamiento y embarque del 4x4 y un sin fin de detalles necesarios para una expedición de estas características y que llevaremos a cabo en solitario.

Tras un largo vuelo de más de 10 horas entre Madrid y Johannesburgo, nos embarcamos de nuevo para aterrizar en Ciudad del Cabo. Cuando el avión comienza a sobrevolar la “Ciudad Madre”, bautizada así por ser la primera ciudad que se creó en Sudáfrica, ya se divisa a lo lejos la impresionante atalaya de la Table Mountain, una enorme meseta erosionada por la fuerza del viento y los contrastes adversos de las temperaturas, símbolo inequívoco de esta bella ciudad sudafricana. Aunque ahora se encuentra a 1.087 metros de altitud en otros tiempos estuvo sumergida en el mar. Ese mar que ahora aloja los restos de aquellos navíos que fracasaron en su empeño de circunvalar el cabo de la Esperanza y acabaron derrotados por las devastadoras corrientes. No menos amenazadoras que la fauna marina que aloja, entre otros impresionantes residentes, al tiburón blanco que comparte habitat con orcas, ballenas, focas y pingüinos.

Y es aquí, en el extremo sur de África, donde nos encontramos con uno de los puntos más emblemáticos de la historia de las exploraciones por el continente negro. Nos encontramos en un punto ineludible, tan deseado como temido por exploradores terrestres, osados marinos y todo tipo de aventureros desde tiempos remotos. Nuevas rutas que culminarían en fracaso si no se alcanzaban estas resguardadas bahías, hijas predilectas nacidas del encuentro de dos gigantes: los océanos Atlántico e Índico. Para los pioneros terrestres alcanzar el mar significaba la culminación de una nueva ruta entre la costa y el interior. Para los marineros hacia el Índico, un amarre de tranquilidad. Para los provenientes del Índico, otear el Cabo de Buena Esperanza representaba la justa recompensa tras



La espectacular e impactante meseta Table Mountain es el símbolo geográfico de Ciudad del Cabo. Toda la ciudad se desarrolla a la vera de este gigante protector.



Las hermosas casas coloniales son la herencia arquitectónica de la llegada de los europeos a los confines de África.



El colorido barrio malayo (Bo-Kaap) es el principal asentamiento de la población de origen musulmana.

una desafiante travesía. Las espeluznantes historias de naufragios no impidieron el nacimiento de Ciudad del Cabo, una de las ciudades más admiradas de todo el sur de África y, a su alrededor, un territorio que se extiende entre viñedos, animales salvajes y unos rincones naturales idílicos que no siempre han presenciado lo mejor del ser humano.

“La Taberna de los Mares”, por ser el lugar donde recalaban los marinos para abastecerse, son algunos de los sobrenombres que ha recibido la admirada ciudad. En Ciudad del Cabo nos encontraremos con una ciudad que posee un paisaje tan heterogéneo en los edificios que componen sus barrios y calles como la propia población que la configura. Holandeses, ingleses, africanos, indios, malayos, indonesios, judíos... Son tantos los que llegaron a través de las aguas para configurar este rincón sudafricano que Desmond Tutu, el singular y batallador obispo premio Nobel de la Paz, la definió como “el Pueblo del Arco Iris”, por la cantidad de población de diferentes procedencias que la concibieron. Los barrios chabolas (“bidonville”) que rodean a la ciudad contrastan depresivamente con los funcionales rascacielos modernos que confluyen en el Down Town y con la romántica arquitectura colonial que nos hacen sentir en idílicos rincones de otros tiempos. Son mundos distintos de una misma realidad, opulencia frente a miseria, exquisitez frente a supervivencia. Una de las muchas facetas de un continente tan sorprendente como es África.

La primera prueba que debemos superar es la burocrática para desembarcar nuestro compañero durante los próximos meses. Nuestro vehículo no sólo será el transporte que nos traslade por todos estos países, también será nuestra “vivienda”. Lo hemos equipado con una tienda instalada en la baca y será nuestro dormitorio durante las múltiples acampadas que realicemos. Pero tras dos días de burocracia y cumplimentadas las diligencias exigidas queda liberado el tercer compañero de viaje. Pero no olvidemos un detalle. En la mayoría de estos países se conduce a la izquierda (herencia británica) y nuestro vehículo tiene el volante a la izquierda, así que tendremos que estar atentos con la conducción para no cometer errores por la costumbre de conducir a la derecha.

Nos encontramos en el Hemisferio Sur, por lo tanto estamos al inicio de la primavera y la climatología es todavía confusa. Lo mismo luce un sol radiante que se nubla, llueve o baja bruscamente la temperatura durante la noche. Ponerse en ruta hacia el legendario Cabo de Buena Esperanza nos permite ir descubriendo la idiosincrasia geográfica de este apartado enclave de África. Playas de arena dorada



El Cabo de Buena Esperanza, un espectacular vértice africano que marcaba la travesía de los marineros que circunvalaban África.



La primera fauna africana que nos encontramos en África: ¡los pingüinos! En África del Sur hay importantes colonias de estos simpáticos animalitos.



Atardecer en el Cabo Agulhas. Nos encontramos en el punto más al sur del continente africano. Su histórico faro barre por encima de nuestras cabezas. Un final perfecto para esta primera etapa.

como las de Hout Bay, acantilados abruptos como los de Chapman s Peak, pueblos con aires coloniales legados por holandeses y británicos como Simon s Town con su colonia de pingüinos, colonias de focas, cormoranes, avestruces o puntos estratégicos como Hermanus para el avistamiento de ballenas. Y seguimos avanzando por esta magnífica costa hasta alcanzar el ansiado cabo de Buena Esperanza, confluencia de las temidas corrientes de Benguela y de Mozambique, que tantos quebraderos de cabeza han dado a las embarcaciones de todos los tiempos. Hasta el mismísimo Bartolomé Díaz a punto estuvo de ver fracasar su empresa de circunvalar por primera vez el famoso cabo.

Pero el verdadero punto geográfico más al sur del continente africano se halla en el Cabo Agulhas, decenas de kilómetros después, donde las cálidas aguas de océano Índico se encuentran con las frías corrientes del Océano Atlántico.

Desde aquí, el enclave más meridional de África, retornamos a Ciudad del Cabo para preparar nuestra próxima etapa. Subir por el oeste del país durante 700 kilómetros hasta alcanzar la frontera con Namibia.



## CRÓNICA-2 **SPERRGEBIET !!** (Sur de Namibia)

El día que dejamos Cape Town el cielo estaba completamente despejado. Nos esperaban 700 km hasta la frontera con Namibia, nuestro próximo objetivo. La carretera se fue quedando desierta poco a poco. Tras apenas 60 kilómetros, después de dejar la bella ciudad costera sudafricana, ya había muy poco tráfico. El paisaje transcurría entre valles con la cordillera bordeando el horizonte y viñedos en medio de la nada con sus típicas casas coloniales de origen holandés. Cuando apenas quedaba una hora para la puesta de sol el paisaje se mutó a una monótona llanura salpicada de algunos rebaños de ovejas. Acampamos 170 km antes de llegar a la frontera. Por esta zona se encuentra ubicado el parque de Namaqua, un lugar que durante los meses de agosto y septiembre estalla en color gracias a las decenas de flores silvestres que afloran por esta época, los posters que amenizaban la caseta de la última gasolinera donde repostamos dan fe de esa explosión de brillos y colores.

El combustible en Namibia es más barato que en Sudáfrica así que en la ciudad de Springbok repostamos lo justo para alcanzar la frontera Namibia. El río Orange forma una frontera natural entre ambos países a lo largo de 500 km, por el cual se puede descender en canoa o en balsa.

Sudáfrica, Namibia y Botswana han formado un mercado común y, aunque cada uno tiene su propia moneda (con idéntica cotización en el mercado internacional), el rand sudafricano se puede usar sin problemas en Namibia y Botswana. Lo curioso es que ese acuerdo no es recíproco, no se puede usar la



Atardecer en las montañas Karas de Namibia.

moneda de Namibia y Botswana en Sudáfrica, cuando se viene de esos países hay que convertir la moneda nacional en rand sudafricanos (perdiendo cerca de un 10% en ese cambio).

Cruzar esta frontera es un paseo, apenas había una docena de camiones. Los trámites están muy organizados y fueron rápidos: sellado de pasaportes, verificación de la documentación del todo terreno, pago de 160 rands (12 euros) por tasa de carretera y “welcome to Namibia”.

Repostamos en Noordoewer y avanzamos por una carretera asfaltada unos pocos kilómetros y en seguida aparece la desviación hacia los cañones Gondwana y Fish River. A partir de ahora, nuestro avance por Namibia estará marcado por polvorientas pistas de tierra, arena, gravilla, piedras... que nos permitirán conocer a fondo este acogedor país. Nos rodea un desierto raso con vegetación rala. Namibia es un país de grandes e incommensurables espacios abiertos donde el calor del día contrasta con la brusca bajada de temperatura nocturna. Puede existir una diferencia de hasta 30° C entre el día y la noche. En estos momentos estamos en el hemisferio sur, en la misma franja horaria que España pero mientras aquí estamos en el corazón de una primavera que intuye un verano cercano y caluroso, en Europa comienza el inexorable avance hacia el invierno.

Aí Ais, con sus fuentes termales, marca la entrada sur del fabuloso cañón del río Fish, el más grande de África y el segundo mayor del mundo tras el cañón del Colorado en Arizona (aunque este último dato se cuestiona en función de los criterios que se sigan para medirlo). De cualquier forma, este perturbador entorno de impresionante desolación motivado por millones de años de erosión del río y de fracturas geológicas, posee un sugerente y extravagante atractivo.

En la entrada norte, en Hobas, existen varios puntos de vista desde donde observar mejor su impresionante estructura. Aunque el río Fish lleva poca agua, es en enero cuando comienzan las lluvias y hasta junio cuando el caudal muestra su faceta más arrolladora. Desde el Hiker's Point es posible emprender una ruta a pie de cuatro días a través de 85 kilómetros por este abrupto pero fascinante paisaje (sólo es posible recorrerlo del 1 de mayo hasta el 30 de septiembre).



Acampada en el cañón Gondwana, a la derecha un kokerboom, árbol que crece aislado entre los afloramientos rocosos basálticos y tiene forma de candelabro.



Avance entre las formaciones rocosas del cañón Gondwana.



Bordeando el cañón del río Fish.



Seguimos avanzando por sus pistas, acercándonos a precipicios de vértigo que nos muestran la cara más salvaje de este impresionante entorno que supera los 549 m. de profundidad y 27 Km. de ancho con una longitud total del cañón de 160 km. Las pistas están solitariamente salpicadas de kokerboom (quiver tree), un árbol de la especie de áloe que crece aislado entre los afloramientos rocosos basálticos y tiene forma de candelabro. La etnia san utilizaba las ramas para construir el carcaj donde llevaban flechas.

Las acampadas por este desolador paraje estuvieron presididas por unos amaneceres de luna llena espectaculares. En el horizonte comenzaba a despuntar un fulgor rojizo que anunciaba el “nacimiento” de una luna escarlata que rápidamente ascendía cambiando su semblante por una gama de tonos anaranjados y amarillos que iban palideciendo hasta volverse completamente blanca con sus inconfundibles cráteres. A la hora del amanecer de luna, todo el desierto estaba iluminado por el rey de la noche en plena expansión. Memorable en medio del desierto.

Cuando dejamos atrás el Cañón del río Fish, una nueva pista, aún más polvorienta que la de jornadas anteriores nos depositó en el asfalto, un regalo de 300 Km. en el que no tuvimos que respirar el fino polvo de los días precedentes. Nuestro rumbo cambia hacia el oeste para dirigirnos a la costa atlántica. Una bahía donde descansa la ciudad de origen alemán Lüderitz.

Avanzamos por una inmensa recta en la que apenas nos cruzamos con 7 u 8 vehículos, el sigue adueñándose de todo, un paisaje inhóspito pero famoso por ser una tierra rica en diamantes, de los cuales, los alemanes, a principios del s.XX, dieron buena cuenta de ellos.



Llegada a la ciudad fantasma de Kolmanskop, las dunas intentan engullir esta antaño próspera ciudad y la ironía de las bañeras tiradas en las dunas no hace sino añadir dramatismo a la inmisericordia del desierto.



La arena de las dunas, como un vecino impertinente que nunca llama, penetra sin pudor en las mansiones abandonadas de Kolmanskop.



Tras el desierto... llegamos al océano y divisamos en el horizonte el peculiar e inolvidable pueblo de Lüderitz .

Una serie de carteles nos advierten tomar precauciones por si se cruzan caballos intempestivamente. Uno de los tres únicos grupos de caballos salvajes que existen en el mundo. Las historias que explican su procedencia son varias. Unos apuntan que fueron dejados atrás por las tropas alemanas de la 1ª Guerra Mundial cuando abandonaron esta zona. Otras que se escaparon de las granjas. Y otra tercera, que proceden de las caballerizas del Varon Duwisib, que construyó un castillo en medio de la nada a principios del s.XX. En cualquier caso, son caballos que vagan libremente por el desierto, al cual se han adaptado, y se pueden cruzar en cualquier momento en medio del camino. Pero al final, la fauna que nos íbamos encontrando era más “africana”. La entrada en los grandes espacios abiertos de Namibia hace que la fauna aparezca sin timidez y nos vamos encontrando con gacelas, antílopes, avestruces...



Antes de llegar a Lüderitz paramos en Kolmanskop. Se trata de una ciudad minera abandonada que tiene su origen en una mina de diamantes. Todo comenzó cuando un trabajador de la red ferroviaria encontró en 1908 un a piedra brillante y se la enseñó a su supervisor. Este, rápido como el rayo y sin ni siquiera hacer pruebas de autenticación de la piedra, pidió un permiso de prospección... que le hizo millonario en poco tiempo. Así empezó la historia de la ciudad de Kolmanskop. En 1920 se convirtió en una ciudad próspera con tiendas con todo tipo de artículos importados de Europa, una carnicería, una panadería, un hospital con la primera máquina de Rayos-X (más para encontrar diamantes escondidos que en la búsqueda de huesos rotos), escuela, salón de conciertos y bailes, bolera, gimnasio, fábrica de muebles y una piscina pública. Todo ello en mitad de la nada. Pero la ciudad comenzó a declinar cuando fue encontrada otra mina seis veces mayor que la de Kolmanskop en el río Orange. Y la mayoría de los trabajadores fueron reubicados en el nuevo asentamiento. Fue en 1956 cuando se fueron sus últimos habitantes y la ciudad quedó abandonada. El desierto comenzó a engullirla con sus dunas. En 1979 fue rescatada de las garras del



¿África o Alemania? Así es la característica Lüderitz, un pedacito de Alemania en África del sur.



Aunque en Lüderitz muchas calles no estén asfaltadas y se circule sobre la arena, la población mantiene sus viviendas en un estado excepcional.



Puerto de Lüderitz con la goleta Sedina en primer plano. A bordo de esta nave se puede bordear la costa hasta la colonia de pingüinos de la isla Halifax.



desierto por la CDM (Consolidate Diamond Mines) y el 1980 se habilitó para que pudiera ser visitada. Es sobrecogedor ver como la arena ha invadido las habitaciones de las mansiones como la del arquitecto de la malograda ciudad.

Ya en la costa, Lüderitz se encuentra llena de edificios coloniales alemanes. Aunque el primer europeo que divisó sus costas fue el navegante portugués Bartolomé Díaz en 1487, cuando tuvo que refugiarse en ella para protegerse de una tormenta. Cien años después los alemanes intentaron establecer contactos comerciales con las etnias de la zona pero no sería hasta doscientos años después cuando realmente se comenzó a notar la presencia europea. Aunque el guano fue una de las primeras fuentes de ingresos de la zona serían los diamantes los que decidieron el futuro del país. De hecho, los principales ingresos del país vienen de la industria minera del diamante.

Fue el mercader Adolf Lüderitz (con el apoyo del canciller alemán Otto von Bismark, que desconfiaba mucho de la aventura de la colonización africana) el que fundó la ciudad a finales del s. XIX. Pero no vivió lo suficiente para ver la prosperidad de la misma (murió en un accidente de barco explorando el río Orange). Ha sido el desierto, por su lado, el que les proporciona una de las principales fuentes de divisas al país: los diamantes. Y en contraposición al árido desierto, su otra fuente principal de ingresos: el mar, con su intensa actividad pesquera, sobre todo por la producción de langostas (y otros productos del mar como las ostras y mejillones). Pescanova tiene una base en esta curiosa y hospitalaria ciudad.

Por la mañana temprano, zarpa la goleta Sedina para acercarnos a la isla de Halifax donde se encuentra una colonia de pingüinos jackass. Entre las viejas ruinas abandonadas de una fábrica de guano, siguen anidando esta colonia de estas simpáticas aves marinas. En una roca cercana otras criaturas marinas tienen su lugar de residencia, una colonia de focas. Los cormoranes del lago mezclados con gaviotas revolotean a nuestro alrededor y se ponen las botas con un banco de peces.

Una vez en tierra recorreremos la Península de Lüderitz, de nuevo las polvorientas pistas marcarán nuestro avance. Las bahías rocosas se suceden y aparecen hitos históricos como la reproducción de la cruz que erigió Bartolomé Díaz el 25 de julio de 1487 tras haber rodeado el cabo de Buena Esperanza (antigua costumbre marinera). Las salinas y las calas recrean nuestra vista con hermosas composiciones de bella naturaleza hasta alcanzar una antigua estación ballenera. Cuando llegamos a la Grosse Buche,



El velero Sedina nos acerca a la isla Halifax, residencia de una importante colonia de pingüinos Jack Ass.



“SPERRGEBIET”, una palabra que hay que entender a la primera. Es la prohibición tajante de seguir avanzando, se trata de la “Zona Prohibida”, al otro lado del cartel... la zona diamantero y las patrullas de vigilancia no bromean con su misión de custodia del preciado mineral.



Las dunas llegando al mar en las cercanías de Lüderitz. Nuestra siguiente etapa está al otro lado de este impresionante frente arenoso para

encontramos los restos de un pequeño barco pesquero encallado en la orilla, es el último punto permitido a la libre circulación. Vemos los carteles que, con letras mayúsculas, lucen el inconfundible "SPERRGEBIET". Es la prohibición tajante de seguir avanzando, se trata de los límites de la Zona Prohibida, al otro lado del cartel... la zona diamanterera y las patrullas de vigilancia no bromean con su misión de custodia del preciado mineral.

Aunque Lüderitz queda un poco a contramano sin duda alguna vale la pena la escapada a esta insólita ciudad encajada entre el desierto y el mar con sus originales peculiaridades.

Dejamos tras nosotros el Atlántico sur, sus vientos y sus gélidas aguas para "sumergirnos" en un nuevo océano pero esta vez de arena. Nos dirigimos a Sossusvlei.

alcanzar las dunas escarlatas de Sossusvlei.

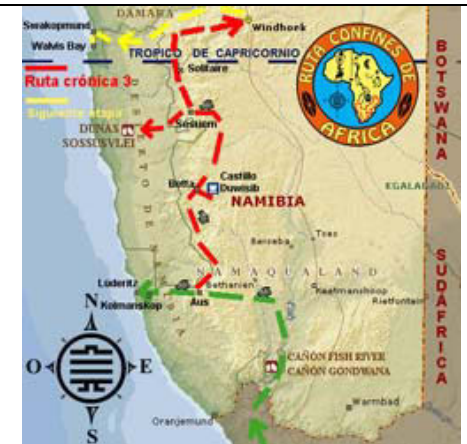


### CRÓNICA-3 **El desierto escarlata.** (Sur de Namibia)

Namibia se extiende entre el rico océano y el implacable desierto. Dejando atrás la pequeña y tranquila población costera de Lüderitz, cambiaremos las olas del mar por las olas de arena de uno de los océanos de dunas más impresionantes del planeta. El asfalto nos dura tan solo 123 Km., en el pueblo de Aus repostamos hasta que el depósito desborda y nos adentramos una vez más en el desierto del Namib para varios cientos de kilómetros.

Pero el desierto no implica carencia de vida, la fauna se adapta a las condiciones extremas del planeta y nos vamos encontrando los antílopes gemsbock. Sus largos cuernos rectilíneos así como las franjas negras y blancas que le cruzan la cara, los identifican rápidamente. Congelan sus andares al vernos, nos detenemos a nuestra vez pero los desconfiados herbívoros enseguida emprenden el galope siguiendo su incierto rumbo por el desierto.

Además del fino polvo que nos envuelve sin piedad y que podemos mascar, un nuevo elemento va a acompañarnos durante esta nueva etapa. Entre las ramas de los escasos árboles que aparecen por el camino se asientan unos curiosos y voluminosos montones de paja amarilla. Son cientos de nidos de weavers aglutinados en una misma construcción, sus impresionantes dimensiones llegan a adquirir tal tamaño que no es raro que la rama que lo sustenta no pueda resistir tal peso, llegando a quebrarse y acabar con el hogar de todos esos pajarillos en el suelo. Uno se queda hipnotizado viendo la frenética actividad de esa gran comunidad de pequeñas aves bien avenidas que han decidido vivir en un gran “bloque de apartamentos”.



Al poco de abandonar el asfalto en Aus, para adentramos en el desierto del Namib, las dunas escarlatas comienzan a aparecer.

También el ser humano ha decidido probar fortuna en este remoto desierto y allí donde se encuentra agua, se perfora un pozo y nace una granja en medio de la nada. Algunas de ellas hasta ofrecen la posibilidad de alojarse en sus dependencias o de acampar y ofrecen actividades como caminatas por las montañas, recorridos a caballo, exploraciones en 4x4...turismo rural 100% puro y duro.

Excepto estos encuentros esporádicos, no nos cruzamos con nada, ni vemos a nadie y aunque se ven de vez en cuando alguna granja solitaria la mayoría de las veces sólo vemos los carteles que indican el camino para llegar hasta ellas. Parece que el país está vacío. No obstante, recordemos que sólo hay poco más de 2 millones de habitantes, concentrados principalmente en núcleos urbanos y desde la mitad centro hacia el norte del país. El sur por donde nos movemos ahora parece que está desértico... literalmente.

Y llegamos a un cruce de pistas, de pronto aparece una construcción que indica que en ese lugar hay agua, los dueños de Betta –como han bautizado a este enclave–, conscientes de lo remoto de su enclave, han abierto una gasolinera, un restaurante básico, una tienda con provisiones y hasta un alojamiento y camping. Pero no son los únicos ni los primeros, 23 kilómetros más al este aparece el curioso castillo de Duwisib. Una construcción fuera de lugar erigida por Hansheinrich von Wolf y su esposa americana Jayta, en 1909. Los muebles fueron importados desde Europa vía Lüderitz. No fueron muchos años los que vivieron en esta mansión pues el “barón”, como le apodaron los alemanes locales y los granjeros africaners vecinos, se alistó en el ejército durante la 1ª Guerra Mundial y murió en Francia en la batalla de Somme en 1916. Su esposa Jayta regresó a EE.UU donde murió en 1946 sin llegar a reclamar nunca su propiedad, que se ha convertido en un recuerdo del pasado colonial del país. No será la única “singular” historia que conozcamos de las extravagancias coloniales.

Proseguimos el viaje por las desérticas pistas de tierra que inundan el país dejando la densa, cansina e inevitable estela de polvo tras nosotros. Polvo que penetra poco a poco por todos los rincones y de nuevo comenzamos a sentir pastosa la boca pues hasta nos hace rechinar los dientes. Las pistas están en bastante buen estado con algunos tramos de “tôle ondulée”, “corrugations” o como la conocemos en español chapa ondulada, pero podemos avanzar a 80 km/h sin problema (velocidad máxima permitida), aunque muy atentos para que no se cruce ningún animal. Los carteles de “peligro antilopes” nos lo recuerdan. Cuando nos vamos acercando a Sesriem, un cartel de “peligro jirafas” nos hace albergar esperanzas y la posibilidad



Pero el desierto no implica carencia de vida, la fauna se adapta a las condiciones extremas del planeta y nos vamos encontrando los antilopes gemsbock.



Entre las ramas de los escasos árboles que aparecen por el camino se asientan unos curiosos y voluminosos montones de paja amarilla. Son cientos de nidos de weavers aglutinados en una misma construcción.



El curioso castillo de Duwisib en el desierto del Namib. Una construcción fuera de lugar erigida por Hansheinrich von Wolf y su esposa

de atisbar alguna pero sólo aparecen inquietas y saltarinas gacelas springbok y avestruces.

Alcanzamos Sesriem al anochecer. La puerta de entrada al parque Namib-Naukluft la cierran tras la puesta de sol. Así que acampamos 4 kilómetros atrás. Antes del amanecer nos levantamos. Eran las cinco y media. Por la mañana nos visita un zorrillo buscando comida pero al vernos bajar de la tienda desaparece. El sol empieza a nacer a la 6.18, en ese momento estamos esperando para que abran las puertas y acceder al parque.

En Sossusvlei nos encontramos cara a cara con un desierto con algunas de las más imponentes y sobrecogedoras dunas del mundo. De hecho, en la duna 45 (llamada así porque se encuentra justo a 45 kilómetros de Sesriem) llegamos a la más emblemática. Comenzamos a ascender. Durante más de 30 minutos vamos subiendo por su cresta. Por el color rojizo de sus granos corretean escarabajos, diminutas lagartijas que, cuando se sienten amenazadas, con un movimiento envolvente se esconden bajo la arena y hasta hormigas. ¿Pero que hacen en la cresta de una duna a más de 150 metros de altura? Desde lo alto divisamos el panorama. Un desolador pero hermoso paisaje con soberbias y colosales masas de arena esculpidas por el viento que pueden llegar alcanzar los 300 metros de altura. En Sossusvlei apenas nos asomamos al inmenso parque de Namib-Naukluft y en este entorno aparentemente sin vida habita un activo ecosistema compuesto de reptiles (lagartos, escorpiones), herbívoros (gemsbok, springbok), aves (avestruces) y mamíferos (hienas, zorros) entre otros seres vivos como las cebras.

El parque nacional está muy protegido y sí bien se permite avanzar por doquier a pie... los vehículos han de permanecer siempre en la vía principal, y para que no haya errores... han asfaltado el tramo accesible para vehículos. Resulta irónico avanzar por todo el país por pistas y movernos entre dunas... por asfalto. Llegamos hasta el límite que nos permiten, 65 kilómetros en total. Los últimos 7 kilómetros sí que circulamos por el desierto entre pequeñas dunas de tamaños más prudentes que las dejadas atrás pero la pista es extremadamente arenosa y se ha de avanzar con precaución en 4x4 para no quedar atrapados. Aunque la composición de las dunas es básicamente de cuarzo con unos pocos minerales como la ilmenita, su color tiene una explicación muy interesante. El desierto de Namib es de dunas amarillas pero el río Orange ha depositado la arena rojiza del Kalahari al sur del país y el viento la ha desplazado hasta el Namib y de ahí ese intenso color rojo anaranjado que tienen muchas de las dunas de Sossusvlei.

americana Jayta, en 1909.



Interior del castillo de Duwisib, cuyos muebles fueron importados desde Europa vía Lüderitz.



Alto en el camino hacia Sossusvlei, hace muchos kilómetros que perdimos de vista las dunas rojas pero nos las volveremos a encontrar en las cercanías de Sesriem. Mientras tanto, la

Una vez recorrida la zona volvemos al punto de salida para acercarnos al cañón de Sesriem. Una fisura que no se aprecia hasta que estás al borde mismo de la fractura geológica. Un estrecho pasillo erosionado por el agua del río Tsauchab (ahora completamente seco hasta que comience la temporada de las lluvias) y por el cual se aprecia el conglomerado de piedras, cantos rodados y arena apelmazada que compone sus desgastadas paredes. En época de lluvias se forman piscinas donde es posible bañarse.

Las dunas quedan atrás cuando encaramos la nueva etapa que durante 80 kilómetros de pista nos lleva hasta Solitaire. Otro oasis aislado, una nueva granja-encrucijada convertida en parada obligada para repostar combustible con su pequeño restaurante de comida casera, alojamiento y camping que permite un alto en este solitario enclave. Poco después cruzamos el hito geográfico del Trópico de Capricornio. Nuevas pistas de grava y polvo por las que comienzan a aparecer más vehículos que los que estamos acostumbrados a ver (o no ver) hasta ahora. Pero estos vuelven a desaparecer cuando en el cruce que dirige nuestra pista hacia Walvis Bay en la costa nosotros viramos en sentido contrario al interior para alcanzar Windhoek. Durante las 3 horas que duraron los 200 Km. restantes hasta la capital, tan sólo nos cruzamos con un coche y algunas vacas pastando.

La ruta que seguimos es la pista de grava C-26 que cruza los pasos de montaña de Gaub Pass, Gamsberg Pass y Kupferberg Pass. El Paso de Gamsberg es conocido también como la Ruta del Jardín de Namibia, aunque la vegetación tampoco es que sea muy abundante pero ya empieza a prodigarse más que en las áridas sabanas arenosas que hemos recorrido hasta ahora. Nos rodea un paisaje montañoso que está presidido por su monte más alto, el Gamsberg de 2.347 metros. Una zona que sobrevivió a una fuerte erosión hace millones de años gracias a una capa de piedras arenosas que la recubrieron cuando toda la zona estuvo cubierta por el mar hace 200 millones años. A medida que nos acercamos a Windhoek aparecen carteles de granjas que organizan caminatas y paseos a caballo por este entorno.

Llegamos a Windhoek, capital de Namibia, cuando el sol se había puesto media hora antes. Serían las siete y media de la tarde y apenas había gente por las calles. Todo cierra a las cinco de la tarde y la gente se repliega. En cuestión de 30 minutos, las calles aparecen vacías, como si se hubiese producido una evacuación.

Llevábamos varios días sin cobertura y justo cuando paramos en una gasolinera y encendemos el móvil nos

**sabana namibia nos deleita su preciosa sabana entre montañas y colinas.**



**Los gráciles Springbok dan vida a estos solitarios parajes.**



**Las dunas escarlatas hacen de nuevo su aparición en toda su majestuosidad en los alrededores de Sesriem y alcanzarán todo su esplendor en Sossusvlei.**



entra una llamada del programa de radio de viajes de un gran viajero, Santos Valenciano (en la cadena COPE los miércoles de 19 a 20 horas) para hacernos una entrevista en directo. Tras terminar la entrevista nos cita para una nueva conexión el próximo miércoles de programa. Nos vamos a buscar alojamiento y nos recomiendan no salir por la ciudad después de la diez de la noche.

Por la mañana, lo primero que hicimos fue dirigirnos a la Embajada de Angola para comenzar a tramitar el visado. Nos piden una “carta de invitación” que gracias a la Agencia Kobo con las diligentes y atentas Mary-Ann Du Plessis y Birgit Monsem tenemos preparada, rellenar un impreso, dos fotos y pagar iii 70 euros!! por el visado. El más caro que hemos pagado nunca y... eso que llevamos unos “pocos” países recorridos. Un visado que nos permite una estancia máxima de 30 días. Otros overlanders que han llegado por el norte de Angola han tramitado el visado en el Congo pero sólo les conceden un visado de tránsito de 5 días por 50 us\$ (35 euros).

La ciudad, con apenas 250.000 habitantes, muestra un aspecto impecable pero todas las casas, hoteles y negocios tienen dispositivos de seguridad que incluyen vallas electrificadas. Y no hay acera en la ciudad que no cuente con un guarda que te cuide el coche por 2 ó 5 \$N (de 20 a 50 céntimos de euro). Gracias a estos guardas el número de robos ha descendido considerablemente pues se habían disparado de forma alarmante. Habíamos oído hablar de la inseguridad que existe en las ciudades sudafricanas y que en Namibia se respiraba un ambiente mucho más relajado en este aspecto pero a juzgar por la obsesión por la seguridad que hemos presenciado y las historias de robos que nos han contado no hemos bajado la guardia.

### Sossusvlei y sus espectaculares dunas.



¿Cómo resistirse a no adentrarse a pie en medio de este oleaje de arena doradas para ir disfrutando de cada recodo y de una vista de ondulaciones que se pierde en el infinito?



Sossusvlei es un área muy protegida y los vehículos tienen que respetar las vías habilitadas para ellos, lo que no impide avanzar por hermosos rincones... y anima a alcanzar muchos otros enclaves a pie para disfrutar de la soledad inmerso en un territorio único.



El cañón de Sesriem, una fisura erosionada por el agua del río Tsauchab (ahora completamente seco hasta que comience la temporada de las lluvias) y por el cual se aprecia el conglomerado de piedras, cantos rodados y arena apelmazada que compone sus desgastadas paredes.

Windhoek, ordenada e impecable, alterna sus construcciones modernas con edificios coloniales de origen alemán y hace muy amenos los paseos por el centro o zonas residenciales, donde grandes mansiones o coquetas villas emergen entre la vegetación de sus jardines.

Aprovechamos esta isla de modernidad y civilización para reponer provisiones y aprovechar las magníficas conexiones de internet para poner al día todos los asuntos pendientes, actualizando así la página web con la etapa recién concluida. Tampoco nos libramos de hacer la inevitable gran colada y quitar al todo terreno varios “kilos” de polvo. Varias tormentas nos despiden el último día de estancia en Windhoek, todo anuncia que la época de las lluvias está a punto de llegar. Teníamos la secreta esperanza que se pudiese retrasar para hacernos la vida más fácil pero parece ser que nos pillarán de lleno en Angola y Botswana, algo nada halagüeño. Alejando de nosotros esos malos augurios nos preparamos para la siguiente etapa: alcanzar la Costa de los Esqueletos.



En el camino de Sesriem a Windhoek, siempre a través de pistas de grava y polvo, cruzamos el trópico de Capricornio.





A pocos kilómetros de Windhoek, la capital de Namibia, también encontraremos parajes de gran belleza, que permitirán boinitas escapadas a aquellos que no quieran alejarse mucho de la “civilización”.



CRÓNICA-4  
**Las Arenas del Infierno.**  
(Sur de Namibia)

Windhoek se desvanece en nuestro retrovisor con ese cosquilleo interno de que todo va bien. Partimos con los “deberes” hechos: en el pasaporte figura estampado el comprometido visado de Angola que nos consiguió Kobo Safaris, las rápidas conexiones a Internet nos permitieron poner al día los correos y publicar la crónica de la etapa recién concluida, consultando a otros viajeros y a la propia oficina de turismo teníamos información muy detallada y actualizada de la costa y el norte de Namibia... y salíamos con buenas provisiones y toda la ropa limpia. ¿Quién puede pedir más?

Hay tres opciones de ruta para alcanzar la costa a la altura de Swakopmund, la norte asfaltada pero con pocos atractivos, la pista sur por la que llegamos y la pista central... que, a parte de ser conscientes que íbamos a tragar bastante polvo de nuevo, ofrecía unos atractivos imposibles de ignorar.

Por la C-28, así se llama la pista elegida, antiguas reliquias del pasado nos recuerdan episodios de la historia más reciente del país. Una antigua mina de cobre, la mina de Matchless, que hace unos 200 años ya estaba activa aunque no comenzó a explotarse hasta el año 1856. Se abrió y cerró en varias ocasiones a lo largo del último siglo pero no corrió mucha suerte y fue finalmente clausurada con el colapso del mercado del cobre en los años 80. Una antigua mansión, la Casa Liebig, edificada en 1908 por el Dr. Hartig, director de la granja del consorcio anglo-alemán y que en aquellos años fue símbolo del lujo y opulencia. Ahora es una casa en ruinas abandonada en medio de la nada. Como el fuerte de Von François, levantado para proteger la ruta entre Windhoek y Swakopmund y que acabó siendo el lugar donde desterraban a los militares alemanes que se pasaban con el alcohol. La verdad que entre esos cuatro muros de piedra en medio de esa inmensa soledad, el viento soplando sin cesar, la posibilidad de ser atacado, un arma en las manos y con síndrome de abstinencia... era realmente un cóctel poco prometedor.

El cielo no estaba muy colaborador. Las nubes impidieron que los rayos de sol concedieran un poco de alegría y color a esta ruta y el fino polvo que penetraba por todos sitios apagaba un poco el entusiasmo inicial. El punto álgido llegó al pasar el Puerto de Bosua, cuyo desnivel es tan exagerado que imposibilita el paso de camiones, convirtiéndola en una ruta exclusiva para vehículos ligeros. Tras el paso de montaña, el desierto de Namib empieza a imponerse con una recta a través de una planicie rala y tan solitaria como los más de 200 kilómetros que ya llevamos recorrido. Y donde el viento impone su voluntad a su antojo y 140 kilómetros después... “imar a



Por la C28, así se llama la pista elegida para salir de Windhoek, antiguas reliquias del pasado recuerdan episodios de la historia más reciente del país, como el fuerte de Von François, levantado para proteger la ruta entre Windhoek y Swakopmund



Tras el paso de montaña de Bosua, el desierto de Namib empieza a imponerse con una infinita recta a través de una planicie rala, solitaria y monótona.

la vista!”.

Por el camino nos encontramos un solitario 4x4 que se había averiado pero su dueño no tenía cobertura con el móvil, nos pidió que cuando tuviéramos cobertura llamásemos a un número que nos dio para que fueran a buscarle. Eso hicimos y salieron en su busca nada más recibir nuestro mensaje. Pero es que con todas las pistas namibias ocurre lo mismo, te quedas sin cobertura apenas sales del núcleo urbano.

Por fin llegamos a la costa atlántica y entramos en la ciudad de Swakopmund. Lo primero que hicimos fue repostar gasoil y fue la primera vez nos aceptaron la tarjeta de crédito. Cuando nos dijeron que en Sudáfrica, Namibia y Botswana aceptaban las tarjetas de crédito en todos lados, se les olvidó la coletilla “excepto en las gasolineras”. Calculamos presupuesto del efectivo en base a que el combustible se pagaría con tarjeta en esos 3 países y al llevarnos la sorpresa de que no se aceptaba en casi ninguna gasolinera... el combustible se convirtió en nuestra sangría de efectivo. Los euros y dólares que llevábamos desaparecían en un visto y no visto por la cantidad de kilómetros que recorreremos y aunque es más barato que en España, el litro de gasoil está a 0,85 euros... que multiplicado por cientos y cientos de litros, supone el mayor gasto de la expedición.

La ciudad de Swakopmund provoca una impresión común a todos los que nos encontramos con ella por primera vez. Parece un trozo de Alemania abducido de Europa y posado en esta lejana costa africana. Tuvimos esa sensación en Lüderitz pero ahora es “a lo grande”.



Un espejismo que se materializa cuando nos paseamos por sus calles y comprobamos que es real. Turistas, principalmente alemanes, se entremezclan con la población local indígena que nos recuerda que sí que estamos en África y no en el Tirol. La ciudad se ha convertido en el destino favorito de los namibios durante las vacaciones (entre diciembre y enero). El propio presidente del país también la ha elegido como destino



Y llegamos finalmente a la Costa de los Esqueletos, bautizada así debido a los numerosos navíos que han naufragado a lo largo de los siglos.



La intensa actividad del puerto de Walvis, no impide un entorno rico en fauna. En la gran lengua de arena que delimita su laguna se han instalado colonias de leones marinos.



Chacal por las playas de la laguna de Walvis en busca de alguna cría desprotegida o restos de animales muertos por causas naturales.

vacacional. Y cuando recorremos los 35 kilómetros asfaltados! entre Swakopmund y Walvis Bay, la otra ciudad costera y el principal puerto de Namibia, constatamos la cantidad de urbanizaciones a pie de playa que han proliferado y siguen levantándose.

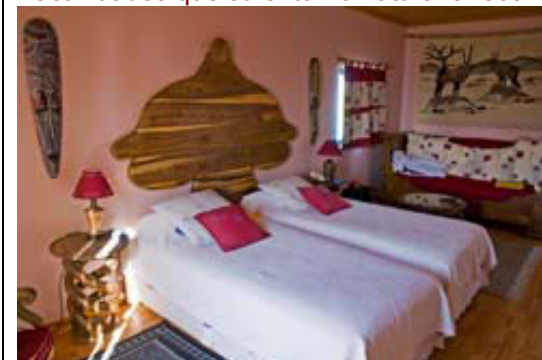
Mientras aprovechábamos los escasos rayos de sol, que se dignaron a salir casi al atardecer, escuchamos unas voces hablando en español. Nos preguntaban si teníamos unos cables para arrancar su coche. Se trataban de Jose Luis y Manuel, dos oficiales de un barco pesquero que partiría en breve para faenar durante varios meses. Ubicados en Walvis Bay, pasaban el día por Swakopmund. Vicente buscó entre nuestro equipaje los cables y en un momento su coche de alquiler volvía a estar en marcha. Este encuentro fortuito hizo que al final fuésemos esa misma noche a La Casa del Mar de Walvis Bay, un establecimiento que depende directamente de España y dedicado a la gente del mar de origen español.

Todos nos recibieron con los brazos abiertos y aunque no es posible alojarse en ella, si que pudimos aceptar la hospitalidad de poder levantar nuestra tienda techo en su parking y poder usar sus instalaciones para trabajar. Allí conocimos a Pedro, el encargado, un hombre encantador y acogedor como pocos. A la hospitalaria y amable Ana, directora del centro que nos autorizó a instalarnos en su recinto. Así, poco a poco, fuimos conociendo a toda la colonia española: Ricardo y Maica, de la Fundación Bastos cuyo objetivo era mejorar las condiciones de vida de la etnia Topnaar; a Pilar, que vino para un periodo corto y ahora casada y con 4 hijos, trabajando de agente naviero; y muchos más. Todos ellos con una historia personal de cómo llegaron a este remoto enclave. Con Ricardo y Maica pasamos más tiempo, esta simpática pareja de Melilla nos llevó a bordear la laguna de Walvis y ver su impresionante colonia de lobos marinos, su faro, nos encontramos con chacales... Durante los sucesivos encuentros con ellos íbamos aprendiendo más y más cosas de Namibia, de África, nos explicaban las actividades más interesantes, las rutas más atractivas, nos pasaron una cartografía que luego nos resultaría imprescindible. La verdad es que lo último que podíamos imaginar es tener una vida social tan animada con españoles en este apartado rincón del mundo. La aséptica Walvis, deslucida como ciudad pero rica en todo tipo de inolvidables actividades, se convirtió en uno de esos lugares que dejan huella.

Pero Walvis nos tenía reservada otras sorpresas derivadas del entorno natural en el que está emplazada. El desierto por un lado y el océano por otro. Precisamente por mar llegó el primer europeo que tomó contacto con estas costas. Fue el marino portugués Bartolomé Díaz en 1487 pero al no encontrar agua potable no le dieron



El Lagoon Loge, con sus 7 habitaciones decoradas con muy buen gusto, en estilos diferentes, es uno de los alojamientos más agradables. Aunque casi siempre está lleno, desde aquí se pueden organizar todas las actividades que su entorno natural ofrece.



Con los ultraligeros buggies del Lagoon Loge nos adentramos con facilidad por el mar de dunas de Walvis Bay disfrutando la conducción en el desierto.

mucha importancia al lugar, de hecho Díaz lo denominó las “Arenas del Infierno” y pronto dejaron el lugar para dirigirse a Ciudad del Cabo.

Esas Arenas del Infierno se pueden explorar por espectaculares recorridos que nos recordaban las travesías que habíamos hecho por el desierto del Sahara, cuando tuvimos que surcar mares de dunas en Argelia y Libia. Es mucho más enjuto que el Rey de las Arenas pero una vez dentro la sensación es similar.

A través de los dueños de Lagoon Loge (dunelover@mail.na) , Helena y Wilfred, se organizó una estupenda salida por el desierto con buggies superligeros y de muy fácil de conducción. Estos juguetes “comedunas” avanzan imparables por cualquier tipo de arena, suben y bajan por cualquier pendiente y nos permitió disfrutar de este increíble paraje sin tener la “Espada de Damocles” de poder quedar atascados y tener que usar palas y planchas para proseguir. Conducir esos pequeños 4x4 hace que los conductores disfruten de todas las maravillas de un mar de dunas y evitar todos los inconvenientes.

La duna de bajada directamente a la playa para alcanzar Sandwich Harbour produce un derroche de adrenalina increíble al tener que deslizarse el vehículo por una pendiente tan pronunciada... que acaba en el mismo mar. Realmente es un recorrido obligatorio cuando se llegan a estas latitudes. Al que ame y admire el desierto, como nos pasa a nosotros, le parecerá estar en un sueño y a los que lo miren con desden, se reconciliarán con él. La emoción de sentir el desierto desde dentro y la belleza salvaje del entorno con vistas desde lo alto de las espectaculares dunas hacia el océano Atlántico para luego fundirse con él conforma un espectáculo de extraordinaria belleza.

Y del océano de arena al océano de agua. En un amplio catamarán nos embarcamos una mañana de cielo azul y soleado para navegar acompañados de pelícanos, cormoranes del cabo, delfines de Benguela, simpáticos y glotones lobos marinos subiendo a bordo... Nos aproximamos a las numerosas colonias de lobos marinos y con un poco de suerte hasta es posible ver ballenas jorobadas, ballenas southern right y orcas. Marco, el dueño de la empresa Catamarán Charters, organiza este tipo de navegaciones con cuidados detalles y con unas interesantísimas explicaciones sobre todo los secretos de la Bahía de Walvis.



**Sandwich Harbour, sus lagunas y las dunas que mueren en el mar conforman un espectáculo de extraordinaria belleza.**



**La Casa del Mar, un pedacito de España en un rincón perdido de África y que nos acogió como un miembro más.**



**El plato estrella de Walvis Bay: las ostras.**



Abandonamos el mar, dejando atrás la Costa de los Esqueletos y sus navíos varados para adentrarnos de nuevo en el interior de este contrastado país.



Apuntamos el morro de nuestro todo terreno hacia las “montañas de fuego”, las Brandberg. Detrás... la gigantesca nube de polvo que nunca nos abandona en Namibia y delante... un extenso macizo de granito que con las luces del atardecer parece estar en llamas.



Las acampadas improvisadas allí donde nos cubre el manto oscuro de la noche... una de

Una travesía de tres horas que, como buen anfitrión para turistas viajeros, complementa con una comida a bordo a base de ostras (uno de los platos estrella de Walvis Bay), canapés variados de carne de antílopes, venados de la zona, pescado y todo regado con abundante vino espumoso de Sudáfrica. Una inolvidable experiencia que nos acerca en primera línea a la fauna marina de Walvis .

La extraordinaria vida animal que se desarrolla en el mar y en la arena es debido al fenómeno ambiental que se produce por la corriente de Benguela que alcanza esta zona del planeta. Dicha corriente fluye desde la Antártida hasta la costa africana y el encuentro de aire frío de la corriente con el aire caliente del interior provoca una densa niebla cada mañana que puede extenderse hasta 100 kilómetros tierra adentro. Al amanecer,

cuando la superficie de la tierra se calienta, el calor se irradia sobre la niebla dispersándola a lo largo de la costa. A medida que avanza el día la brisa marina extiende la humedad sobre el desierto. Este fenómeno ha creado un ecosistema peculiar donde la flora que se ha generado sea una fuente de comida para los animales que viven en el desierto. La corriente contiene también gran cantidad de nitrógeno que motiva la aparición de plancton lo cual a su vez atrae a las ballenas y pescados como la anchoa y atunes creando una riqueza pesquera increíble. De ahí la presencia de la flota española por estas tierras como la conocida Pescanova. Y por otro lado, la propia bahía de Walvis es uno de los humedales con mayor concentración de aves costeras más significativos del sur de África. Los flamencos (que este año no se han dignado a venir) y los pelicanos blancos son algunos de sus numerosos inquilinos.

Dejando atrás la belleza de la fauna, el entorno natural de Walvis y un montón de españoles que esperamos volver a ver en otra etapa de esta larga ruta africana, iniciamos el avance hacia el norte, no sin antes hacer una nueva parada en

Swakopmund para darnos el gusto de volver a pasear entre la arquitectura afro-alemana que la convierten en la ciudad más bella de Namibia.

Comenzamos a remontar la Costa de los Esqueletos, bautizada así debido a los numerosos navíos que han naufragado a lo largo de los siglos. Si la corriente de Benguela genera vida dentro y fuera de sus aguas también ha generado muchas muertes con los naufragios que ha provocado y sigue provocando. Las rocas y la niebla de las calas se confabulan para atrapar a los navíos y conducirles a una catástrofe inevitable. Los antiguos y curtidos marinos portugueses la bautizaron como las arenas del infierno, si su barco quedaba atrapado ya sabían cual sería su fatídico destino. Incluso si conseguían sobrevivir al naufragio el adentrarse por el interior para buscar un punto de agua le conduciría hasta las fauces de los leones que frecuentaban la zona. Realmente no se equivocaron denominándolas “las arenas del infierno”. Sólo localizamos tres barcos encallados entre Walvis y Torra Bay, el resto de los navíos hundidos se encontraba en una zona de acceso restringido que sólo es posible divisar en avión.

El cabo Cross nos obsequió con la numerosa y “olorosa” colonia de lobos marinos. El panorama de la extensa comunidad se desarrollaba con aquellos que languidecían sobre las rocas tomando el sol, con la constante confrontación de los machos defendiendo sus “harenes” de otros machos batalladores y con algunos chacales

las delicias de explorar Namibia. Casi cualquier sitio es acogedor para pasar una noche en contacto pleno con la naturaleza.



Entre sus rocas de los montes Brandberg se halla un tesoro artístico creado por hombres primitivos, los san o bosquimanos. Parte de su arte milenario ha sobrevivido hasta nuestros días y se puede admirar en White Lady... tras una buena caminata.



Seguimos avanzando por pistas que nos conducen hasta otro reducto histórico de gran importancia: Twyfelfontein. Se trata de un manantial del valle de Aba Huab que concentró una importante población san hace 6.000 años donde dejaron sus huellas con una serie de petroglifos grabados en la dura arenisca. Estos valiosos vestigios legados por hombres de la Edad de Piedra nos revelan la fauna con la cual convivían (jirafas, elefantes, leones, antílopes) y algunas de las costumbres y mensajes que se dejaban durante sus desplazamientos nómadas.

acechando a las crías descuidadas por sus madres.

La costa de nuevo queda a nuestras espaldas cuando apuntamos el morro de nuestro todo terreno hacia las “montañas de fuego”, las Brandberg. Detrás... la gigantesca nube de polvo que nunca nos abandona en Namibia y delante... un extenso macizo de granito que con las luces del atardecer parece estar en llamas. Pero entre sus rocas se halla un tesoro artístico creado por hombres primitivos, los san o más conocidos como bosquimanos (pastores-cazadores nómadas que viajaban en pequeños grupos y que aún existen en Namibia y Botswana aunque ya prácticamente integrados a la vida “moderna”). La “Dama Blanca” necesita una abrupta y larga caminata para alcanzar su emplazamiento y jugar con la imaginación para dilucidar si se trata de la representación de una “mujer blanca” (el pelo alisado y claro y su cuerpo pintado de blanco hicieron creer en un primer momento esta teoría) pero estudios posteriores han concluido que podría tratarse de un chaman.

El calor ha sido sofocante durante toda esta escapada terrestre, un litro de agua cada uno y el aire acondicionado a tope durante los primeros 3 minutos dentro del vehículo nos permite recuperarnos. Seguimos avanzando por pistas que nos conducen hasta otro reducto histórico de gran importancia: Twyfelfontein. Se trata de un manantial del valle de Aba Huab que concentró una importante población san hace 6.000 años donde dejaron sus huellas con una serie de petroglifos grabados en la dura arenisca. Estos valiosos vestigios legados por hombres de la Edad de Piedra nos revelan la fauna con la cual convivían (jirafas, elefantes, leones, antílopes) y algunas de las costumbres y mensajes que se dejaban durante sus desplazamientos nómadas.

Con la luz del atardecer acariciando las huellas de un pasado muy lejano pero con una presencia muy cercana, concluimos esta contrastada etapa de agua, arena y arte. Con los últimos rayos del sol divisamos nuestro próximo objetivo: el Grootberg Lodge, un alojamiento que, basado en la ecología y en el turismo sostenible para desarrollar este prodigioso enclave, se erige como centinela del valle del río Klip sobre la meseta de Etendeka. Desde él intentaremos localizar rinocerontes, elefantes, visitar un poblado Himba... y dormiremos en cama tras tres semanas de tienda de campaña e improvisados campamentos allí donde nos atrapaba el oscuro manto de la noche.





## CRÓNICA-5 **Grootberg, el valle furtivo.** (Norte de Namibia)

Abandonamos las dunas del desierto de Namibe y las llanuras de la Costa de los Esqueletos para dirigimos hacia el Parque Nacional de Etosha. Pero en el transcurso de esta ruta vamos hacer una parada que nos va a permitir vivir una experiencia inolvidable.

Envueltos por el entorno privilegiado del valle del río Klip, ascendemos hasta los 1.645 m. de altitud del paso Grootberg. Una estrecha y abrupta pista asciende a nuestra derecha, giramos el volante, engranamos la reductora y seguimos ascendiendo entre botes en dirección a las nubes. En la cima entramos en una impresionante meseta que, cortada con abruptas aristas, se asoma suspendida sobre el furtivo valle del Klip, encajado en la provincia de Damaraland, a caballo entre el mar y la meseta central de Namibia. Y colgado en el mejor ángulo, casi en equilibrio sobre el vacío me atrevería a decir, mimetizado mediante una esmerada arquitectura con materiales naturales, nos encontramos ante el Grootberg Lodge, un alojamiento que difícilmente se borrará de nuestra memoria.



Una abrupta y empinada pista ascendente nos llevará hasta el Grootberg Lodge. Será nuestra primera cama tras la salida desde Ciudad del Cabo hace 21 días. Hay tantas referencias a este valle namibio que decidimos comprobarlo en persona.



El extenso valle a nuestros pies y sus alrededores son el habitat de los esquivos elefantes del desierto, rinocerontes, jirafas, cebras, antilopes como kudus y gemsbok y las saltarinas gacelas springbok entre otros animales que forman parte de la increíble fauna africana.

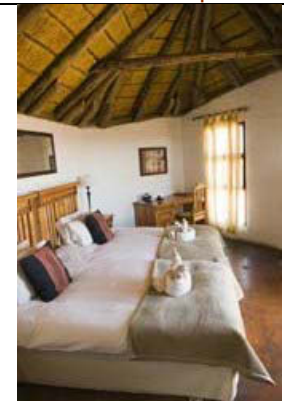
Los alojamientos, 12 cabañas construidas en piedra y techos de paja y caña compacta, tienen las comodidades de la vida moderna en medio de un entorno natural salvaje. Las gacelas springbok pasean por los alrededores y las águilas negras anidan en sus cercanías. Realmente uno se encuentra inmerso en la naturaleza más pura y auténtica, rodeado tan sólo de la inmensa calma pero a la vez emocionante naturaleza salvaje que somos conscientes que existe a nuestro alrededor y que en breve tendremos la oportunidad de ver cara a cara.

Este alojamiento forma parte de un interesante e ingenioso proyecto creado por la comunidad de los Khoadi/Hoas, que cuentan con 12.000 hectáreas dedicadas al turismo y conservación natural. Su objetivo es mantener y desarrollar su comunidad con los ingresos percibidos de este alojamiento y las actividades econaturales que pueden realizarse con guías autóctonos que han crecido conociendo a fondo en este excepcional entorno. Inaugurado en el año 2005 ha sabido conjugar, en un escenario envidiable, tradición y modernidad.

Dada su ubicación se pueden realizar salidas a pie, en jeep o en caballo. ¿Cómo resistirse a la oferta de rastrear a los elefantes del desierto o el rinoceronte negro hasta encontrarlos? Este elefante presenta algunas características que le diferencian del elefante común africano. Para empezar es más esquivo e irascible, es decir, se esconde mucho más y arremete con más facilidad si se siente molestado. Otra curiosidad que presenta es que



El alojamiento se compone de chalets individuales de piedra y paja, perfectamente insertados en este bello paraje. Basándose en la ecología, paneles solares dan energía a este pequeño lodge y la propia agua caliente se consigue mediante una chimenea exterior (en primer plano en la foto) que calienta un depósito de agua.



Las habitaciones han sido cuidadosamente decoradas para encontrar el relax y el confort tras las largas actividades que se desarrollan durante el día.



Las terrazas individuales de cada chalet permiten un disfrute casi místico del valle del río Klip que se extiende a nuestros pies.

puede sobrevivir durante días, hasta cuatro, sin tomar ni un sorbo de agua, mientras avanzan impenetrables a 70 km/h. El día que dedicamos a seguir el rastro de los elefantes amaneció espléndidamente soleado y las horas pasaban mientras nuestro rastreador iba interpretando las huellas, heces y destrozos que demostraban que habían pasado por ahí. Durante la búsqueda nos vamos cruzando con los impresionantes antilopes kudus, con sus bella cornamenta retorcida, su altivo porte de más de metro y medio de altura y sus 300 kilos de peso, convirtiéndole en uno de los antilopes más bellos. Tampoco faltaron a la cita las inquietas y saltarinas gacelas springbok así como un grupo de activas jirafas que iniciaron el galope cuando nos vieron. Estos animales, poco acostumbrados a la presencia humana, son mucho más desconfiados que los que se hallan en las reservas naturales.

Tras 6 horas de paciente e intensa búsqueda, finalmente conseguimos localizar los adustos paquidermos. Nos bajamos del todo terreno y siguiendo las estrictas normas de nuestro rastreador, nos posicionamos en una elevación para observarlos sin ser vistos. Allí estaban, avanzando lánguidamente y deteniéndose cada poco para darse comilonas con las ramas de los árboles, que al mismo tiempo que alimento, también les proporciona sombra en cada alto.



Otro inquilino de este entorno natural es el solitario, y en peligro de extinción, rinoceronte negro. El mejor momento para rastrearlo es por la mañana temprano, cuando el calor no aprieta todavía. Es entonces cuando está más activo hasta que el sol se eleva y calienta demasiado. Entonces busca un sitio a la sombra donde echarse a dormir hasta el atardecer que vuelven a salir para comer. Aunque el rastreo comenzó en 4x4 y a veces se dignan a aparecer en las cercanías de la pista, en esta ocasión tuvimos la oportunidad de vivir con los rastreadores el seguimiento de sus huellas. Durante más de hora y media estuvimos andando por este



Pero el plato fuerte del Grootberg son sus actividades, entre las que destacan el rastreo del elefante del desierto y del rinoceronte negro. Dependiendo de los caprichos de estos dos nobles animales, a veces se encuentran sin bajarse del todo terreno y otras tras largas caminatas por el valle, siguiendo a los rastreadores.



¿Acaso importan las largas caminatas cargados con nuestro equipo si al final nos encontramos cara a cara con el esquivo rinoceronte? Ante esta visión cualquier esfuerzo se transforma en una quimera.



El encuentro con los adustos e irascibles elefantes del desierto, a veces en manada, a veces machos solitarios, es otro de los "premios" tras largas horas de rastreo.

privilegiado entorno siguiendo sus huellas, restos de excrementos, arbustos mordisqueados... hasta que por fin, el rastreador nos sonríe y señala unos arbustos, allí estaba una imponente rinoceronte hembra. Con mucho sigilo, y siempre con vegetación entre ella y nosotros para evitar una repentina carga, nos acercamos hasta una distancia prudencial y en absoluto silencio. El rinoceronte es un animal que no tiene muy buena vista y cualquier cosa que sienta como una amenaza es capaz de arremeter contra ella. No dejaba de olisquear pues intuía nuestra presencia, pero nosotros quietos y en silencio, la observábamos entre los arbustos disfrutando de su espectacular presencia. Cuando se sintió tranquila comenzó a mordisquear los arbustos de su alrededor hasta que se tumbó para echarse una buena siesta pues el calor la iba amodorrando.

Las dos experiencias de rastreo fueron realmente muy gratificantes y emocionantes. A diferencia de los parques nacionales, donde esta rigurosamente prohibido bajarse de los vehículos o y salirse de los caminos señalados, en estas reservas tenemos la oportunidad de poder bajarnos de los autos y con los expertos y respetuosos rastreadores, seguir las huellas en el corazón de la naturaleza para cruzarnos con la impresionante fauna salvaje que habita en este entorno.

Las cebras tampoco se hicieron esperar y nos la cruzamos por el camino así como los imponentes antílopes gemsbok con sus enormes y características cornamenta que pueden alcanzar el metro de largo y también conocidos como antílope caballo porque recuerda al equino por sus largas patas, su ancho cuello y la cola cubierta de largas crines, aunque por su temperamento bravo puede recordar al de un toro, sus cuernos son un arma mortal y lo lucen tanto los machos como las hembras.

Pero no sólo la naturaleza salvaje habita estas tierras. Son varias las etnias que pueblan esta zona y en especial hay una tribu que siempre ha sido centro de atención por sus peculiares costumbres. La tribu seminómada Himba tiene asentamientos por los alrededores. Los Himbas se establecieron en esta zona del país como consecuencia de perder luchas étnicas con otros grupos entre los s.XVIII y XIX, y aquí llevan desde hace doscientos años tratando de vivir en paz. Su rasgo más distintivo es la costumbre ancestral de pintarse el cuerpo de ocre rojizo e ir vestidos con taparrabos de cuero. Además de los vistoso tocados que llevan las mujeres y que indican su estado civil en el grupo. Tras atravesar un terreno donde las acacias, moparam y arbustos espinosos nos escoltaban por la pista que avanzábamos, alcanzamos uno de estos poblados. Sólo estaban las mujeres y niños pues los hombres habían salido a pastar con el ganado durante varios días. Las cabañas eran pequeñas



Fantasmagóricos termiteros gigantes aparecen en el valle, a veces construidos sobre un árbol, le dan un aspecto de un gigante de barro congelado con sus altivos brazos amenazadores.



El valle del río Klip, sin llegar a ser un parque nacional, sí que regala a los visitantes encuentros con animales tan peculiares como las jirafas.



Durante la búsqueda nos vamos cruzando con los impresionantes antílopes kudus. Su bella cornamenta retorcida, su altivo porte de más de metro y medio de altura y sus 300 kilos de peso, le convierten en uno de los antílopes más bellos.

construcciones cónicas de paja y barro. No muy lejos había otro asentamiento de otras de las etnias características de esta zona del planeta, los hereros. Especialmente destacados por la vestimenta tan particular que visten sus mujeres. Unos trajes inspirados en los de las mujeres de los colonos europeos del s.XIX pero con el toque africano del color. Vestidos abultados por unas enormes enaguas y largos hasta el suelo y sombreros en forma de cuña a juego con el vestido. De hecho los himba tienen sus orígenes en los hereros pero sus costumbres han evolucionado por diferentes caminos.

No sólo el objetivo tuvo su interés y nuestra atención el recorrido se hizo a través de un entorno donde tuvimos la oportunidad de cruzar un río de aguas perennes, nada habitual en esta zona del mundo, donde los ríos son estacionarios, sujetos a la época de lluvias. Imposible desaprovechar el regalo de encontrarnos con un inhabitual río permanente, allí mismo hicimos un alto para reponer fuerzas, notar el frescor del agua en nuestras caras y dar buena cuenta de nuestras provisiones.

Ya sea la naturaleza salvaje o el contacto con tribus autóctonas. Este alto en el camino entre la costa y Etosha nos ha permitido conocer y vivir experiencias inolvidables en un entorno magnífico donde el contacto en primera línea con la naturaleza ha colmado todas nuestras expectativas.

Pero la ruta sigue y las polvorientas pistas de grava nos esperan pacientes para que de nuevo el polvo se cuele por todos los rincones. En Uis nos encontramos con el asfalto y podemos volver a abrir las ventanas para recibir al aire sin el molesto polvo que le acompañaba hace tan solo unos instantes. Entonces nuestro rumbo vira hacia el noreste, hacia el parque Nacional de Etosha “el gran lugar blanco del agua seca”. El parque por excelencia de Namibia. Aunque es un salar que se extiende por más 20.000 km<sup>2</sup>, se recorre tan sólo la zona sureste del mismo, unos dos tercios. El resto está reservado a los tours operadores.

En este parque se alojan los llamados “cinco grandes” el rinoceronte, el elefante, el león, el búfalo y el leopardo. Existen unas normas que hay que cumplir para moverse dentro del parque. Hay que registrarse en una de las tres puertas oficiales que existen y, a menos que se salga ese mismo día, hay alojarse en uno de los tres campamentos oficiales (Okaukuejo, Halali o Namutoni), pudiendo elegir entre la acampada o alguno de sus exclusivos (y caros) “lodges”. Antes de la puesta de sol, todos los visitantes tienen que estar dentro de uno de



La fauna se combina con la hermosa naturaleza y en el camino hacia el poblado Himba nos encontramos con uno de los pocos ríos permanentes de Namibia.



Encuentro con los míticos Himbas.



El rasgo más distintivo de los Himbas es la costumbre ancestral de pintarse el cuerpo de ocre rojizo e ir vestidos con taparrabos de cuero. Los vistosos tocados de las mujeres indican su estado civil en el grupo.

los tres recintos del parque nacional y no se puede salir antes del amanecer. No está permitido transitar por el parque fuera de este horario y por supuesto ni acampar por libre... es obvio. Nosotros nos alojamos en el campamento de en medio, en Halali, unos 70 kilómetros después de la puerta por la cual accedimos al famoso parque, la puerta de Okaukuejo. Todos los campamentos, debidamente vallados, poseen excelentes zonas comunes, con emplazamientos con barbacoas, tomas eléctricas, mobiliario de picnic, grandes edificios para aseos y cocinas bien acondicionadas, piscina, supermercado, restaurante, bar, etc. Pero lo que hace grandioso cada campamento es que cada uno posee en sus lindes una gran laguna de agua a la cual van a abreviar las diferentes especies de la zona. Pero el verdadero espectáculo es por la noche, focos de tenue luz anaranjada iluminan dichas lagunas y es posible observar durante toda la noche cómo la fauna salvaje se acerca a abreviar. Como si cada especie tuviese un turno, van desfilando pausadamente gran parte de las especies que tienen la suerte de haber nacido en este protegido y acogedor parque nacional.

Pero la época de lluvias comienza a extender sus temidas aunque, al mismo tiempo, necesitamos aguas y en el Parque de Etosha tuvimos el "honor" de recibir la primera tormenta seria de la expedición. Mientras cenábamos escuchamos unos amenazadores y sonoros truenos que se materializaron en una terrible y prolongada tormenta que no nos abandonó durante toda la noche. Aún así no nos amedrentó para acercarnos al pozo de agua y esperar pacientemente a aquellos animales que se iban acercando a beber. Los grandes chaparrones se alternaban con momentos tranquilos, el techado del observatorio hacía más llevaderos los momentos de lluvia pero teníamos que estar bien protegidos porque de vez en cuando se levantaba un viento que se burlaba del techado.

Por la mañana, las nubes no habían desaparecido pero el largo aguacero de la noche debió de dejarlas secas porque ya no nos volvió a llover. Reiniciamos la ruta por este inmenso salar, consiguiendo avistar elefantes, no muchos la verdad, pero sí que vimos los efectos devastadores de su paso con arbustos arrancados, árboles con ramas y troncos quebrados y una cantidad infinita de excrementos, tan inconfundibles como sus voluminosa presencia. Afortunadamente, las cebras fueron menos tímidas y se dejaron ver en gran cantidad así como antilopes, gacelas springbok, ímpalas, gemsbok con sus inconfundibles cuernos rectos y las pequeñas gacelas



Dejamos atrás el valle del río Klip para tomar rumbo hacia el noreste. Carteles como el de la foto, "Peligro facóqueros", reflejan la presencia de fauna salvaje y nos indican que ya estamos cerca del Parque Nacional Etosha, "el gran lugar blanco del agua seca".



Las lagunas de agua en medio del paraje árido de Etosha son los lugares de reunión de la fauna autóctona para abreviar.



Hablar de Etosha ya son palabras mayores y a parte de la gran cantidad de fauna salvaje nos encontraremos con los grandes depredadores africanos.

steenboks y sobre todo jirafas, muchísimas jirafas, que junto con las cebras, son animales que siempre me han cautivado y fascinado. También tuvimos la fortuna de ver leones y algún que otro esquivo rinoceronte, eso sí, en la lejanía, nada que ver con la cercanía que disfrutamos con los rastreadores del Grootberg. Mientras el escenario sobre el que se movían se transformaba a veces en una rala y seca planicie insulsa y otras en bosquecillos de arbustos y pequeños árboles, propios de una sabana árida.

La época de lluvias, la cual acaba de hacernos un impactante aviso de su inminente llegada, no es la mejor época para avistar animales. Los escasos pozos de aguas que existen en la época seca, y que concentran al mayor número de animales, se multiplican con las lluvias con lo cual los animales se dispersan mucho más. Al acabar el día dos leonas sedientas se acercaron a una de las lagunas, donde un chacal temeroso y vigilante no se atrevía a invadir el espacio de las leonas. Finalmente se marchó sin probar una gota de agua, probaría suerte en otra laguna que no tuviese tan próximos a tan inquietantes ocupantes. Para nosotros fue un regalo porque las áreas de parada, aunque no permiten bajarse del coche, sí que se hayan bastante cerca de las lagunas más importantes y permite el disfrute pausado de todos los movimientos que ocurren en cada uno de estos focos de vida.

Precisamente la cercanía de las lluvias nos ha obligado a comenzar el viaje prestando especial atención a la profilaxis contra la malaria. Una enfermedad, que junto con el cólera y el sida, provoca devastadores estragos por el sur del continente africano. Además de estar vacunados contra la fiebre amarilla, la hepatitis A y B, el tétanos, la rabia, las fiebres tifoideas y la difteria iniciamos una semana antes de emprender esta expedición la medicación contra la malaria. No se trata de una vacuna propiamente dicha, se trata de un tratamiento que, en teoría, te mantiene protegido al menos en un 80% y siempre que vaya acompañado de las premisas básicas de usar repelente, especialmente al amanecer y al atardecer, para mantener alejado al causante de tan devastadora y mortal enfermedad. Una pastilla un día a la semana antes de entrar en la zona endémica y durante un mes después de abandonarla. Cada cuerpo reacciona de manera muy diferente a los efectos secundarios de las vacunas y la profilaxis de la malaria... afortunadamente nuestros cuerpos no han tenido que lamentar los efectos secundarios de ninguna de ellas.

Llegamos a Namutoni, en la zona más oriental del parque y aquí nos encontramos un fuerte alemán que ha vivido en tiempos pasados numerosas batallas entre los colonos alemanes y las tribus que habitaban la zona. De



Las cautivantes jirafas aparecen todo a lo largo y ancho del parque y más acostumbradas a la presencia humana y a los vehículos permiten su observación desde muy cerca.



Los tres campamentos de Etosha poseen lugares de observación privilegiados pero lo más fascinante de estos enclaves es la observación nocturna, focos de suave luz anaranjada permiten ver la intensa vida nocturna de dichas lagunas.



Los lugares de acampada obligatoria dentro de Etosha están muy bien acondicionados, incluyendo una barbacoa en cada emplazamiento. Desayuno en Grootberg, encuentros con todo tipo de fauna salvaje y cena dentro de Etosha marcarían un día muy peculiar: nuestro 22º aniversario juntos.

hecho, existe un monolito conmemorativo que recuerda a los soldados alemanes caídos durante esas batallas. El Fuerte original conserva varias zonas y un lodge exclusivo ha sido ubicado en su interior, con otra grada cubierta para deleitarse del espectáculo, diurno y nocturno, de decenas de especies desfilando y abrevando.

Cuando abandonamos el parque, de nuevo las jirafas fueron las protagonistas de los últimos momentos que tuvimos en el parque estrella de Namibia. Con su distinguida y lánguida silueta daban buena cuenta de los brotes de un árbol a cuyas ramas sólo un animal de su altura puede alcanzar.

La última noche en Namibia antes de cruzar la frontera angoleña, decidimos pasarla en una de las numerosas "Guest Farm" ("granja-albergues"), extensas granjas donde, además de las labores propias de agricultura y cría de animales de granja, han habilitado un sector de la misma como eco-alojamiento y hasta tienen en sus recintos fauna autóctona "herbívora" para ser observada desde cerca. Sus visitantes, de este modo, pueden desarrollar actividades como exploraciones a caballo, en quad, en 4x4 o trekkings para disfrutar del entorno natural y poder codearse con facóqueros, gacelas, antílopes, cebras y jirafas. Cada granja tiene su historia y peculiaridades, la Sachsenheim, donde nos alojamos a la salida de Etosha, tenía toda su historia en paneles. El actual propietario era la segunda generación de un alemán que en los años cuarenta se había instalado en esta zona, por entonces infectada de serpientes, humedales, malaria y animales salvajes; pero nada le impidió levantar con sus propias manos una granja desafiando a los elementos adversos que había a su alrededor. Empezó con un chamizo y poco a poco fue levantando una granja en condiciones. Cuando su esposa falleció, vendió la granja pero su hijo no se resignó a perder esa parte de su historia familiar y no paró hasta poder recomprarla, muchos años después. Ahora, él con sus hijos siguen adelante con ella y la han convertido en un hospedaje para viajeros además de continuar con las actividades típicas de una granja. Esta es una de las muchas historias de la colonización alemana por tierras africanas y que conforman la memoria histórica de la colonización namibia, no siempre tan bien avenida con el entorno y sus pueblos autóctonos.

Namibia no has presentado varias facetas: su fauna salvaje, los grandes espacios infinitos y deshabitados, la existencia de tribus con costumbres ancestrales y los vestigios de la colonización alemana que entre todos ellos han creado un país con una personalidad muy peculiar y sorprendente.

Y con el sabor tan especial que los ingredientes que conforman la idiosincrasia namibia han dejado en nuestro ánimo, mañana nos enfrentaremos a los últimos 200 kilómetros hasta alcanzar la frontera de Oshikango. Por ella



En el campamento de Namutoni se levanta un fuerte alemán que ha vivido, en tiempos pasados, numerosas batallas entre los colonos alemanes y las tribus autóctonas



La época de lluvias da sus primeros avisos con esporádicas tormentas. La sabana va cambiando su semblante pero confiamos que no se inicie de forma continua cuando estemos en Angola. La destrozada red de comunicaciones tras 30 años de guerra, combinada con inundaciones, podría transformar nuestro avance en un calvario.



por fin entraremos en Angola. Un país del que apenas hemos podido obtener información, es la mayor incógnita de toda la Ruta Confines de África. Recién finalizados los 30 años de continua guerra que la han devastado, todos los informes insisten en tener especial cuidado con la seguridad y la gran cantidad de minas explosivas que se hallan en toda su geografía. Los consejos de los escasos viajeros que han cruzado este país, coinciden en que no hay que tener fantasías aventureras con los 4x4 porque cada día explotan varias minas, hay que limitarse a las carreteras y pistas que están señaladas como "limpias". El país se encuentra en plena reconstrucción y su red viaria intenta volver a comunicar las diferentes poblaciones, lo recién asfaltado está a estrenar pero el resto de carreteras y pistas son una pesadilla. No obstante, imposible estar a tan solo 200 Km. y no intentar explorarlo, por muy negativo que nos pinten el panorama, nuestra curiosidad y afán por avanzar por lugares nuevos es más fuerte que nuestros recelos. Y como somos amantes de las sorpresas... ¡para allá vamos Angola!... con el corazón encogido por tu reciente triste historia pero la mente abierta a todo lo que nos desveles cada día en tu nuevo renacer.



### CRÓNICA-6 Angola... Ave Fénix. (Sur de Angola)

¿Cómo se te queda el cuerpo cuando te dicen que la esperanza de vida de un país es de 37 años y que tienes que vivir con menos de un euro al día? Piensas en tu edad y tragas saliva pues haces números con tus años y te deprimes. ¿Y cuando lees que las epidemias de cólera, malaria y la sempiterna mortífera sombra del SIDA hacen estragos sobre una población que se mueve por tierras sembradas de minas y recién salida de un periodo de guerras de casi 30 años...?

Sinceramente, a cualquiera se le quita las ganas de entrar en un país con esta carta de presentación pero... estamos en Namibia, a pocos kilómetros de la frontera, y ya hemos pasado por esta situación de incertidumbre



Pulsar el mapa para expandirlo.

en otras ocasiones. La primera vez que me dirigía a Libia, Pakistán, Camboya o Afganistán, por citar unos ejemplos entre muchos, también me invadió el miedo, para que voy a negarlo. Su "fama" les precedía pero una vez más la mala prensa que de ellos se hacía distaba mucho de la realidad. Y por dejar atrás todos esos prejuicios y miedos, todos ellos se han convertido en países inolvidables, donde hemos vivido las experiencias humanas más enriquecedoras de toda nuestra vida. Y ya no hablemos del legado histórico-cultural que poseen, sus bellezas paisajísticas y su fascinante y acogedora población que, totalmente ajena al turismo, se muestra tal y como son.

Pues bien, Angola tenía todos los ingredientes para dejarla de lado pero ¡qué demonios! había que intentarlo y por eso nos sacamos el visado para conocer de primera mano la realidad de un país que ha tenido un pasado tan duro.

Para empezar el caos que encontramos al intentar cruzar la frontera era una anarquía tan sólo en apariencia. La fila interminable y poco ortodoxa de camiones iba avanzando sorprendentemente rápida a medida que se iban sellando los trámites aduaneros en sus correspondientes ventanillas. El bullicio era intenso, con decenas de mujeres cargando sobre sus cabezas todo tipo de bultos. En Angola la cesta de la compra es desproporcionadamente cara. Por ejemplo una simple piña, que sólo tiene que ser arrancada a dos metros del puesto de venta, te puede costar 3 euros y un pollo 13 euros como mínimo. Por ello, los angoleños cruzan constantemente la frontera namibia para comprar toda clase de productos que resultarán mucho más baratos que en su país. Y eso se nota cuando tienes que sobrevivir con un euro al día en el bolsillo. La agricultura de subsistencia así como el trueque, están a la orden del día.

Lo único barato en Angola es el combustible, el litro de gasoil tan sólo cuesta 30 céntimos de euro. O sea que lo único fácil es llenar el depósito... de unos coches que nadie tiene. ¡El petróleo, maldito petróleo! Unas de las principales causas de sus desgracias. Angola es el segundo país de África productor de petróleo, después de Nigeria; su gran riqueza la ha llevado a una guerra que ha durado decenios... y la ha convertido en uno de los países más pobres y castigados de África.

No nos lo podíamos creer, tan solo tardamos 30 minutos en cruzar el puesto aduanero y el sonido meloso del portugués hablado por africanos templó bastante nuestros ánimos. Tan solo se demoraron un poco en la



No tardamos mucho en encontrar los fantasmas de la guerra. Por los arcones comenzaron a aparecer los restos de convoyes militares arrasados por las bombas. Tanquetas, vehículos blindados, camiones, carros de combate, todo terrenos... calcinados y testigos de un cercano episodio de su triste pasado bélico.



La escasísima información que circula sobre Angola nos hace extremar las precauciones hasta que cojamos el pulso al país. "Por si acaso", la primera noche pedimos cobijo en un colegio católico y acampamos en su recinto.



comprobación de nuestro visado, lo miraron con lupa y con un escáner electrónico. El visado de 30 días que nos consiguió la eficaz agencia Kobo Safaris (gracias a una carta de presentación de una empresa colaboradora en Angola) no es habitual y le dan mil vueltas antes de estar seguros que es verdadero. El habitual es el visado de tránsito de 5 días, que obliga a cruzar el país sin detenerse y sin poder realizar ninguna exploración. Somos de los pocos privilegiados que podemos recorrer el país con tranquilidad. El aduanero no entiende para qué vamos tantos días a Angola sin ser periodistas. La contestación “queremos conocer la nueva Angola”, le complace, le llena de orgullo que la gente comience de nuevo a interesarse por su país y nos sonríe. Tras un rápido vistazo a nuestro llamativo todo terreno, nos califica mentalmente de “inofensivos” tras concluir que no somos ni periodistas infiltrados ni espías. Tras 30 años de guerra, todo el mundo desconfía de los extranjeros al principio.

Sella el pasaporte, sella el Carnet de passage y “Bem-vindo a Angola” nos dijo el aduanero, sin haber abandonado su gran sonrisa. “Muito obrigado” le contestamos con otra sonrisa. Ahora, tras un mes y medio conduciendo por la izquierda, se trata de no tener un accidente frontal porque a partir de ahora hay que conducir por la derecha. Hay que estar atento a que no nos traicionen los reflejos.

La gasolinera estaba colapsada por muchos camioneros esperando que llegara un combustible que se había agotado a lo largo del día. En casi todos los lugares aceptan los dólares americanos pero mejor llevar algunos kwanzas con nosotros ahora que es fácil cambiarlos. El mercado negro es ilegal, en teoría, claro, porque había decenas de personas agitando grandes fajos de billetes ofreciendo kwanzas a cambio de rands sudafricanos, dólares namibios, pula de Botswana, dólares americanos y euros. Vicente cambia 200 dólares americanos en la misma gasolinera. Le dan 75 kwanzas por dólar, nadie se agobia, nadie empuja, nadie intenta engañar a nadie, no hay miradas aviesas, todo transcurre con un orden y una parsimonia inusual para un mercado paralelo de cambio de divisas.

Con dinero local en el bolsillo ya podíamos continuar y aprovechar los últimos rayos de luz avanzando por un estrecho camino recién asfaltado. En seguida comprendimos que las carreteras se dividen en dos categorías: Las “recién asfaltadas” y las que calificaríamos de “infierno”, que son casi todas tras demasiados años de total abandono.

Las carreteras, abandonadas durante años, son en muchos casos impracticables y es más seguro para los vehículos avanzar por los márgenes que por encima de un asfalto repleto de boquetes.



La reconstrucción de Angola comienza con sus casi inexistentes comunicaciones terrestres. De esta labor, como en casi toda África, se encargan los chinos.



Los impresionantes baobabs gigantes amenizaban nuestro lento avance por el precario estado de las comunicaciones.



Los asentamientos que iban salpicando el camino se componían de pequeñas cabañas circulares con techos cónicos agrupadas dentro de una rudimentaria valla.

La escasa y al mismo tiempo poca contrastada información que teníamos del país nos aconsejaba, por prudencia y sentido común, no conducir durante la noche dando palos de ciego. El ocaso se dejaba intuir a tan solo 30 kilómetros después de cruzar la frontera pero antes de llegar a Onjiva vimos un cartel de un colegio-misión y decidimos acercarnos. Encontramos un grupo de padres católicos que dirigían un colegio de chicos huérfanos de la guerra y le pedimos permiso para acampar en el patio. Nos lo concedieron sin problema. Nos contaban que después de la guerra el colegio quedó arrasado y que poco a poco empezaban a rehabilitarlo y de nuevo a alojar e impartir clases a los niños huérfanos. Ciertamente había algunos edificios todavía en ruinas y otros que ya habían sido adecentados. Bajo una preciosa acacia (flamboyan) de flores de un intenso color rojo levantamos nuestra tienda sobre el techo de nuestro todo terreno. Por la mañana nos despedimos del padre “de guardia”, el resto estaban dando clase, le agradecemos su hospitalidad y seguimos nuestro camino rumbo norte.

Como durante los últimos días de nuestro recorrido por Namibia los asentamientos que iban salpicando el camino se componían de pequeñas cabañas circulares con techos cónicos agrupadas dentro de una valla que las protegía. Mucha pobreza y miseria a un lado y otro. En Angola obviamente tiene cierto sentido por el largo y penoso período de guerra y epidemias pero en ¿Namibia?; con apenas dos millones de habitantes y ricas minas de diamantes y uranio ¿cómo es posible que existan poblados tan míseros?!!! Lo más irónico del caso es que en Namibia, en muchas ocasiones, se usaban materiales de deshecho (chapa, chatarra, uralita, etc.) para la construcción de cabañas pero en Angola tan solo utilizaban materiales naturales (madera, paja, adobe, piedras...). Ello generaba la increíble paradoja que los poblados angoleños tuviesen una estética mucho más acogedora y atractiva que los poblados namibios.

Seguimos avanzando con muchas preguntas revoloteando por nuestras mentes y comienzan a aparecer las cuadrillas de trabajadores asfaltando las carreteras. Los jefes de los obreros eran chinos. Nos paramos a fotografiarlos y de pronto apareció un todo terreno con tres chinos dentro. Se baja una chica china joven. El conductor nos mira con cara de pocos amigos pero la chica nos saluda amigablemente al tiempo que nos interroga de una forma directa y frontal, los chinos no son muy amigos de protocolos diplomáticos. Le explicamos lo que hacemos y tras comentarlo en chino con los otros dos individuos del coche se despide y se alejan.

Angola, además de ser uno de los principales proveedores de petróleo de China, ha cedido contratos



A parte de los poblados de chozas, hasta ahora sólo nos habíamos cruzado con pequeños centros semi-urbanos que daban pena, como nuestra moral al ver tanta miseria. Pero en Chibia la atmósfera cambió y encontramos un precioso pueblo de corte colonial con casitas con tejados a dos aguas de tejas anaranjadas y hasta jardines con mantenimiento.



“Soy joven. ¡Adoro la vida! Por eso me protejo”. Los carteles de la lucha contra el SIDA están siempre presentes.



Xangongo, Chibia, Lubango... todas renacen de sus cenizas. Los edificios administrativos (como el Comité Provincial del MPLA de Lubango, foto superior) así como colegios y hospitales están siendo reconstruidos a marchas forzadas. Todos esos

multimillonarios a empresas chinas que construyen carreteras, edificios administrativos, cuarteles, hospitales, colegios... Como ocurre en Europa, sus precios son imbatibles. En el caso particular de África, trasladan a miles y miles de trabajadores, que cobran lo mismo que si estuviesen en China, es decir... bien poco. Es un personal muy preparado que cobra salarios de miseria, las condiciones de seguridad son casi inexistentes y al igual que ocurre en su país de origen, el derecho a quejarse no existe porque eso supondría regresar a China y pasar a la lista negra. Un cooperante francés se lamentaba sobre la ayuda millonaria que la Unión Europea dona a los países más pobres de África para que al final todo ese dinero acabe en las arcas chinas. Están en pleno debate sobre las condiciones de las ayudas a países necesitados porque ya se plantean dar más fondos pero que venga explícito que se tenga que contratar a empresas europeas.

No tardamos mucho en encontrar los fantasmas de la guerra. Por los arcones comenzaron a aparecer los restos de convoyes militares arrasados por las bombas. Tanquetas, vehículos blindados, camiones, carros de combate, todo terrenos... calcinados y testigos de un episodio no muy lejano de su triste pasado bélico. Esta zona sufrió violentos enfrentamientos con la invasión de Sudáfrica (cuando Namibia y Sudáfrica estaban unidas y apoyaban a UNITA, una de las facciones angoleñas que se levantó contra los portugueses cuando les negaban la independencia. Una vez conseguida la ansiada independencia, en 1975, se enzarzaron en una guerra civil enfrentados con el otro partido, el MPLA de corte comunista, apoyados por Cuba. En 1992 hubo elecciones pero la UNITA no aceptó el triunfo de su adversario y se reiniciaron los combates que prolongaron otros diez años más la sangrienta guerra civil.

El pasado mes de septiembre se celebraron nuevas elecciones democráticas, transcurrieron en un ambiente sereno y bien avenido y volvió a ganar el MPLA. A pesar de las denuncias de la oposición sobre posibles intimidaciones, los observadores internacionales las niegan y han llegado a la conclusión que lo ocurrido en Angola durante las pasadas elecciones debería servir de ejemplo a Kenia y Zimbabwe donde la situación de corrupción, violencia y violación de los derechos humanos es insultante y humillante para sus habitantes. Jose Eduardo dos Santos (que gobierna Angola desde el año 1992 y sobre el que planean serios rumores de corrupción) fue reelegido por mayoría sin registrarse ningún disturbio. Teniendo en cuenta que después de las primeras elecciones que se celebraron en 1992 se rompió el alto el fuego y se reinició de la guerra civil, se puede decir que en esta ocasión ha sido todo un éxito.

El asfalto se va deteriorando pero es aceptable y los restos de la guerra ya no son visibles desde el camino

resplandecientes estrenos contrastan con los esperpénticos edificios de viviendas (foto inferior), a los que todavía no ha llegado su turno. La propiedad privada funciona por una línea de créditos mucho más lenta y complicada



Siendo el vehículo privado un lujo al alcance de muy pocos, el frenético transporte colectivo en forma de combis lo invade y comunica todo el país.



La herencia portuguesa no sólo se palpa en

cuando llegamos a la población de Xangongo. Confiábamos en encontrar por fin gasoil tras el intento fallido de repostar en la frontera y en las gasolineras de Onjiva, todas ellas desabastecidas. Pero las gasolineras de esta localidad se encontraban en la misma situación que en las poblaciones anteriores. Nos dicen que un camión cisterna igual llega “mañana” desde el norte. Pero “mañana” en África tan solo es una palabra, no posee ningún significado de temporalidad, puede ser en una hora o en una semana. Eran tan sólo las 11 de la mañana y estábamos con el tanque en la reserva y no había otra población con gasolinera hasta 100 km después. De pronto oímos una voz en español que nos decía ¿son ustedes españoles? Se trataba de un ingeniero uruguayo criado en Mozambique que trabajaba en la construcción del vital puente de Xangongo, destruido... ¡7 veces! en los últimos 30 años. Cada vez que algún ejército o guerrilla lo volaba, se levantaba junto al destruido un militar provisional de un solo carril y que sólo admite el paso de vehículos de uno en uno.

No nos podíamos creer este encuentro providencial porque cuando le contamos en la situación que nos encontrábamos nos dijo que le siguiéramos, que intentaría resolver el problema. Dicho y hecho. Fue al campamento donde tienen su aprovisionamiento de combustible para vehículos y maquinaria. Hablan con el capataz chino y después de hablar con los chinos, dueños de la maquinaria y del combustible con los que comparten campamento, nos llenaron el tanque hasta arriba y no quisieron cobrarnos nada. ¿Y hay gente que todavía no cree en los milagros? Charlamos durante un buen rato hasta que tuvo que reincorporarse de nuevo a su trabajo y nos entregó su número de teléfono. Tremendamente agradecidos reanudamos nuestro camino y tras cruzar la pista de desvío por las obras del gigantesco puente que están construyendo nos dimos de bruces con la realidad.

El asfalto se desvaneció del todo. El camino se convirtió en un combinado de chapa ondulada y polvo, amenizado con socavones donde se podría bañar un hipopótamo y trozos de asfaltos que vagamente recordaban que hace años existió una carretera asfaltada. Una pesadilla de botes, vibraciones y conducción a 20 km/h que se hacía interminable. El paisaje que se extendía a nuestro alrededor era de una sabana arbolada donde las acacias, los moparam y, sobre todo, los impresionantes y gigantescos baobabs (nunca los habíamos visto tan hermosamente enormes) amenizó un camino que se hizo desesperante por el lentísimo avance. Los asentamientos que iban apareciendo por el camino seguían siendo de cabañas agrupadas dentro de una valla, en su interior, gente realmente pobre entrando y saliendo con bidones de plástico para conseguir agua. En ocasiones aparecían las máquinas y las cuadrillas de obreros y chinos asfaltando una parte de la destrozada carretera para a los pocos kilómetros volver a desaparecer. No sé cuantas horas tardamos en recorrerlo porque

la arquitectura, también en los monumentos, como el Cristo Rey que domina la ciudad de Lubango desde su colina más alta, una claro “hermano pequeño” del Cristo Redentor de Río de Janeiro.



En el campo, la vida sigue girando en torno a los puntos de agua y los ríos.



Mujer huila, etnia muy apegada a sus tradiciones y que fueron los últimos en entrar en contacto con la vida urbana.



Otra de las prioridades de Angola es limpiar el país de minas. Hay centenares de miles totalmente descontroladas y el país se divide en dos zonas: las tierras limpiadas de minas y las que están pendientes de ser examinadas. Inquietantes carteles

entre las paradas para fotografiar y los 20 km/h se nos hizo eterno.

La reconstrucción de las carreteras son la máxima prioridad, sin comunicaciones no hay futuro. El gobierno prevé construir en los dos próximos años hasta 14.000 Km. y reactivar el tráfico de mercancías sin que caduque la carga por el camino y que se puedan abastecer las zonas más castigadas. Que les llegue agua y electricidad es la otra prioridad inmediata. En las calles de pueblos y ciudades aparecen los carteles del presidente dos Santos alentando a la población con trabajo, educación, disciplina y a unirse sin enfrentamientos. La educación es otro pilar sobre el que se basan para progresar pues durante el periodo colonial el acceso a la educación estaba limitado a la colonia portuguesa y a una élite de angoleños mientras el resto de la población era analfabeta.

Queda mucho por hacer pero se ve que no se duermen en los laureles, vimos a toda la población muy activa y trabajadora. Totalmente ajena a su reciente pasado, nadie diría que hace tan solo unos pocos años estaban inmersos en una lucha fratricida.

Hasta ahora sólo nos habíamos cruzado con algunas poblaciones que daban pena pero sobre todo con chozas, los poblados compuestos de cuatro casas que se caían a cachos, como nuestra moral al ver tanta miseria. Pero en Chibí la atmósfera cambió y encontramos un precioso pueblo de corte colonial con casitas con tejados a dos aguas de tejas anaranjadas y hasta jardines con mantenimiento. El pueblo había sido reconstruido y realmente lo habían dejado precioso. La actividad bullía por doquier, se seguían viendo trabajos de rehabilitación, pintado fachadas, plantado flores en los jardines, colegios por todas partes. El día despejado de intenso cielo azul y sol radiante hacían el resto. A la gente del pueblo se le veía laboriosa y contenta. Fue entonces cuando comenzamos a ver paseando por las calles de la ciudad unas señoras con una indumentaria muy particular. Eran los huilas, una tribu muy apegada a sus tradiciones ancestrales, poseedores de su propio idioma y que fueron los últimos en entrar en contacto con la vida urbana. En Angola conviven numerosas tribus desde los himba y hereros (que ya conocimos en Namibia) hasta los huilas y kuales, entre otros grupos y subgrupos menores.

Las mujeres iban con los pechos al aire, taparrabos y muchos abalorios en el cuello, los brazos y la cabeza. La ausencia de viajeros extranjeros nos hacían centro de sus curiosas miradas pero su naturalidad seguía intacta y lo más sorprendente fue cuando algunas de ellas nos pidieron que les tirásemos fotos, algo insólito en África,

recuerdan un peligro real que cada día se cobra nuevas víctimas.



Siendo cuidadosos con los lugares elegidos... ¿cómo privarse del romanticismo de las acampadas libres disfrutando de un atardecer entre baobabs?.



Una impresionante empalizada rocosa separa Lubango de la costera Namibe. Para sucarla hay que sobrepasar el espectacular paso de Leba.



El paso de Leba, espectacular paso de

donde cada foto a personas es toda una aventura y la mitad hay que realizarlas con “propinas”, con teleobjetivos o a escondidas. Luego, cuando se veían en la pantalla de la cámara era todo un revuelo de risas y bromas. Sólo querían verse y que sus amigas las vieran en pantalla, nada más. En los mercados vivimos experiencias similares, cuando pedíamos permiso para fotografiar no sólo no les importaban sino que las risas y las peticiones por salir en las fotos eran generalizadas.

Cuando llegamos a Lubango (capital de la provincia de Huíla y la ciudad más importante del suroeste de Angola), la cornisa montañosa a 2.600 metros, que sirve de telón de fondo a la ciudad, nos recordó enormemente a la Table Mountain de Ciudad del Cabo en Sudáfrica. Podríamos decir que son mellizas. Pero la cornisa angoleña de Lubango está coronada por la imagen del Cristo Rey, al estilo del Cristo Redentor del Corcovado en Río de Janeiro. Se deja notar el recuerdo de la colonización portuguesa. El “bidon ville” que precede la ciudad, propiamente dicha, se extiende por kilómetros con chabolas de techo de uralitas sujetas con pesadas piedras y nos da la bienvenida entre enormes carteles publicitarios de telefonía móvil y advertencias para protegerse contra el SIDA. Son los carteles que más abundan, junto a los de la publicidad de la cerveza Cuca y su competencia N gola (nombre bantú del país que los portugueses convirtieron en Angola). Sin olvidar la imagen del presidente dos Santos alentando de nuevo a los ciudadanos a trabajar duramente todos unidos para levantar el país.

El transporte colectivo lo invade todo con las combis pintadas de azul y blanco y los ayudantes del conductor anunciando los destinos y metiendo a los viajeros a capón en las furgonetas. Paseando por las principales calles de la ciudad, los vendedores ambulantes (de zapatos, ropa, fruta, de todo) invadían las aceras. Hay que ganarse la vida como mejor se pueda. En el centro, los edificios coloniales que han sobrevivido se prodigaban albergando los estamentos oficiales del gobierno, la policía y el ejército.

Desde Lubango nos dirigimos a la costa para alcanzar la ciudad de Namibe, a 175 kilómetros. Para ello seguimos una sinuosa y ascendente pista de montaña hasta alcanzar los 1.600 metros de altitud del espectacular paso de Leba. Después de pagar un pequeño peaje (el único que nos encontramos en Angola) por cruzar el paso, inmediatamente nos metimos por la pista que, a nuestra izquierda, nos conducía a una colina que domina la visión de este sobrecogedor paso. Las vistas son majestuosas, esbeltos saltos de agua, farallones que caen al vacío y paredes rocosas que van transformando su faz con una paleta de colores verdosos, ocre y anaranjados. La carretera que recorre este hito geográfico es bruscamente zigzagueante, serpenteando escabrosamente por la

montaña y una serpenteante carretera que se retuerce sobre sí misma de una manera sobrecogedora.



Entrada en el pueblo de “Caraculo” (sin risitas por favor), la población más importante entre Lubango y Namibe. En ese asentamiento radica la estación zootécnica de la zona (para estudios del aprovechamiento ganadero racional)



Justo antes de Namibe, tras cruzar la aridez del desierto aparece el frondoso oasis del río Giraúl. Una explosión de verdor y vida escondido entre la desolación de sus colinas circundantes.



Namibe y su impresionante playa. Entre semana está solitaria y durante el fin de semana llegan a los visitantes de Lubango para instalarse y pasar dos días en la playa,



ladera de la montaña. Existe un punto que se gira casi 360°, se le conoce como la curva de la “cubana”. Algunos camiones aparecían estacionados peligrosamente en medio de la carretera, averiados y calzados con piedra para evitar lo peor. Hay que descender con prudencia para sortear sin consecuencias los obstáculos que provocan los camiones averiados, grandes piedras abandonadas y ramas caídas hasta que la carretera se funde con la llanura para convertirse en una recta que se pierde en el horizonte rumbo a la costa.

La vegetación tropical de mangos, bambú y baobabs empieza a desaparecer para ceder terreno al desierto con abruptas elevaciones rocosas. La población más importante se llama “Caraculo” (sin comentarios), allí existe una estación zootécnica (para estudios del aprovechamiento ganadero racional) y una gasolinera... ¡con combustible! Tras las malas experiencias pasadas ahora repostamos en cuanto vemos una gasolinera abastecida, aunque sólo necesitemos 10 litros. No obstante, también llevamos 60 litros en bidones para tener una autonomía de más de 1.000 Km. en caso de volvernos a encontrar una zona desabastecida.

El paso de Pequeña Leba es suave para nuestro todo terreno pero los camioneros deben emplearse a fondo para no despeñarse. De hecho uno de ellos no pudo superar el obstáculo de la elevación al soltarse el freno, cayó hacia atrás, golpeó el camión que le seguía, volcó y el contenedor se despeñó. Acaba de ocurrir pues la policía estaba sacando muchas fotos y una ambulancia intentaba abrirse camino entre el caos generado. Como consecuencia de ello se formó un atasco que puso las cosas muy difíciles al resto de los camioneros que empezaban a colapsar el paso. Los conductores de todo terrenos fuimos los únicos que pudimos bordear el accidente saliéndonos del camino y avanzando por un infecto roquedal inclinado con la reductora engranada.

Cuando conseguimos sortear el nuevo obstáculo desde las curvas de la pequeña Leba se abrió ante nosotros un bello valle verde y frondoso que debe su fertilidad a las exiguas pero fructíferas aguas del río Giraul. Un puente sobre el lecho del río marca el punto obligado de parada para los conductores donde vendedores ambulantes intentan sacar algunos kwanzas con la venta de refrescos, cervezas, verduras, frutas... Al detenernos fue como si una colmena de abejas hubiese sido azuzada y llegase revoloteando en tropel. El agobio tan solo dura 30 segundos, intentan vender su mercancía pero si ven que no se está interesado se retiran. Los campos de bananos, guayabas, maízales, cebollas, tomates... crecen alrededor.

Poco después aparece Namibe, a cuyas costas llegó por primera vez el portugués Diego Cao en 1482. Un pueblo pesquero con reminiscencias portuguesas fundado en 1840 y que junto con Lobito son los puertos pesqueros

dando vidilla a las barbacoas y a los chiringuitos que brotan todo a lo largo de la calle que bordea su gran playa.



Niña en la playa de Namibe.



Un bulevar arbolado surca el centro de Namibe, escoltado de los edificios coloniales de la administración. Y sus calles, salpicadas por grandes villas, también de corte colonial, muestran tímidamente su pasado esplendor... y que confiamos que algún día recupere.



Paseamos por la Lonja, donde las pescaderas esperaban ansiosas la llegada

más importantes de Angola. El enclave cautiva nada más verlo, está muy deteriorado por falta de mantenimiento pero la guerra no ha pasado su rodillo destructor. Imagínárselo reconstruido es enamorarse del lugar. Un bulevar arbolado surca el centro, escoltado de los edificios coloniales de la administración. Y sus calles, salpicadas por grandes villas, también de corte colonial, muestran tímidamente su pasado esplendor... y que confiamos algún día recupere.

Paseamos por la Lonja, donde las pescaderas y los clientes esperaban ansiosas la llegada de los barcos. Por lo pronto ya habían llegado algunos con caballas y pargos pero estaban a la espera de que llegasen más. Seguimos la costa con sus atractivos acantilados para alcanzar sus tres grandes playas: Praia Amélia, Praia Barreiras y Praia Azul, donde había unas pequeñas salinas. Aunque amaneció nublado, igual que nos pasaba cada mañana en Walvis Bay, tuvimos la suerte de que se fue despejando y el sol pudo lucirse a gusto. Eso sí, el viento pegaba fuerte. En Praia Barreiras observamos la construcción de bungalows con techo de pajas al borde del mar para alojar al futuro turismo... por el momento nacional.

iiUn camping!! iiHabía un camping municipal en la mismísima playa de Namibe!! Destartalado, con muy poco mantenimiento pero abierto y con electricidad y agua corriente (que por supuesto tan solo usamos para fregar y el aseo porque el agua que consumimos son los 100 litros que agua Namibia que transportamos en bidones, no hay bromear con el agua).

No había ni un alma, tan sólo el sorprendido vigilante que nos subió la barrera sin creerse todavía que

de las barcas repletas de peces. Su costa es generosa y es el modo de vida de la mayoría de la población costera.



Y si seguimos rumbo sur, bordeando sus atractivos acantilados, iremos encontrando sus tres famosas playas: Praia Amélia, Praia Barreiras y Praia Azul.



Playa Amélia, adentrándose en el océano Atlántico.

unos occidentales arribaran hasta allí. Luego nos enteramos que el camping, totalmente vallado y con vigilancia policial, cuando se llena es durante el fin de semana, que llegan a mansalva lugareños de Lubango para instalarse y pasar dos días en la playa, dando vidilla a las barbacoas y a los chiringuitos que brotan todo a lo largo de la calle que bordea su gran playa. El encargado nos pidió una suma exagerada por acampada teniendo en cuenta que las luces de la ducha no funcionaban (tuvimos que usar nuestros propios medios para alumbrarnos), las tuberías tenían tantas fugas que tan solo abrían la llave de paso si se solicitaba, sólo había agua fría y caía en un hilito exíguo que supimos aprovechar. Pero bueno, era un lugar muy seguro, las parcelas de acampada eran amplias, había muchos árboles para dar sombra y mesas y sillas de picnic mucho más cómodas que nuestros taburetes y mesa. Sería nuestro único alojamiento de pago en toda nuestra ruta por Angola, el resto del tiempo fueron acampadas libres y las dos únicas veces que dormimos en cama fue gracias a la hospitalidad local.

Un chico que le acompañaba y hablaba español con acento cubano (estudió y trabajó en Cuba varios años) nos sirvió de intérprete, aunque sinceramente, con el portugués es muy fácil entenderse en casi todo. Pero era tan amable que no le queríamos quitar la ilusión y finalmente nos dejó la acampada a un precio razonable. Nos pedía el doble de lo que costaba pernoctar en un camping de ensueño en Namibia. El limitado alojamiento que se puede encontrar, al igual que ocurre con la comida, tiene precios desorbitados ofreciendo unas habitaciones que dan miedo.

En principio nos habíamos propuesto llegar tan solo hasta Namibe pero Angola nos ha enganchado, hemos conectado muy bien con el país y disfrutamos de sus gentes. Aquí mismo decidimos que no ha llegado el momento del regreso, vamos a seguir adentrándonos en este peculiar país que renace de sus cenizas. Regresaremos a Lubango y en vez de ir hacia el sur... seguiremos rumbo norte en dirección a Lobito.



En principio, debido a la precariedad del país y su inquietante pasado, nos habíamos propuesto llegar tan solo hasta Namibe pero Angola nos ha enganchado, hemos conectado muy bien con el país y disfrutamos de sus gentes. Decidimos que no ha llegado el momento del regreso, vamos a seguir adentrándonos en este peculiar país que renace de sus cenizas. Acampamos en la cima de la colina que domina el paso de Leba y todo el valle para mañana... seguir rumbo norte.



## CRÓNICA-7 **El largo camino.** (Norte de Angola)

Nuestro cambio de planes nos entusiasma y el temor inicial a este incierto país se ha tornado en excitación por conocerlo más a fondo y eso ha sido determinante para anular nuestro regreso hacia Namibia y seguir rumbo norte para adentrarnos más en Angola.

Partiendo de Namibe por la tarde era imposible alcanzar Lubango ese mismo día pero tampoco queríamos hacer esa ruta de un tirón. El paso de Leba nos fascinó y habíamos decidido hacer una acampada libre en la cima de la colina que dominaba el paso de Leba. Cuando lo vimos a la ida, decidimos acampar allí a nuestro regreso y desde luego que fue una decisión acertada. Había una espectacular luna llena y está iluminó todo el paso espléndidamente. Fue una noche memorable.

La carretera que hemos recorrido de Lubango a Namibe era impecable pero lo que nos esperaba 90 kilómetros después de Lubango fue de nuevo otra pesadilla. Las obras de asfaltado se interrumpían en este punto y el trayecto de 270 kilómetros entre Cacula y Benguela fue devastador y nos dejaron extenuados al final de cada etapa.

Efectivamente, la pista alternaba tramos de boquetes y chapa ondulada, nuestro eternos enemigos de viaje. El paisaje se volvió más tupido de vegetación, tipo selva del Petén en Guatemala. Pero los verdaderos protagonistas eran los baobabs que dotaban de una belleza indómita nuestro entorno. Sólo rompía la atmósfera el tránsito de los pesados y ruidosos camiones... que destrozaban todavía más la ya decrepita pista. Las poblaciones que se alternaban eran pequeños poblados de cabañitas crónicas con algún pueblo



[Pulsar el mapa para expandirlo.](#)



El asfalto desaparece al poco de partir de Lubango y vamos alternando el infierno con pistas que algún departamento se ha dignado a alisar. Pero fuera como fuese el estado de la pista el entorno nos fascinaba. Avanzar entre esos grandes centinelas vegetales de Angola, los baobabs, reforzaba la decisión de continuar hacia el norte.

con construcciones improvisadas y de antiguos edificios bastantes deteriorados de estilo portugués. Aparecieron algunos tramos de pista recién asfaltada pero fueron tramos cortos, luego la pista deteriorada se impuso de nuevo. Tardamos más de 5 horas para hacer 190 kilómetros. Obviamente la idea inicial de alcanzar una población se tornó misión imposible y acabamos acampando en un campamento de desactivadores de minas.

Efectivamente, a la mañana siguiente, cuando nos levantamos, el capataz reunió a la cuadrilla y les dio el plan del día y tras eso... ía buscar y desactivar minas! Realmente el entusiasmo de los chicos, porque todos eran chavales de menos de 20 años, era admirable. Porque hay que echarle valor para dedicarse a ello. Uno de ellos nos contó que algunos compañeros estaban tullidos de porvida al hacer explosión alguna mina y dejarles sin algún brazo o pierna. Espeluznante. "Pero alguien tiene que hacerlo ¿no?, y hay que comer." -nos decía con una gran sonrisa el chaval. Carteles con la advertencia de "peligro minas" recordaban el peligro real de las mismas y a un lado y otro de la carretera un montón de estacas de color azul (que significa que el área ha sido limpiada de minas) y otras de color rojo (que todavía hay o está sin examinar) amenizaban el siniestro recorrido.

Estamos al inicio de la época de lluvias, que discurre entre octubre y abril, pero el sol que nos ha acompañado hasta ahora se ha tornado en una intensa tormenta que afortunadamente nos ha pillado en el único tramo recién asfaltado de camino a Benguela.

Antes de entrar en Benguela cogimos la desviación para Bahía Farta y recorrimos algunos pueblecitos de pescadores de casas sencillas. Bahía Farta era un pueblo mayor y en su playa, que hacía las veces de lonja, bullía de actividad pues no cesaban de llegar barcas cargadas de pescado. Pescadores descargando la mercancía, otros limpiando la captura del día, las mujeres vendiendo, los clientes paseando, eligiendo y comprando y también moscas, muchas moscas revoloteando por todos sitios. La gente tranquila y encantadora, nos sonreían y nos decían de acercarnos par ver todo de más cerca. Luego seguimos por la costa y comprobamos como se iban construyendo restaurantes y hoteles turísticos, lo cual indica la esperanza y optimismo de la población y de los inversores para un futuro inmediato. Por ahora están enfocados para el turismo local pero en unos años seguramente los occidentales decidan invertir en "turismo"



Habiendo tomado rumbo oeste para dirigirnos a la costa de Benguela, nos salimos de la ruta principal que lleva a Luanda, la capital, y nos encontramos con un ambiente totalmente rural.



Los mercados, motor de la economía de subsistencia, surgen en las encrucijadas y en las aldeas más estratégicas. La ausencia de extranjeros nos deleita con un comportamiento natural de la población y momentos entrañables. El idioma portugués, tan cercano al español, permite risas y conversaciones de todo tipo con la población.



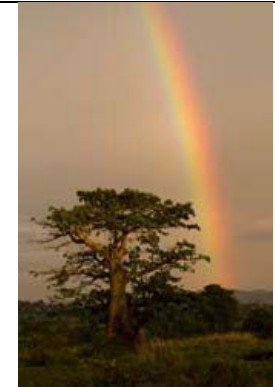
Pero las huellas de su terrible guerra siguen presente y hasta las iglesias tienen que esperar a que lleguen los fondos de ayuda.

y se comience a conocer este hermoso y acogedor país.

La entrada en Benguela estuvo precedida por la aparición de la confusa y abigarrada de la población satélite de Catumbela, un pueblo desparramado por las laderas de unas colinas y coronado por su enorme iglesia.

Benguela en una atractiva ciudad asentada a lo largo de una inmensa playa. Por doquier aparecen muchos edificios coloniales que bien servían como residencia de los representantes del Partido y autoridades locales o provinciales o bien como residencias privadas. Por el paseo de la playa, al ser sábado la gente se paseaba o se reunían amigos a escuchar música en los coches mientras se bebían cervezas, vino o refrescos al tiempo que compraban fruta o huevos duros a las vendedoras ambulantes. Lo que nos llamó la atención todo a lo largo del país, es el cuidado que ponen todos en su apariencia. El aseo personal, el afeitado diario y la ropa limpia y planchada era la tónica general. Desde las vendedoras ambulantes a los transeúntes. Era raro ver, por modesto que se fuese, alguien con harapos o desaliñado. Y el “muito obrigado” (muchas gracias) lo decían hasta los niños.

A tan sólo 30 kilómetros se encuentra Lobito, un gigantesco y estratégico puerto. La entrada es caótica pero cuando llegamos a la alargada lengua de tierra que se adentra en el mar, la cosa cambia radicalmente. Este espigón está lleno de casitas y villas coloniales. Algunas muy bien mantenidas, otras recién restauradas y otras completamente abandonadas. Pero este trocito de ciudad rezumaba un encanto especial.



Las tremendas tormentas de la época de lluvias a veces dificultan el avance, embarrando e inundando las pistas, pero no nos detienen. A veces, tras el diluvio, sale el sol y nos deleita con hermosos arco iris sobre los baobabs.



Llegamos al litoral de Benguela, con sus extensas playas y atractivas calas. Su soberbio enclave natural sigue intacto pero el ambiente lúdico que reflejaron antaño ahora se ha tornado en soledad y la hacen parecer paraísos perdidos.



Al alcanzar la costa, desaparecen los grandes y coloridos mercados agrícolas y brotan lonjas con las espléndidas capturas de su generoso mar.



Además, las playas del espigón estaba especialmente animadas por ser domingo y todo el mundo estaba disfrutando de un día de playa. Música, comida, gente pescando y ganas de disfrutar se extendían entre las arenas de la playa. Nos emocionó especialmente ver a la gente tan feliz, al menos aparentemente, cuando hace 6 años se estaban matando a tiros entre ellos. Ojalá aquí sí que funcione el lema de “nunca más”.

Cuando abandonamos Lobito serían más de la cinco de la tarde y el asfalto desapareció en el cruce de la carretera hacia Luanda. Seguimos avanzando hasta el pueblo de Bocoio y nos llevamos una sorpresa pues resultó ser una localidad mucho más grande de lo que dejaba a entender nuestro mapa. Dímos una vuelta y descubrimos la construcción de un complejo hospitalario con la ayuda de España. Por una de las calles vimos una casa con un enorme patio y mucha gente pululando alrededor. Con la noche casi encima y no queriendo conducir de noche no nos quedaba más remedio que pernoctar en ese lugar. Descartados los dos hoteles del pueblo, no siendo recomendable la acampada libre en un lugar tan habitado, tan solo teníamos dos opciones: dentro del cuartel de su siempre hospitalaria policía –como ya hicimos en anteriores ocasiones- o bien que alguien nos dejase acampar en su terreno.

La policía bullía de actividad con una frenética, e incesante, entrada y salda de vehículos; iba a ser imposible dormir en esas condiciones. Decidimos preguntar en una casa con un inmenso recinto posterior, si sería posible dejarnos aparcar en el patio trasero para pasar la noche y por la mañana seguir camino. El dueño nos invitó a entrar a la casa y en el salón nos preguntó que hacían unos extranjeros por estos lares. Tras escucharnos finalmente, Antonio, que así se llamaba, resultó ser una de las máximas autoridades de la población en el pueblo (aunque nunca quiso definir exactamente su “cargo”) y tras una breve charla nos invitó a cenar y dormir en su casa, fue nuestra primera noche en cama en Angola, bueno, más exactamente desde



Quizás emulando la sirenita de Copenhague, el puerto de Lobito tiene su propia “sirenita africana”.



**“Ciudadano desarmado... Angola más segura. Entrega aquí tu arma”.** Un cartel que exhiben muchos cuarteles de la policía. Tras la guerra... se está intentando recuperar las armas.



De nuevo en el interior, el paisaje cautiva con sus peculiares colinas, grandes moles de granito redondeadas, cubiertas de vegetación frondosa con bananos, piñas, muchos baobabs pero principalmente mopanes.

que salimos del Grootberg en Namibia hace más de 15 días. Estuvimos charlando sobre Angola y entre muchas cosas nos contó que este pueblo fue atacado varias veces durante la guerra e incluso una vez, en el salón donde ahora estábamos hablando, cayó una bomba pero se libró por los pelos al estar fuera y tratarse de un ataque diurno. La casa tuvo que ser reconstruida hace poco y está tan impecable que parece que la estrenamos nosotros.

A la mañana siguiente, tras el desayuno y despedirnos de nuestro hospitalario anfitrión reanudamos la marcha. El día comenzó espléndidamente soleado. El paisaje se desplegaba colinas de grandes moles de granito redondeadas, cubiertas de vegetación frondosa con bananos, piñas y algunos baobabs pero principalmente mopanes, árboles autóctonos africanos que pueden alcanzar hasta los 18 metros y están a prueba hasta de termitas, tan feraces en esta zona del mundo. El asfalto volvió a desaparecer tras Bocoio y las pistas mostraban su piel totalmente rojiza,. Lo que nos contó Antonio no eran exageraciones, fue una zona de intensos y terribles combates porque al poco de salir comenzamos a encontrar más restos de la desgarradora guerra: carcasas de carros de combate, tanquetas retorcidas sobre sí mismas, camiones despedazados y vehículos calcinados, nuevamente los fantasmas de una guerra que afortunadamente acabó.

Por el camino las mujeres con los bultos en la cabeza y muchas de ellas, con los niños atados a la espalda, nos recordó la imagen típica de sus caminos. Seguimos avanzando y cuando nos quedaba poco para alcanzar el asfalto nos pilló la tercera gran tormenta angoleña. De nuevo parece que se inicia el Diluvio Universal. En un instante la pista se tornó en barrizal y en breve parecería que avanzábamos por el cauce de un río. Tras una hora de locura acuática, las nubes desaparecieron, el agua se iba diluyendo por la cuneta y un espectacular arco iris emergió sobre los baobabs.

En Hama viramos hacia el sur y al poco se notó de nuevo la presencia china con un recién estrenado asfalto durante los últimos 67 kilómetros hasta alcanzar Huambo, una ciudad grande y horrorosa. Era espeluznante ver que todavía quedaban muchos edificios con el impacto de ráfagas de metralla en sus muros o boquetes producidos por obuses en sus muros. Tras repostar combustible, seguimos nuestro camino pero el espejismo del asfalto duró poco, desapareció en Caala y comenzamos de nuevo un vía crucis.

Esta ruta es una vía principal del país y entre granjas, pueblos y el tráfico hay población por todos sitios.



Lo que contaron los habitantes de Bocoio no eran fantasías, toda esa zona fue frente de guerra durante mucho tiempo y ahora... la mitad de las tierras están sembradas de minas. Nos vamos encontrando cuadrillas de desactivadores que intentan devolver la seguridad a las montañas.



Los puentes que nos vamos encontrando siguen siendo muchas veces provisionales. Los puentes militares Baileys, famosos en la segunda guerra mundial, son el único modo de mantener abiertas las carreteras hasta que lleguen los fondos para construir los definitivos.



Pero la naturaleza sigue seduciendo, exuberante y orgullosa, totalmente ajena a los tiempos duros. Luciendo sus mejores galas en cada recodo, por encima del bien y el mal de los hombres.



Buscamos de nuevo una estación de policía, a veces son muy difíciles de encontrar porque son chamizos infectos, que contrastan sobremanera con su impecable aseo y perfecta uniformidad. Casi siempre, cuando solicitamos que nos dejen aparcar en su recinto para pasar la noche en la tienda-techo, nos reciben con los brazos abiertos y simpatía. Su hospitalidad es siempre muy grande pero en ningún momento empalagosa, charlamos mucho con ellos pero llegado el momento justo se retiran a sus ocupaciones y nos dejan hacer nuestros quehaceres: poner al día el diario de viaje, organizar y numerar las fotos, preparar la cena, fregar los cacharros de cocina e irnos a la cama. Cada encuentro era una sorpresa, en esta ocasión uno de los agentes nos explicaba que cuando era niño, con unos 11 años aproximadamente (en 1984), estuvo viviendo en Cuba donde su padre fue instruido como policía. Ahora él seguía sus pasos. Hasta se acordaba de canciones cubanas y en un momento de inspiración nos cantó algunas estrofas, fue la época dorada de su vida.

Amaneció un día radiante de intenso cielo azul pero la pista hacia el sur seguía estando llena de boquetes y la primera parte con muchos charcos repleto de barro rojo que salpicaba todo. Íbamos muy despacio por sí nos metíamos en un barrizal, poder salir en marcha atrás. Nuevamente nos encontramos con una partida de desactivadores de minas. Estaban con el equipo completo y cuando nos paramos se acercaron para pedirnos "gasoza" pero sólo teníamos agua y eso es lo que bebieron. La pista alternaba tramos de boquetes con chapa ondulada y firme más o menos aceptable.

Pero por fin alcanzamos el asfalto en Cacuma. Allí estaba el cruce a Matala, con toda la vidilla que conlleva una encrucijada importante: combis cargando y descargando gente, camiones, vendedores de fruta, carne, verdura, puestos de lo mismo con vendedoras muy risueñas. Era un mercado pero había ambiente de feria.

Llegaríamos a Cahama sobre las seis y media, ya se había puesto el sol. Nos acordamos que Juan, el ingeniero uruguayo que conocimos en Xangongo cuando entramos en Angola, nos dijo que había una misión de padres mexicanos en Cahama. Preguntamos por ella en la gasolinera y no estaba muy lejos. Cuando nos salimos de la calle principal las calles eran de pura arena, como un desierto y a 11200 metros de altitud! Nos dijeron que estaba detrás del hospital, seguimos subiendo y no lo encontrábamos. Como era de noche y no había luz en las calles... ni en las casas, a menos que tuvieran un generador. Ni rastro de la misión, tan solo nos topamos con un gran muro en el que se apoyaban dos niños africanos y un blanco, que en estos lares tenía que ser un



Vida sencilla en poblados sencillos. Los niños siguen siendo el alma y la vida de las familias y cada madre ansía no ver de nuevo a sus vástagos ir a la lucha. Unas cajas de cartón, retazos de chapa, unas varillas de ramas secas, tozos de madera... y ya tienen un camión trailer para jugar.



Las tribus indígenas están en el interior, lejos de las vías principales y resulta complicado encontrarlas pero vamos teniendo encuentros con muchas etnias en los mercados agrícolas.

trabajador chino de los muchos que nos hemos ido encontrado. Le saludamos en chino “ní hao” y seguimos en inglés preguntándole por la misión y al contestarnos en español medio riendo, comprendí que el oscuro manto de la noche me hizo ver un chino donde realmente había un mejicano. Habíamos llegado a la misión.

Nos reímos del malentendido y nos dijo que no había ningún problema en acampar en su recinto pero no iba a ser necesario puesto que tenían habitación de invitados. La misión la componían sólo tres padres. Pero hoy estaba él sólo

ya que los otros dos se habían ido a Namibia para hacer compras en los supermercados de la frontera, país vecino que hasta los productos del campo son más baratos que en la propia Angola. Es entendible que en Namibia haya de todo y Angola esté desabastecida pero todavía nos resulta trágico e irónico que productos de la tierra, como la fruta y verduras, fuesen más baratos en un supermercado extranjero a más de 200 kilómetros de distancia que sí se compra en la huerta de al lado.

Nos ofreció una habitación y un baño para ducharnos. Sobre todo la ducha la aceptamos encantados. Y fue lo primero que hicimos. Nos duchamos todos los días con la ducha portátil, que extrae el agua de uno de nuestros bidones mediante una potente bomba de agua, pero al apagar el agua hay que secarse y vestirse corriendo para no ser comido por los mosquitos... máxime cuando estamos en una zona endémica de malaria en plena época de lluvias. El poder ducharse con todo el tiempo del mundo y secarse con total tranquilidad son cosas que se agradecen, tan solo se nos daría en tres ocasiones en Angola.

Luego nos sentamos hablar con el padre Andrés. Nos contó que llevaba casi cuatro años en este su primer destino y que aunque al principio resultó duro y hay que tener mucha paciencia ya empieza a ver algunos frutos pero que queda muchísimo por hacer. Combinan su labor de ayuda a los más necesitados con su misión evangelizadora, sobre todo cuando ciertas costumbres ancestrales se pegan de bruces con la moral católica. Nos cuenta que lo que más le trae de cabeza es la ceremonia de entrada en la pubertad de las muchachas de varias tribus de los alrededores. El paso de niña a adolescente se celebra con el desvirgamiento de las mismas, de la cual se encarga la familia. Para esa ocasión llegan los tíos y primos, que irán entrando en la cabaña y “haciendo mujer” a la niña. Tras la ceremonia, la niña ya es mujer y está lista para casarse. Lo dicho, ideologías que se dan de bruces.

Nuestro último día por Angola discurrió recordando las vivencias y las visitas que habíamos realizados las



No es el agua lo que falta en Angola y los ríos siempre aglutinan a su alrededor la vida... y los juegos de los más pequeños. La cara negativa es que su falta de tratamiento genera grandes y graves epidemias de cólera.



En algunas poblaciones los edificios siguen mostrando las trágicas huellas de encarnizados combates. Resulta estremecedor pensar lo que pasó cuando nos encontramos ante fachadas con miles de impactos de armas de fuego.



Como los baobabs que se yerguen orgullosos, confiamos que el futuro de Angola sea tan firme como estos poderosos árboles. Y que a su reciente atardecer plagado de dolor le siga un esperanzador amanecer de prosperidad.

últimas semanas por un camino donde nuevamente la chapa ondulada, los socavones y finalmente el asfalto nos depositó en la frontera con Namibia. Tras nosotros, la época de lluvias -cuyos preludios hemos padecido- regará esta tierra regenerando la vida pero a la vez... la muerte con las terribles epidemias como el cólera y la malaria.

Debemos reconocerle al pueblo angoleño una moral admirable, viendo toda la riqueza de su país en petróleo (segundo productores de África después de Nigeria) y diamantes (cuarto productores del mundo), y como una elite se enriquece mientras al pueblo le llega tan poco... A pesar de todo ahí están arrimando el hombro y tratando de conservar lo más preciado que puede tener un ser humano para seguir adelante, que es vivir en paz. Ojala la conserven pase lo que pase y que otros países como Sierra Leona o Zimbabwe puedan seguir su camino... un largo camino.

Pero lo que más podemos destacar de Angola es que es un país que mira al futuro... que hacen planes de futuro porque tienen "hambre" de paz y esa es muy buena señal para construir ese futuro prometedor que anhelan pero, paradójicamente, muchos se lamentan de poseer tanto petróleo porque les ha traído más desgracias que beneficios... al menos al pueblo llano donde de los 12 millones y medio de habitantes, dos tercios de ellos viven con menos de un dólar y medio al día mientras hay una elite millonaria. Además, temen que se agote sin que haya podido producirle la prosperidad que en teoría debería proporcionarle un bien tan jugoso y lucrativo como es el oro negro. Porque a diferencia de Arabia Saudí el petróleo del África subsahariana es limitado, los expertos dicen que en 20 años podría agotarse. ¡Buena suerte Angola! Esperamos volver algún día de nuevo.

A nosotros, nos espera otro inquietante vecino, Zimbabwe, pero antes de adentrarnos en ese país vamos a recorrer la próspera Botswana. Angola... Botswana... Zimbabwe... no nos están faltando los contrastes.



## CRÓNICA-8

### Las rocas que hablan. (Botswana oeste)

Cuando cruzamos la frontera entre Angola y Namibia no quedaban muchas horas antes de la puesta de sol. El lado angoleño fue rápido pero en el lado Namibia era el caos más absoluto. Los camiones se habían cruzado de tal modo que quedó toda la aduana bloqueada, no se podía ni avanzar ni retroceder. Recuerdo la expresión de impotencia en el rostro de la mujer policía que intentaba poner orden en aquel desbarajuste con los goterones de sudor corriéndole por su cara y como nos decía desesperada que avanzáramos sin pararnos un segundo ¿avanzar por dónde? Sí entre la anarquía circulatoria y los chiringuitos de las aceras no había manera de escaparse.

Por fin conseguimos estampar el último sello y salir de ese embrollo de vehículos para poder, en el primer supermercado que nos encontramos, abastecernos de provisiones, muy diezmadas porque en Angola utilizamos casi siempre nuestros propios víveres. Ya podíamos lanzarnos hacia el Caprivi, una estrecha franja de tierra namibia, encajada entre Angola y Botswana; es la ruta hacia nuestro nuevo destino: el delta del Okavango, gigantesco lugar donde el desierto de Kalaharai engaña al río Okavango haciéndole creer que es su lugar de desembocadura y... se abre en un gigantesco delta, desparramando todas sus aguas y creando un vergel. Pero si bien ese es el objetivo, el camino tiene unos imprescindibles hitos que todo viajero transafricano debe conocer.

La primera etapa será el Caprivi, una región situada en el extremo oriental del norte del país que se extiende por una estrecha franja entre Angola y Botswana. Su nombre se lo pusieron los blancos para homenajear a Leo von Caprivi, Canciller de Alemania que a finales del s XIX (en el particular reparto que se hicieron ingleses y alemanes con estas tierras) consiguió anexionarse este territorio al África del Sudoeste Alemana y así consiguió que Alemania tuviera acceso al río Zambeze. Como contrapartida, entregó al Reino Unido la isla de Zanzibar, en la costa de Tanzania.

Dejamos atrás las últimas poblaciones de la zona y... el asfalto; de nuevo las pistas se hicieron las amas de la carretera. El cielo se oscureció antes del atardecer con unos nubarrones negros que no auguraban nada bueno y la tormenta no se hizo esperar como tampoco lo hizo el ganado, del que viven las tribus de esta zona. Las vacas sentadas en medio del camino o bebiendo en los charcos que se habían formado por las lluvias se



Pulsar el mapa para expandirlo.



El final de nuestra ruta por el Caprivi namibio concluye en las cascadas Pops. Realmente no son cascadas, sino unos rápidos. El entorno es bonito pero nada que deje boquiabierto a nadie, lo que sí que es espectacular es el lugar que el parque nacional ha elegido como lugar de acampada para los visitantes. Totalmente embebido en la vegetación y al lado mismo del río.



Justo antes de la aduana namibia nos

convirtieron en un salto de obstáculos de lo más peligroso, miles de vacas en los márgenes y dentro de la pista hicieron el camino muy tenso. Aún así ese día avanzamos más de 400 kilómetros por las pistas namibias y conseguimos no llevarnos por delante ningún animal y eso que se emplearon a conciencia para intentar ser atropelladas.

Ya cuando se puso la noche sí que era imposible seguir esquivando ganado así que decidimos pernoctar lo antes posible. Estábamos en una zona fronteriza y preferimos acampar en una de los pequeños poblados que aparecían de forma esporádica. Un pequeño cartel en el camino señalaba un dispensario, era un diminuto campamento con un pequeño cubículo que servía de clínica. Preguntamos si podíamos acampar y nos dijeron que no había problema pero que tuviésemos cuidados con las serpientes y luego hicieron alguna broma en su idioma y se rieron. Pero una hora después, cuando estábamos a punto de subirnos a la tienda apareció un matrimonio para que atendiesen a la esposa que había sido mordida por una serpiente y comenzaba a sentirse mal. Una realidad cotidiana que no es para tomarse a broma. Después de una hora atendiéndola se marcharon y el auxiliar de clínica ya no tenía la cara de broma cuando nos comentó lo de las serpientes, sino más bien de preocupación. Menos mal que nuestra tienda está instalada en el techo del coche y no tenemos que montarla en el suelo. Una mantis religiosa tan grande como un puño y una corte de mosquitos atraídos por la luz de nuestro campamento nos acompañaron durante la cena y no desaparecieron hasta que apagamos la luz y ascendimos a nuestra tienda.

Nos levantamos muy temprano y tras despedirnos del encargado del humilde dispensario (a la luz del día era aún más básico de lo que se intuía en la oscuridad de la noche) nos pusimos de nuevo en ruta. “La tierra de los ríos” (Kunene, Okavango, Kwando, Linyanti, Zambeze, Chobe) como se conoce a esta zona por las numerosas corrientes que recorren y confluyen en esta zona. Concretamente ahora nos encontramos en los dominios del Okavango que desde que nace en Angola convierte su recorrido de más de 1.000 km por un lado, en un abanico de prodigios naturales, que iremos viendo a medida que avancemos y por otro lado, cuando las lluvias que ya están empezando a nutrirlo, lo convierten en una amenaza de imprevisibles consecuencias. Las pequeñas cascadas de Popa fueron las que despedieron nuestro breve paso de transición por Namibia para sumergirnos en nuestro verdadero objetivo de esta etapa: Bostwana.

Unas horas después de pistas y sabana arbolada cruzamos la frontera. Sólo me quedan dos páginas en el

encontramos un área protegida, en su control exhiben todo tipo de cráneos de animales salvajes, nos matizan enseguida que son animales que fallecieron por causas naturales. Impresiona el tamaño del cráneo de elefante... en cuyo interior cabría yo entera sin dificultad.



Al igual que en Namibia, los poblados que nos vamos encontrando en Botswana siguen siendo una agrupación de cabañas circulares rodeadas por una valla.



Una pista recién habilitada nos lleva hasta las colinas Tsodilo, un conjunto pétreo que emerge de la sabana. La mayor colina de las cuatro fue bautizada como “Male Hill”, la “Colina Hombre”



La “Female Hill”, la segunda más grande y de

pasaporte y tres países. Convencemos al aduanero botswano de sellar en un hueco de una página usada, con ese amable gesto ya teníamos garantizado que mi pasaporte duraría hasta el final de esta primera etapa africana. De nuevo los poblados con cabañas cónicas, pero de dimensiones mucho mayores que los asentamientos namibios o angoleños, son los que abundan por el camino. La carretera está asfaltada pero es muy estrecha, parece una comarcal española de los años sesenta. Pero lo peor de todo es que el ganado sigue campando a sus anchas. Era irónico haber venido a los Confines de África y que llevásemos dos días evitando accidentes... con animales de granja. Las vacas aparecían por centenares pero tampoco faltaban los burros y las cabras, menos mal que estas últimas eran más espabiladas y rápidas a la hora de apartarse del camino.

Poco después de la frontera existe un enclave que nos llamó particularmente la atención. Las colinas de Tsodilo, el punto más alto de Botswana con sus 1490 metros de altitud y hogar de la tribu san (los que conocemos como bosquímanos) y Mbukushu. Forma parte del desierto de Kalahari, un desierto que ocupa el 70% de territorio de este país africano y poblado por los bosquímanos y otras etnias desde hace más de 30.000 años. Tiempo durante el cual han dejado su huella en forma de pinturas rupestres de las cuales existen más de 4.500 muestras que han entrado a formar parte del Patrimonio de la Humanidad. Las leyendas y los mitos envuelven al lugar así como las creencias espirituales convirtiéndolo en unos de los lugares más importantes para estas etnias.

Para acceder a este territorio de apenas 10 km<sup>2</sup> existen tres pistas de acceso con muy mala reputación pues cuando no es la arena la trampa que obstaculiza el avance lo son las rocas, el consejo general era de nunca ir solos y menos en la temporada de lluvias. Pero en la frontera nos dicen que la ruta por Nxamaseri había sido habilitada hace poco para que fuese posible acceder a las colinas de Tsodilo sin la pesadilla de 40 kilómetros

formas redondeadas, alberga las pinturas rupestres más espectaculares del conjunto. El campo a través en un buen 4x4 se hace imprescindible para acercarnos a esta galería de arte prehistórico al aire libre.



El GPS, durante las largas horas de caminatas, resultó imprescindible para ir encontrando cada uno de estos tesoros.

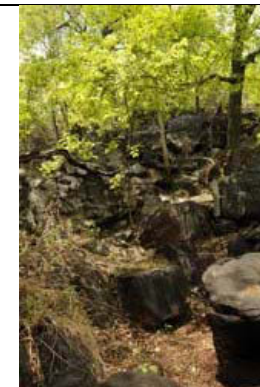


A parte de animales, también aparecen figuras humanas, algunas danzando con el pene erecto. Son más de 4.500 manifestaciones pictóricas de las distintas civilizaciones que se asentaron a lo largo del milenio

de incertidumbre y desafío extremos por las características tan desafiantes del camino. Y efectivamente, resultó ser una pista de grava que, aunque con unos pocos tramos arenosos y otros de la inevitable “chapa ondulada”, nos permitía avanzar a una media de 50/60 km/h y alcanzar nuestro objetivo... antes de que se pusiese el sol! Tras un poblado muy humilde nos encontramos una cancela que marcaba el acceso a las colinas. En teoría debería de haber un guarda pero los escasísimos visitantes que recibe el lugar ha hecho que el puesto haya sido abandonado y la caseta luce un deterioro total. Con grandes esfuerzos, empujando los dos, logramos deslizar la oxidada puerta y penetrar en este enclave, tan solitario como importante, puesto que sus pinturas rupestres son Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO desde el 2.001.

Su alejamiento de todo hace que tenga un pequeño aeródromo con pista de tierra y sin torre para que, ante la dificultad de acceder por tierra, se pueda acceder en avión. Los escasos visitantes que reciben suelen ser vía aérea desde Maun, una visita que debida a su alto precio, no está al alcance de todos los bolsillos.

Tenía una zona de acampada principal, con baños, duchas, algunos bungalows, al lado de la construcción que servía de base a los guardas. Pero también había lugares para hacer acampada libre en medio del bosque que rodea a las colinas. Como llevamos de todo, incluida una buena ducha portátil, preferimos disfrutar de la soledad y encanto de esta naturaleza en un claro entre la vegetación. Tras una buena ducha, antes del ocaso para no ser comidos por los insectos, nos dispusimos a cenar. Tuvimos que alejar bien lejos nuestra luz porque había nubes de insectos, algunos tenían el tamaño de una albóndiga y debían de estar acorazados, a juzgar por el tremendo ruido que hacían al golpearse contra la chapa del todo terreno. Comiendo en penumbra, estoy segura que nos tragamos unos cuantos bichos que cayeron en nuestros platos, y es que al plato que elegimos hoy para cenar –calamares en su tinta con arroz- no permitía distinguir si caía algo en el plato o no. No obstante, si estamos escribiendo esta crónica es que nada nos sentó mal. Después de esta interesante socialización con la fauna del lugar nos acostamos bajo un cielo estrellado que fue desapareciendo a medida que se acercó una tormenta que acabo derramando violentamente sus aguas a media noche. Menos mal que el chaparrón no duró mucho. Por la mañana la humedad era latente bajo un cielo gris pero con simulacros de asomo del sol. Con este ambiente comenzamos a recorrer las colinas de Tsodilo, cuyas piedras nos hablan con sus impactantes pinturas de unos tiempos muy lejanos.



El camino, muchas veces abrupto, se hacía más duro debido a la gran humedad.



Pero aunque en ocasiones tuviésemos que trepar como cabras montesas... todo el esfuerzo era poco cuando admirábamos a pocos centímetros estas maravillas pictóricas.



Arte y naturaleza fundidos en unas colinas que algún día recibirán visitantes por centenares pero por ahora... la soledad embruja a los pocos que llegan a este remoto lugar.



La cartografía del GPS que nos pasó Ricardo en Walvis Bay era tan detallada (podría decir que enfermizamente detallada) que estaban reflejadas hasta las pinturas rupestres. Nunca había visto nada igual. Así pues, con la batería del GPS cargada a tope nos lanzamos a una larga caminata que nos llevaría todo el día. No había ni un alma y fuimos recorriendo las colinas completamente en solitario. Los únicos encuentros que tuvimos por el camino fueron con algunas ardillas, reptiles e insectos. Son cuatro colinas las que se alzan sobre esta meseta desértica: la Colina del Hombre, de la Mujer, del Niño y la del Norte.

Aunque nos acercamos a la Colina del Hombre donde se encontraba la pintura rupestre de un león, decidimos recorrer más a fondo la Colina de la Mujer que es donde se encontraban la mayor cantidad de pinturas y las más interesantes. Llegamos a un punto donde el terreno empezó hacerse más abrupto, rocoso y empinado. El calor era menos intenso pero ya llevábamos una buena sudada encima, tantas subidas y bajadas pasaban factura. En diferentes cuevas y rocas fueron apareciendo una sucesión de imágenes de los animales que habitaron, y que muchos de ellos todavía habitan por la zona. Rinocerontes, antílopes, jirafas, cebras, avestruces, leones... figuras humanas danzando con el pene erecto... y así se contabilizan hasta más de 4.500 manifestaciones religiosas y espirituales de las distintas civilizaciones que ha poblado esta tierra a lo largo de milenio. Un muestrario fascinante de arte rupestre milenario plasmado con pinturas naturales en ocre, rojo y blanco.

El último tramo de la ruta por la Female Hill (La colina de la Mujer) se convirtió en una bajada bastante accidentada entre rocas y raíces de árboles. Vicente tuvo un desafortunado accidente golpeándose una de las rodillas al caer de una de las rocas mientras hacía equilibrios para fotografiar una pared rocosa con espléndidas pinturas. Aunque al principio no le hizo caso pero al poco tiempo ví como una mancha roja crecía en su pantalón y al levantarlo nos encontramos con toda su rodilla llena de sangre. El corte era pequeño pero



El firme que rodea las colinas es totalmente arenoso, por un lado favorece quedarse atascado pero por otro... cuando llueve, la tierra se traga enseguida el agua y gracias a eso pudimos alcanzar lugares más alejados con nuestro todo terreno.



Los mopanes y los arbustos espinosos casi se habían comido la pista, nos abrimos paso separando la vegetación con el morro del todo terreno hasta finalmente alcanzar la famosa pintura rupestre de la cebra. El símbolo del departamento turístico y museos de Bostwana.



Tras Tsodilo... de nuevo nos lanzamos a la sabana. La época de lluvias, a pesar de los inconvenientes, nos deleita con impactantes atardeceres, en los que el sol coquetea con descaro con unas nubes cargadas de agua.



profundo y sangraba profusamente, hubo que hacer una cura improvisada ahí mismo. Lo peor fue que como teníamos que bajar entre rocas, muchas de ellas de gran altura, esto le provocó que la herida se abriese más. Llegó cojeando al campamento pero satisfecho con el fascinante recorrido por uno de los lugares más sagrados y bellos, y difícilmente accesible, del territorio botswano. Pasamos bastante calor debido al alto grado de humedad que había debido al ambiente lluvioso que nos rodeaba por eso nada más reunimos con el coche nos dimos otra buena ducha en plena naturaleza, una cura de la rodilla en condiciones con nuestro botiquín y nos cambiamos de ropa. Ventajas de llevar un gran todo terreno, llevas de todo. Justo antes de irnos, una nueva tormenta se cebó con el lugar y con nosotros. Nos habíamos librado por los pelos.

El segundo día decidimos acercarnos por unas pistas sumamente estrechas y arenosas al extremo sur de la Female Hills. Las ramas de los mopanes y de los arbustos espinosos casi tapan el camino y nos hicimos huecos entre ellas hasta que alcanzamos el punto donde se encuentra la famosa pequeña pintura rupestre de la cebra. El símbolo del departamento turístico y museos de Botswana.

Rehicimos la pista que días atrás nos condujo hasta este apartado enclave hasta reunirnos con el asfalto. Para también de nuevo reencontrarnos con las decenas de vacas, burros y cabras que se cruzan o sientan en medio del camino en dirección a Maun. Repostamos gasoil en el poblado de Etsha 6, uno de los 13 asentamientos de refugiados angoleños que se formaron a finales de los años 60 como consecuencia de la guerra civil angoleña. Fueron bautizados por el gobierno botswano como Etsha 1, Etsha 2 y así hasta un total de 13, numerados así porque se separaban un kilómetro entre sí uno de otro.

A medida que avanzamos hacia el este los días se van acortando y vamos perdiendo minutos de luz por cada etapa avanzada hacia el este. La luz del sol se ha acortado nada menos que en 20 minutos desde de luz desde que salimos de Angola. Al atardecer, una nube de insectos se estrellaban atropelladamente contra nuestro parabrisas pero empezó a llover (no sé qué era lo peor) y desaparecieron. Unos 20 kilómetros antes de llegar a Maun un nuevo control veterinario nos paró. Nos hizo pisar un trapo húmedo para desinfectar nuestro calzado. Estos controles nos los vamos encontrando regularmente por las carreteras botswanas, el objetivo es evitar que la fiebre actosa se extienda pero... dudo de su efectividad. Aunque, por ejemplo, en la frontera nos encontramos con un camión de turistas overlanders españoles que les prohibieron entrar con carne fresca. Como eran muchos kilos, eran 20 personas en el camión, decidieron tardar una hora más y cocinarla ahí mismo, en el puesto aduanero. Ya cocinada sí que se permitía su entrada.



Manadas de gacelas y antílopes ya se dejaban ver y eran el prelude que anunciaba que nos estábamos acercando a una de las reservas naturales más importantes de Botswana.



Y por fin... el delta del Okavango en todo su esplendor. Desde Maun iniciaríamos la exploración de este prodigio único en el mundo



Nos instalamos en el pequeño y básico a la par que acogedor y entrañable camping Old Bridge Backpackers. El hermoso entorno, en la mismísima rívera de uno de los brazos del Okavango, era perfecto para trabajar con nuestros Toshibas sobre la ruta ya realizada y desplegar los mapas para preparar la siguiente etapa, donde la naturaleza y la fauna se combinan de tal modo que embrujan al viajero, embriagándole de la más pura esencia

En Maun buscamos un camping y allí nos alojamos bajo otra tormenta. Cogimos el sueño mientras el agua repiqueteaba en el techo de la tienda. Desde este enclave iniciaríamos una etapa donde la naturaleza y la fauna se combinan de tal modo que embrujan al viajero hasta embriagarle de la más pura esencia africana.



### CRÓNICA-9 El río traicionado. (Botswana este)

Hemos montado nuestro campamento en la misma orilla del río Okavango, el camping Old Bridge Backpackers era pequeño y sencillo pero muy acogedor, con una preciosa zona común de bar y restaurante abierto donde nos podíamos instalar a trabajar con nuestros Toshiba en los momentos de lluvia. Teníamos que reponer de nuevo nuestras provisiones y encontrar una buena conexión a Internet (hacia 15 días que no recogíamos correo y también teníamos que remitir a Label Ordenadores la crónica de Angola para que fuese cargada). Maun es un pequeño asentamiento pero el turismo para explorar el delta del Okavango disparó la dimensión y los servicios que ofrecía. Ya vive por y para el turismo y hay de todo: hoteles, decenas de agencias de viajes, todos los bancos de Botswana tienen una sucursal aquí, más de 10 campings donde elegir, Internet de alta velocidad, varios enormes supermercados, tiendas de material de acampada y ropa y un infinito etcétera. Como centro neurálgico de toda la zona, es también confluencia de todas las etnias de los alrededores, entre las que destacan los hereros, las que van con una indumentaria muy llamativa de colores fuertes, trajes ahuecados largos y tocados inspirados en los trajes de las antiguas mujeres de las colonias holandesas.

Hablando con unos y otros las noticias sobre las condiciones climatológicas y del terreno de la zona no eran muy halagüeñas. La época de lluvias ya está haciendo estragos por estas polvorientas pistas convirtiéndolas en auténticos barrizales de difícil acceso y uno de nuestros objetivos, recorrer la lengua del Moremi (que forma



Pulsar el mapa para expandirlo.



Maun era un pequeño asentamiento pero el turismo para explorar el delta del Okavango

parte del delta), está en peligro. Incluso se empieza a correr el rumor de su posible cierre hasta que finalice la época de lluvias, allá por marzo y estamos en noviembre.

En el departamento de "Wildlife" nos dijeron que las pistas de Moremi y a Savuti (pista de transición para alcanzar el Chobe al norte) estaban muy mal y que durante los pasados días se quedaron atascados 12 camiones. Otros que transitando con cuidado y convenientemente equipados se podrían pasar pues aunque ya hay bastante agua por Moremi, aún es medio practicable. Cada uno decía una cosa, esto es un lío.

Después de varios días lloviendo ha salido el sol y ha llegado la hora de explorar el delta. La forma más romántica de hacerlo es a la antigua usanza, dentro de una canoa tradicional (mokoro) que se va deslizando lentamente entre los juncos, nenúfares y plantas tropicales que pueblan este singular entorno e impulsada por la pértigas de los remeros sobre un fondo arenoso . Sólo para hacernos una idea del contorno natural que aquí se ha originado explicaré a grosso modo su formación y donde reside su originalidad con respectos a otros deltas. El río Okavango nace en Angola y tras cruzar la franja del Caprivi en Namibia (de donde venimos) comienza a formar un delta muy singular debido al depósito de los sedimentos más pesados que transporta el río y que debido a la pérdida de la fuerza de la corriente y al desnivel del terreno acaban depositados en este enclave ramificándose en infinitos canales y formando este peculiar abanico hidrográfico que alcanza los 22.000 km<sup>2</sup>, donde la fauna y la flora lo convierte en un santuario natural. Pero las aguas del delta del río Okavango, en vez de desembocar en el mar lo hacen en el desierto del Kalahari y por tanto engullido por sus arenas sin alcanzar nunca el mar como sí que ocurren con el resto de los deltas del mundo.

Nos encontramos ante un río traicionado por unas arenas que le hacen creer que es el mar. En el delta del Okavango, es el único lugar del mundo donde existe una población de leones nadadores que se ven obligados a lanzarse al agua para cazar antílopes. Durante las crecidas del río pueden llegar a cubrir el 70% del territorio por donde se asientan. Pero los leones, así como los elefantes que también suelen zambullirse por estas aguas casi nunca se dejan ver y no hicieron una excepción con nosotros, nos tuvimos que limitar a disfrutar la visión de las innumerables y exóticas aves que pueblan esta pradera acuática. Los leones y demás fauna salvaje las veríamos en nuestro avance por tierra, unos días más tarde.

disparó la dimensión y los servicios que ofrecía. Ya vive por y para el turismo y hay de todo: hoteles, decenas de agencias de viajes, varios bancos, más de 10 campings donde elegir, Internet de alta velocidad, varios enormes supermercados, tiendas de material de acampada y ropa y un infinito etcétera.



Como centro neurálgico de toda la zona, es también confluencia de todas las etnias de los alrededores, entre las que destacan los hereros, las que van con una indumentaria muy llamativa de colores fuertes, trajes ahuecados largos y tocados inspirados en los trajes de las antiguas mujeres de las colonias holandesas.



La forma más romántica de adentrarse por el delta es en un mokoro (canoa tradicional) y deslizarse lentamente entre los juncos, nenúfares y aves que pueblan este singular entorno. La poca profundidad hace que el avance más cómodo y rápido sea con pértigas que se van clavando en el fondo arenoso.

El paseo por el delta nos sirvió de transición antes de lanzarnos, tras tres días de espera para que cesasen las lluvias y cuajase un poco el barro, hacia la lengua del Moremi (que ocupa un 20% del delta del Okavango). Los 35 kilómetros de asfalto que recorrimos acabaron convirtiéndose en un firme rugoso que tortura a los que deciden ir por tierra a Moremi. Cuando pasamos el control de entrada para la reserva, los pequeños charcos del principio, alternados con las profundas rodadas, se convirtieron enseguida en marismas que inundaban las pistas, llegando a superar el metro de profundidad. Lo peor era que nunca sabíamos la profundidad al meternos y como cada 200 metros había una zona inundada... era imposible chequear cada marisma así que nos arriesgábamos a meternos en el agua sin previo chequeo. Eso hacía que en algunas ocasiones una ola de agua marrón pasase por encima de nuestro todo terreno sin el más mínimo pudor. Gracias al snorquel el motor estaba a salvo pero en tres ocasiones, incluso con la reductora nos quedamos atascados en el barro del fondo pero gracias a la rápida reacción de Vicente en cada uno de los casos, que metía casi al instante la marcha atrás y aceleraba a fondo con la reductora, logramos salir indemnes de cada una de las trampas. Quedarse atascado en una marisma de barro, con agua hasta las ingles, no es una broma. Y siendo Vicente el conductor experto en 4x4, soy yo la que tiene que meterse en el fangal con agua hasta los muslos para sacar el cable del cabestrante y engancharlo en algo firme que permita la tracción de nuestro todo terreno. Ya nos pasó en el Masai Mara, en Kenya, y tuve la desagradable vivencia de experimentar lo que son las sanguijuelas. Es algo que no se olvida ¡¡berk!!, y cada vez que notaba la pérdida de tracción en una marisma me daba un vuelco el corazón y ya veía a esos voraces gusanillos mordeándome. Pero afortunadamente, Vicente salió de todas las trampas y me evitó saludar a mis viejas "amigas" las sanguijuelas. Son los días en los que le quiero un poco más.

La vegetación que nos rodeaba de nuevo era del tipo sabana, vegetación a base de arbustos, acacias y mopanes (un árbol africano con hojas en forma de mariposa y que gusta mucho a los elefantes y a las jirafas. Su madera es muy resistente y ni las termitas, que son devastadoras y abundantes por esta zona del mundo, pueden con él por eso se usa mucho para la construcción, en las minas y hasta para las traviesas del tren). Las gacelas y antilopes rojos lechews junto con los marabúes, cebras y muchas aves tropicales fueron los primeros animales en aparecer.



El otro modo de explorar el delta del Okavango es por tierra, para ello hemos de dirigirnos al Parque Nacional Moremi... y tener un buen 4x4 porque algunos tramos son duros.



Pero aunque esperamos tres días, tras varios días de terribles tormentas, y con el sol luciendo desde ayer, gran parte de las pistas del Moremi están inundadas y algunas zonas, totalmente anegadas por el agua, han sido cerradas. En breve cerrarán todo el parque.



Kilómetros después, iia tan solo 3 metros de la pista!!, bajo la sombra de un árbol nos topamos con tres leonas tumbadas protegiéndose del calor, que a las tres de la tarde era bochornoso y amodorraba a cualquiera. Pero de nuevo, las jirafas se convirtieron en las protagonistas de este recorrido junto a los impresionantes socavones llenos de agua y barro que teníamos que sortear constantemente. Definitivamente el mejor momento para visitar esta zona se encuentra entre abril y octubre, la época seca. Estamos en noviembre y, efectivamente, hubo zonas del parque que estaban impracticables, quedando inhabilitadas hasta que pasase la estación de lluvias y en breve... cerrarían el parque completo para no abrirlo hasta dentro de unos meses. Dos lluvias más y ya no habría quien avanzase por aquí.

Seguimos adentrándonos en el Moremí y una manada de cebras con sus crías pastaban tranquilamente sobre la maleza. Inquietos facóqueros que, cuando nos veían llegar se quedaban congelados, mirándonos muy fijamente hasta que salían corriendo en dirección contraria con su rabo erguido. Sólo nos cruzamos con un vehículo 4x4 que venía de Chobe, nuestra siguiente etapa por la pista de Savuti, la fatídica pista donde se han estado quedando atrapados en el barro decenas de camiones y 4x4. A ellos les costó cinco días de suplicio por una pista que les tuvo cavando en el barro durante horas para poder avanzar unos kilómetros y volverse a enfangar y ahora el Moremí tenía toda la pinta de convertirse en la misma pesadilla de los días pasados por Savuti. Terrible panorama para llegar hasta el parque nacional de Chobe.

El agua de los socavones pasándonos por encima del capó nos embarraba el parabrisas así que salíamos a ciegas de estos traicioneros fosos. De los cuatro puentes que había en la ruta cruzamos, dos, el segundo y el cuarto, pero eran muy singulares. No se elevaban sobre el agua, se trataba de troncos posados sobre las marismas, aguas que estaban habitadas por cocodrilos e hipopótamos que se escondían sigilosamente entre los juncos, como bien ponían los carteles y pudimos constatar en siguiente recodo del río, donde los juncos no



Las manadas de jirafas, ya con retoños por ser época de cría, inundan las paraderas y se convierten en las protagonistas de nuestro avance por el Moremi.



Con medio todo terreno maquillado de marrón y teniendo en cuenta cómo estaba Moremi, habiendo recibido menos precipitaciones que el norte... decidimos ir al Chobe por el camino alternativo. Supone un rodeo de más de 600 Km. pero no tragaremos barro hasta reventar y no ver nada (cuando llueve los animales se adentran en la espesura para protegerse).



El camino elegido también tenía grandes atractivos, como el encuentro con elefantes al lado del camino. Las orejas abiertas y los inicios de envites nos advierten de no acercarnos más. Seguramente hay crías detrás de la maleza y se vuelven muy

les ocultaban.



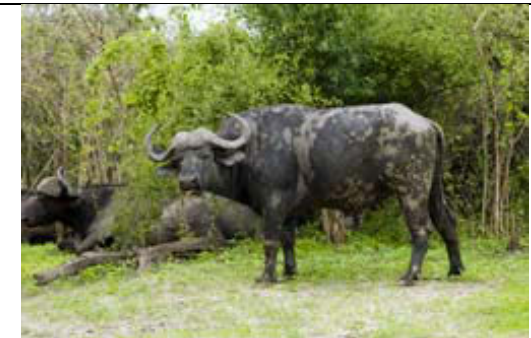
agresivos.



En las cercanías de los Parques, la acampada libre está prohibida. Kasane posee excelentes campings y nosotros elegimos aquel que disponga de techado... ¡por si las tormentas!



Las pistas del Parque Nacional Chobe también se han visto afectadas por las lluvias pero las características de este suelo... hace que el agua se filtre casi al instante y no había nada inundado.



Los agresivos e imprevisibles búfalos, en grandes manadas, se han establecido en las riberas del río Chobe.

Cuando llegamos a la puerta norte de Moremí, visto lo visto en este parque y habiendo llovido la mitad que en la ruta norte hacia el Chobe por Savutí... decidimos ir por el camino alternativo aunque nos suponga dar un rodeo de más de 600 kilómetros, pero al menos no tragaremos barro hasta reventar y no ver nada (cuando llueve los animales se adentran en la espesura para protegerse del agua). En vez de entrar al Chobe por el sur, entraríamos por el norte y nos evitamos un martirio seguro... e inútil, porque el mayor atractivo de naturaleza y fauna se encuentra en el norte, en las cercanías río Chobe.

Cuando dejamos Maun, la carretera se convirtió en una recta que a medida que avanzábamos iba quedándose más solitaria tanto de poblaciones como de tráfico. Pasamos entre los parques nacionales de los salares de Nxai Pan y Makgadikgadi Pans Game. Reservas que nos escoltaron durante kilómetros a un lado y otro del camino. El paisaje iba alternando las típicas acacias parasol, arbustos espinosos y baobabs. El tráfico de los alrededores de Maun había desaparecido así como las poblaciones que empezaban a ser cada vez más escasas. Por el camino nos encontramos una nutrida congregación de buitres y marabúes dándose un banquete con un animal muerto. Eso sí, por turnos y aquel que se lo saltaba le dejaban muy claro a picotazo

limpio de quién era el primero en destripar la pieza.

Cuando llegamos a Nata todavía quedaba ante nosotros otros 300 kilómetros y tras repostar combustible nos enfrentamos a la última etapa del día. Pocos kilómetros después apareció un cartel con la siguiente frase "Be careful with the potholes" (Cuidado con los baches) ¿baches, dicen? No me extraña que en inglés "pothole" se use también para caverna profunda. Pero los "baches" dejaron de irritarnos cuando apareció el primer elefante que se cruzó en la carretera.



Luego apareció otro... y otro... y otros, al poco fue el apoteosis. Habíamos visto muchos elefantes pero nunca tantos a la vez. Eso sí, había que tener cuidado porque como iban con crías se ponían muy agresivos, las protegen por encima de todo. Y cuando se dice por encima de todo... es que pueden pasarte literalmente por encima. A una distancia prudencial nos bajamos del coche pero cuando pasó un camión nos dijo que no convenía bajarse del vehículo y que sí no podíamos resistirnos... que por lo menos uno de los dos estuviese vigilando bien atento porque además de elefantes, también es zona de leones. Estábamos tan emocionados que hasta nos olvidamos que esto es territorio salvaje, aunque le cruce la carretera nacional y como vemos con los elefantes, otros animales salvajes pueden aparecer también. ¡¡¡Esto es África!!!

Seguimos avanzando y a la altura de Pandamatenga (la única población en todo el camino a Kasane durante 300 kilómetros y próxima a Zimbabwe) empezaron aparecer grandes extensiones dedicadas al cultivo y ganado, más esporádico que en otras zonas, pero ya empezaban aparecer vacas y cabras. Desde Nata no veíamos ganado, obviamente con los animales salvajes sueltos, la ganadería no tenía mucho futuro así que se centraban en la agricultura... donde sabían que no era zona de paso de los destructores elefantes.

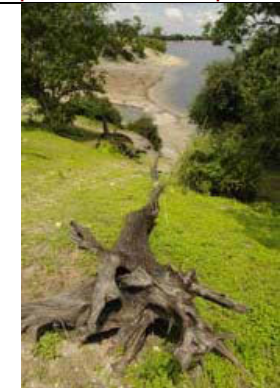
Cuando llegamos a Kazungula (la ciudad fronteriza con Zimbabwe en el norte) estaba anocheciendo. Los campings entre Kasane y Kazungula eran auténticos barrizales donde se nos hundían los zapatos en un fango



Las lluvias hacen crecer el pasto desmesuradamente, hay comida en abundancia y es la época que los genes han dictado a la fauna salvaje que es el momento de procrear.



Un espectacular macho kudu vigila el entorno, está siempre atento a la aparición de otro macho que quiera arrebatarle su haren y... por supuesto de los depredadores.



Pero el Chobe no es sólo fauna salvaje, dispone de paisajes extasiantes, lástima que esté prohibido bajarse del vehículo.

pegajoso. Mientras que a nosotros nos había lucido el sol durante todo el camino por aquí había caído otro Diluvio Universal que lo había inundado todo y paralizado toda la zona. Tras visitar varios campamentos nos quedamos en uno que tenía un lugar para refugiarse de la lluvia y poder cocinar si caían chuzos de punta.

El día amaneció nublado y de camino al Chobe hubo varios amagos de lluvia pero el cielo se contuvo. Las lluvias del día anterior y la amenaza de tormenta de hoy no nos iban a poner las cosas muy fáciles para avistar animales. El Parque Nacional de Chobe se puede recorrer en 4x4 o navegando por el río, un parque con 11.000 km<sup>2</sup> donde habitan cuatro de los cinco grandes. El rinoceronte es el único que no se encuentra por estos lares. Obviamente, nosotros seguiríamos la vía terrestre. El cielo se iba nublando a medida que avanzaba el día. El día anterior había llovido bastante con lo cual los animales no iban a estar muy colaboradores. Entre enero y marzo la entrada al parque será completamente inaccesible. Los que nunca faltan a su cita fueron los antílopes y gacelas, y la cantidad de pequeños retoños evidenciaba que estábamos en plena época de cría. Irritables y agresivos búfalos comiendo pausadamente, desconfiados hipopótamos retozando en el agua, vigilantes cocodrilos escudriñando presas, escurridizos facoqueros y espectaculares kudus, entre mucha otra fauna salvaje... pero ni un solo elefante. ¡Es que el Chobe se caracteriza por su gigantesca colonia de 12.000 elefantes!! pero ¿dónde se han metido?

La lluvia fue la que sí apareció y su presencia era la única que no deseábamos. Acabamos acampando en el único campamento que existe dentro del parque. Ubicado junto al río Chobe era un lugar excepcionalmente bonito. Y si algo tenía de positivo la lluvia que iba y venía... es que no tuvimos insectos. Tan solo 10 plazas de acampada... siempre reservadas... excepto en época baja, como es esta época. Fue llegar e instalarnos. No todo iba a ser desventajas el adentrarnos en época de lluvias. Gracias a estos monzones africanos pudimos acampar dentro del Chobe, en un lugar de ensueño, con monos en los árboles, todo tipo de aves a nuestro alrededor y grupos de gacelas que pasaban tímidamente por esa zona.

La noche se había quedado completamente despejada por la cantidad de estrellas que invadían el cielo. También es mala idea, todo el día nublado y con ráfagas de lluvia y la noche con cielo despejado. Sin amenaza de lluvia, cenamos copiosamente bajo las estrellas, absortos con este soberbio entorno, y amenizados con un concierto ensordecedor de ranas y pájaros nocturnos. Son vivencias impagables.



Pero donde sí está permitido bajarse de los vehículos es en los lugares previstos para la acampada. Son lugares que no frecuentan los leones y con instalaciones realmente rudimentarias, es casi una acampada libre pero... rodeados de vegetación y con el río Chobe a nuestra vera. Un paraíso terrenal.



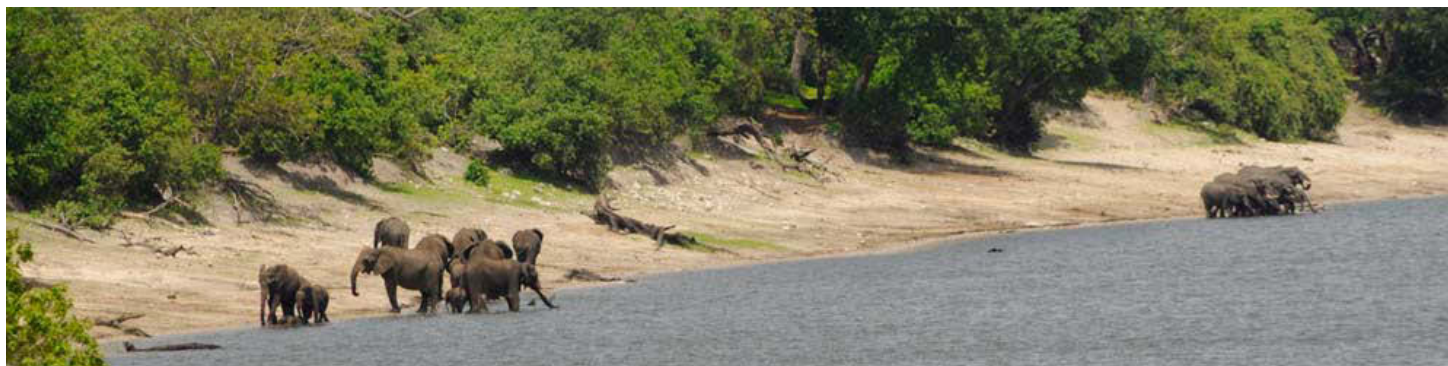
El río Chobe es también una importante vía de comunicación para la población local.



Los facóqueros con sus crías se quedan atentos a la presencia de cualquier intruso y al instante... se hecha a correr con toda su prole con sus rabillos levantados en vertical.



Amaneció nublado, así que hicimos tiempo desayunando tranquilamente, con la esperanza de que se volviese a despejar. ¡Así fue!! El día comenzó abrirse y nuestras esperanzas por ver las famosas manadas de elefantes también. ¡Por fin!, al poco de emprender de nuevo la ruta por fin comenzaron a aparecer decenas, luego centenares de elefantes de los que habla todo el mundo y nosotros no veíamos. Pero esta vez a lo bestia. Primero la avanzadilla de dos o tres elefantes y luego manadas y manadas. Venían de darse un baño en el río y había de todos los tamaños.



Los más pequeños estaban hiperprotegidos y de nuevo los amagos de atacarnos cuando nos veían, se embravecían al aproximarnos, balanceándose y moviendo las orejas. Es increíble el instinto de protección. ¡Ahora sí que estamos viviendo la experiencia del Chobe!!! Luego comenzaron con los baños de barro para protegerse la piel. Fue una experiencia abrumadora con decenas y decenas de elefantes por todas partes. Luego bajamos al río y vimos un hipopótamo con su cría dándose el baño matutino, en breve veríamos ya grandes grupos de hipopótamos en plena efervescencia de luchas y zambullidas. Seguimos avanzando inmersos en todo tipo de fauna salvaje y ya fue el no va más cuando aparecimos ante una leona que había cazado un búfalo y estaba protegiendo su presa de una nube de buitres que querían hincarle el diente. Toda una experiencia de las que dejan huella.

Con estas imágenes pusimos rumbo a Zimbabue, país del que apenas nos separan unos pocos kilómetros. El desabastecimiento de combustible, la carestía de alimentos en la que viven “gracias” a su dictador Mugabe y la gravísima epidemia de cólera hace que entremos con todos los bidones de combustible a tope, bien cargados de provisiones y con 100 litros de agua para no tener que tocar la insalubre agua local. ¿Una locura adentrarse en esas condiciones? Quizás, pero hemos valorado todo lo que hemos leído y oído de Zimbabue y en nuestra balanza de riesgos y satisfacciones... nos merece la pena todos esos riesgos para poder ver en persona lo que



Y por fin... los elefantes. Hay unos 12.000 ejemplares en las cercanías del río Chobe y el primer día no podíamos dar crédito ¡¡¡ni uno solo apareció en toda nuestra larga ruta!!! Con el sol del segundo día... comenzaron a aparecer por centenas y centenas. ¡Ahora sí que nos sentíamos en el Chobe!



Casi a punto de irnos... un gran y agitado revoloteo de buitres llama nuestra atención. Nos acercamos y... ¡una leona que acababa de cazar un búfalo! Los buitres querían un aperitivo de su presa y la leona dejaba bien claro que esa carne no la tocaba nadie. Carrerones hacia los carroñeros los levantaba en forma de nubes emplumadas.

Con esta imagen grabada a fuego en nuestras mentes... y estando la frontera a pocos kilómetros... había llegado el momento de adentrarnos en el país que más nos inquietaba, a la par que nos fascinaba por todo lo leído: Zimbabue.

otros viajeros han calificado de “increíble país”, aunque ellos lo hicieron en los buenos tiempos y nosotros nos lo encontremos en la mayor crisis de todos sus tiempos y con epidemias que campan a sus anchas. iiPero es que no podemos resistirnos a explorarlo estando a tan solo 7 kilómetros de su frontera!! ALEA JACTA EST!!... ¡La suerte está echada!, mañana entramos en Zimbabwe.



### CRÓNICA-10

## El humo que truena. (Zimbabwe norte)

La entrada a Zimbabwe la marcaba el misterio, una gran incertidumbre planea sobre todo lo que está pasando en ese país. Ya casi ningún viajero se aventura a ir a Zimbabwe con lo que está pasando. Antaño era el granero de África, una referencia en cuanto a desarrollo y un modelo en cuanto al turismo seguro y de calidad... ahora en bancarrota total por las demencias de su dictador Mugabe. El gran hombre que todas las naciones admiraban por sus acertadas decisiones al llegar al poder, ahora parece estar poseído por el demonio de la destrucción, llevando a su país al caos. Pero no debido a una guerra, como ocurrió en la pobre Angola, sí no desde el propio gobierno. Cada decisión... hunde un poco más al país.

Lo único bueno es que no hay levantamientos civiles ni disturbios, su población sufre resignadamente todas las decisiones de su líder. Esa ausencia de levantamientos es que lo que nos hizo plantearnos incluir Zimbabwe en la Ruta Confines de África porque todas las demás referencias no son nada halagüeñas: desabastecimiento de combustible, carestía de comida, agua contaminada, gran epidemia de cólera, inflación del 241.000.000%, sí, no me he equivocado con los ceros, a día de hoy tienen una inflación de 241 millones por cien. Pero posee unos atractivos demasiado tentadores e incuestionables: bellezas naturales únicas en el mundo (como las cataratas Victoria), impactantes parques nacionales repletos de fauna (como el de Hwange), ciudades con restos



[Pulsar el mapa para expandirlo.](#)



coloniales (como Bulawayo), arquitectura prehistórica de un importante imperio africano (el Gran Zimbabwe), pinturas rupestres de antes de nuestra era (en Matopos)... ¿Quién se puede resistir a todo ellos estando a tan solo 7 kilómetros de la frontera?

Decidimos entrar y si lo veíamos excesivamente peligroso, ya fuese desde el punto de vista de la salud por las epidemias o desde el punto de vista de la seguridad por la pobreza o por si nos encontrábamos tumultos... siempre estaríamos a tiempo de salir de ahí por la frontera más cercana. ¡Pero teníamos que intentarlo!

En previsión de lo peor, en Kasane ya habíamos llenado el tanque de combustible hasta hacer que desbordase el gas oil, todos nuestros bidones de combustible estaban llenos, cargamos 100 litros de agua para no necesitar el agua local y llevábamos suficiente comida para 15 días. Fue similar a la entrada en Angola, con la variante del combustible, que en Angola sobraba por ser productor y era muy barato, aunque tenía problemas de distribución. Aquí, ni había ni se distribuía.

La aduana de Botswana fue rápida, tan solo 10 minutos para sellar nuestros pasaportes y el Carnet de Passage del todo terreno. En la aduana de Zimbabwe fueron amables pero la burocracia era mucho más lenta... y cara. Pedían dinero por cada concepto. Primero había que sacar los visados, fueron 30 \$ cada uno. Un sello que ocupa una nueva página y ya sólo me queda una página para Sudáfrica. Luego cuando le tocó la hora al coche tuvimos que pagar dos tasas, una de 30 \$ y otra de 10 \$ que eran de uso de carretera o algo similar. Y finalmente 30\$ más por el seguro del coche. Un pequeño vistazo a nuestra carga, con unos aduaneros cordiales, y ya estamos en Zimbabwe.

Una carretera estrecha y sin pintura pero perfectamente asfaltada nos enfiló a Victoria Falls (más familiarmente conocida como Vic Falls), una población que se ha surgido de la nada y creada exclusivamente para el turismo que viene a contemplar la espectacular caída de agua de ese nombre. Las cataratas Victoria fueron descubiertas por Livingstone. Bueno, hablemos con propiedad, Livingstone fue el primer hombre blanco que las encontró, cuando corría el año 1855. Su primer descubrimiento fue el del río Zambeze y poco

Lo que en la lejanía parecen nubes bajas sobre la vegetación es en realidad la tarjeta de visita de las Cataratas Victoria. Mosi-oa-Tunya, es como son conocidas localmente y significa "el humo que trueno". Realmente es así, con un ancho 1,7 Km. y una caída, en su parte más alta, de 108 metros, el estruendo es atronador y las partículas de agua vaporizada en ascensión pueden superar los 100 metros.



El espectáculo de las Cataratas Victoria es majestuoso, se trata de una impactante grieta en la que el río Zambeze vacía sus aguas para seguir su curso a un nivel inferior. Con la inminente época de lluvias llegará su apogeo, su rosario de cataratas pueden verter hasta 500 millones de litros por minuto.



El histórico puente sobre el Zambeze en Zambia con Zimbabwe y a mitad de recorrido nos encontramos una plataforma para... ¡practicar puenting!, una de las muchas actividades que ofrece Victoria Falls .

después descubrió las cataratas del Zambeze, que bautizó como Cataratas Victoria en honor a la reina de Inglaterra. Continuó realizando nuevas exploraciones durante las cuales murieron su hermano y su mujer, que murió de malaria. Aún así siguió adelante explorando nuevas zonas hasta que no se supo noticias de él durante años. El periódico norteamericano New York Herald decidió organizar una expedición a cargo de Stanley y ya conocemos todos la archifamosa frase que pronunció cuando por fin encontró a Livingstone: “Doctor Livingstone, supongo”. Esto ocurría en 1871, dos años después la malaria unida a la disentería acabó con la vida de este incansable misionero y explorador en Zambia, cuya historia siempre quedará necesariamente unida a la historia de África. La leyenda cuenta que aunque su cuerpo está enterrado en la Abadía de Westminster su corazón fue enterrado en África.

Mosi-oa-Tunya, es como son conocidas localmente y significa “el humo que truena”. Realmente es así, con un ancho 1,7 Km. y una caída, en su parte más alta, de 108 metros, el estruendo es atronador y las partículas de agua vaporizada en ascensión pueden superar los 100 metros. Ahora, a finales de año el caudal desciende a unos 20 millones de litros de agua por minuto pero en pleno apogeo de lluvias, las cataratas pueden llegar a verter 500 millones de litros por minuto. El día que nosotros las visitamos fue un día lluvioso así que entre la lluvia que caía del cielo y las ráfagas que llegaban de las cataratas acabamos empapados. A veces nos refugiábamos debajo de algunos de los árboles del camino pero no sirvió de mucho. Aunque desde Zimbabwe se disfruta de las vistas es en Zambia donde realmente se encuentran físicamente. En el mismo cortado por donde caen las aguas, se forman unas piscinas naturales y veíamos desde nuestro lado como había gente que se zambullía justo al borde del precipicio. Se les veía muy tranquilos aunque desde nuestro lado parecía que se los iba a llevar la corriente de un momento a otro. Las cataratas Victoria es un “monumento” natural para ambos países. En Zambia se anda sobre ellas y en Zimbabwe se disfrutaban de las vistas de este maravilloso Patrimonio de la Humanidad.

Para alojarnos elegimos el Victoria Falls Backpackers. Una pequeña pensión muy acogedora con sus básicas cabañitas típicas, un pequeño restaurante, una pequeñita piscina, una cocina abierta pero cubierta para uso de los clientes y un pequeño parking donde acamparíamos nosotros. Estaba en pendiente pero poniendo dos piedras debajo de las ruedas nivelamos el coche y ya no rodaríamos dentro de la tienda. Las duchas eran rústicas pero muy limpias y, como la cocina, cubiertas pero abierta al aire libre y daban a un pequeño jardín individual con grandes plantas.



El elefante africano, más indómito que el asiático, no se presta mucho a ser montado pero en Vic Falls, una reserva ha conseguido que se acostumbren a ser montados y realizar recorridos por la selva. Su tierna cría de 7 meses nos sigue feliz a todas partes.



Los carteles evidencian la inflación. Los precios de entrada a las cataratas victoria están impresos... excepto el precio en dólares zimbawenses, ¡¡¡que está en tiza!!!... porque la inflación hace que suba constantemente. Los 20 US\$ de entrada son ahora 4.000.000 de \$ zimbawenses pero sólo pueden pagar en \$Z los locales porque es el cambio “oficial”. En la calle, por 20US\$ dan 60.000.000 \$Z.



Obtener combustible es la otra batalla en Zimbabwe. Vic Falls es de los lugares que

La eficaz agencia Kobo Safaris ([www.kobo-safaris.com](http://www.kobo-safaris.com)), que nos dio sabias recomendaciones para Namibia y Botswana, además de conseguirnos el difícil visado de Angola, trabaja con una agencia llamada "Wild Horizons" en Zimbabwe. De ella obtuvimos mucha información de primera mano sobre la situación del país, las áreas seguras, las zonas por donde se extendía la epidemia de cólera y... ¡dónde conseguir combustible! Al igual que todas las agencias, tan solo trabajan en Victoria Falls, ya que el resto del país está en bancarrota, desabastecido y con la incertidumbre de lo que su maquiavélico presidente, Mugabe, esté planeando para aferrarse al poder mientras su pueblo vive las penalidades más trágicas de los últimos 30 años. Pero Victoria Falls es un "oasis" dentro de esta inquietud generalizada y su proximidad a Zambia y Botswana, permite que sea el único punto de todo Zimbabwe donde el turismo, a pesar de una bajada espectacular, no ha desaparecido del todo y ofrece a los visitantes que se atrevan un elenco interminable de experiencias: rafting, conocer una fundación de repoblación de leones, paseos en elefante, viajes en canoa, exploración del Zambeze en barco, vuelos panorámicos y un largo etcétera. El nacimiento de esta ciudad fue para dar servicio a los turistas y si un día el turismo desaparece... la ciudad morirá.

En Zimbabwe, paradojas de la vida, el león está en peligro de extinción y para ello se ha creado un proyecto muy interesante para recuperarlos. Crían a los leones en semi-libertad, luego les llevan a extensiones más grandes para que creen sus manadas y cacen con competidores reales como las hienas y finalmente para que críen y esos nuevos leones ya vivan en libertad. Ojala todo funcione bien. Nosotros estuvimos paseando con dos leones de 7 meses, una hembra y un macho. Nos dieron instrucciones muy precisas de lo que debíamos hacer y no hacer. No tocarle la cabeza, sentarnos detrás de ellos y con un palo distraerles si volvían la cabeza hacia nosotros. Y si se dirigían directos hacia nosotros cuando estuviésemos de pie levantar el palo y decirles no para que nos guardasen respeto y no se abalanzasen sobre nosotros pensando que somos una presa. Tras toda la retahíla de precauciones y consejos... dos de los cinco visitantes ya no quisieron ni acercarse a los leones, que con tan solo 7 meses... la verdad es que imponían. El "body language", como decía el cuidador, es muy importante.

La siguiente experiencia con la fauna local fue montar y pasear con elefantes. Si con los leones ya fue emocionante, tampoco decepciona el paseo a lomos del elefante por la selva. El elefante africano, mucho más indómito que el asiático, no se presta mucho a ser montado pero en Victoria Falls todo es posible y en una reserva de repoblación han conseguido que se acostumbren a ser montados por desconocidos. Nuestros dos

está abastecida siempre pero hay que indagar donde se puede obtener. Lo encontramos en la trastienda de un garaje con un surtidor de manivela y manguera sin pistola.



Las barcas abiertas de Wild Horizons permiten la exploración del río Zambeze.



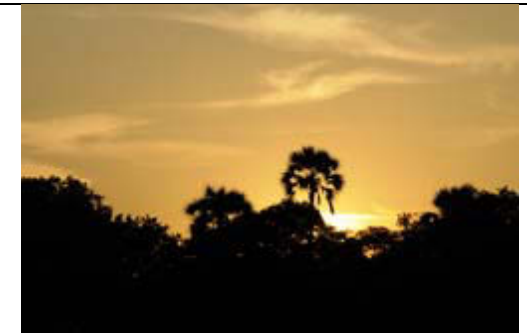
Navegando por el Zambeze nos encontramos con los cocodrilos y los hipopótamos. La imagen tierna de estos últimos, asomando sus orejitas y narices, se desvanece cada vez que abren sus terribles fauces. Estos animales son los que causan más muertes en toda África con sólo una dentellada.



elefantes eran hembras y ambas llevaban sus crías, la que seguía a mi elefanta era un adorable elefantito de tan solo 7 meses. Teniendo en cuenta que la lactancia de un elefante se extiende hasta los cuatro o cinco años, imaginaos este pequeñín de 7 meses como seguía ciegamente a su madre. Vamos, como si estuviésemos dentro del “Libro de la Selva” sólo faltaba Mowgli... pero a la africana. Todos los elefantes iban conducidos por guías que son sus preparadores y cuidadores. El entorno por el que nos movimos suele estar frecuentados por búfalos... que no tuvimos la suerte de ver. Los elefantes iban comiendo durante el camino arrancando ramas de casi todos los árboles junto a los que pasábamos. Otra experiencia inolvidable pero que ayuda a comprender la “manía” de los agricultores a los elefantes descontrolados porque la verdad es que arrasan todo a su paso.

Nuestro último contacto con el río Zambeze fue directamente sobre sus aguas paseando en barco. Al principio sólo se veían pájaros pero pronto empezó a animarse. Primero apareció un cocodrilo que acababa de pescar un pez enorme e intentaba tragárselo. No soltaba presa pasase lo que pasase a su alrededor. Pero el momento glorioso vino cuando nos encontramos con una manda de al menos 20 hipopótamos bañándose. Se iban sumergiendo y emergiendo con su característica pose de sacar media cabeza y mover las orejitas, una imagen tierna... que se desvanece cada vez que abren sus terribles fauces al máximo de lo que le daba la mandíbula. Serán herbívoros pero estos animales son los que causan más muertes en toda África con sólo una dentellada. Sus ataques para defender territorio son proverbiales. El barco se detiene en un lugar estratégico para disfrutar de un apoteósico atardecer sobre el río Zambeze. Los últimos rayos de sol sobre este legendario río se esconden con tonos anaranjados tras altivas palmeras que silueteaban su perfil sobre el cielo. Otro día memorable.

Ahora toca la hora de la verdad y vamos a empezar a recorrer el territorio por donde el “hombre blanco” ya no se mueve. Victoria Falls es como la “torre de marfil” de Zimbabwe pero ahora estamos solos. Nos hemos levantado a las 5.30 y a las 7, después de desayunar, nos hemos puesto rumbo al Parque Nacional de Hwange. Por las circunstancias tan especiales que vive el país, hemos estudiado y analizado a fondo todos los informes de primera mano además de leer muchísimo sobre al país para no meternos en ningún lío. Teníamos en nuestro interior una mezcla de inquietud, por lo que podría pasar, e impaciencia, por conocer esos lugares tan espectaculares de los que hablan tantos libros.



El barco se detiene en un lugar estratégico para disfrutar de un apoteósico atardecer sobre el río Zambeze.



En Zimbabwe el león está en peligro de extinción y para ello se ha creado un proyecto para recuperarlos. Crían a los leones en semi-libertad, luego siguen un proceso de puesta en libertad total para que ya sus crías nazcan como cachorros salvajes.



Abandonamos “la torre de marfil” que es Vic Falls y comenzamos a recorrer el territorio por donde el “hombre blanco” ya no se mueve. La

Nada más salir de la ciudad un cartel nos advertía de “Peligro Búfalos. Conduzca con precaución”, ya ignoramos esos carteles porque estamos hartos de ver carteles que anuncian algún peligro de cruce de animales salvajes (elefantes, jirafas, cebras, perros salvajes... ¡hasta peligro cruce de hipopótamos!) y nunca se nos ha cruzado nada, excepto en Botswana, con el espectáculo de casi cien de elefantes cruzando el asfalto... y precisamente ahí no había ningún cartel. Pero en este caso casi tenemos un accidente grave, a menos de 50 metros del cartel se nos cruzó un enorme búfalo a pleno galope, no nos dio tiempo ni a aminorar la marcha. Si llega a salir 3 segundos más tarde lo hubiésemos impactado porque surgió de repente de entre la maleza y a una velocidad de vértigo. El corazón se me encogió en un puño al ver esa imponente masa de carne con cuernos tan cerca de nuestro frontal. Ya me pasó el resto de día con los ojos tan abiertos que casi los sacaba de mis órbitas.

Pero exceptuando el imprevisto cruce de animales salvajes, las carreteras están perfectamente asfaltadas y mantenidas, resultaba una paradoja conociendo la realidad del país. Pero obviamente hay muy poco tráfico, la carestía de combustible y el precio (1,20 US\$) cuando se encuentra, no ayudan a tener un parque móvil dinámico.

El paisaje transcurría entre una inmensa vegetación verde y densa que se perdía en la lejanía a un lado y otro de la carretera. Entre mopanes, acacias, baobabs y otros exóticos árboles, de vez en cuando aparecían pequeños poblados con cabañas con techos de paja. Y gente arando los campos con bueyes. Vacas, cabras y burros pastando en los arcenes o cruzando la carretera... pero muy de vez en cuando. Los pobres se deben haber comido hasta los huesos de casi todos sus animales. Y un montón de carteles anunciando lodges y hoteles, todos cerrados en espera de tiempos mejores. Una vez fuera de Victoria Falls, ya no hay visitantes.

Todo estaba muy bien señalizado, lugares, kilometrajes y cuando llegamos al cruce que nos interesaba para entrar en el parque, la Hwange Main Camp (en el límite oriental), lo tomamos. Existen otras dos entradas Simantella Camp (en el límite occidental del parque) y Robins Camp (en el centro). El Campamento principal presentaba muy buen aspecto, los guardas impecables, los folletos en el mostrador de entrada... todo estaba perfectamente en activo para recibir a gente pero... ni un solo visitante. Tan solo nos encontramos un grupo de

carretera al P.N. Hwange es estupenda pero los carteles “Peligro Elefantes”, “Peligro Perros Salvajes” (Licaones)... recuerdan que seguimos en África. No bajemos la guardia.



El paisaje transcurre entre una inmensa vegetación verde y densa que se pierde en la lejanía. Entre mopanes, acacias, baobabs y otros exóticos árboles, de vez en cuando aparecían pequeños poblados con cabañas con techos de paja.



Cuando abandonamos la carretera nacional y nos adentramos en pistas, nos sumergimos en un mundo exclusivamente rural y ganadero.

colegiales zimbawenses que se iban cuando nosotros llegábamos. Todos ellos perfectamente uniformados y muy educaditos, nos saludaban tímidamente desde lejos cuando se marchaban en el bus escolar. Hwange es el parque nacional más grande de Zimbabwe con 14.651 km<sup>2</sup> y con el mayor número de animales de todo Zimbabwe . Alberga unas 400 especies de aves, 107 tipos de animales y uno de los mayores números de elefantes del mundo (30.000). Existen 60 lagunas en todo el parque donde los animales acuden a beber, algunos de estos abrevaderos naturales tienen bombas auxiliares de gasolina, que bombean agua del subsuelo cuando la laguna se empieza a secar por falta de lluvias. Estamos en plena época de lluvias pero las lluvias se han parado en el norte y todavía no han bajado... para la desesperación de los agricultores, que las esperan con impaciencia. Tampoco ha llovido en el parque, las hierbas bajas y un cielo azul dan fe de ello. Muchas bombas están en funcionamiento y a pesar de romper el encanto con su ruidoso motor... nos alegra notar que los parques no están abandonados a su suerte y se sigue cuidando a su fauna.

Nada más empezar y dirigirnos al Salar Kennedy, nos encontramos con un numeroso grupo de jirafas y cebras pastando juntas. ¡¡¡Mis animales salvajes preferidos!!! Y con el día soleado fue un disfrute pleno, que se añadía al encanto de estar absolutamente solos en esta inmensidad repleta de fauna africana en libertad. Seguimos avanzando por las pistas del parque e iban apareciendo gacelas steenbok, cebras, ñus y en el abrevadero de Kennedy vimos que a lo lejos se acercaban dos enormes elefantes. Rápidamente nos posicionamos cerca del abrevadero, apagamos el motor y casi sin respirar nos quedamos disfrutando de su llegada. Estaban ansiosos por alcanzar el punto de agua que le iba a permitir saciar su sed y refrescarse. Eran dos machos enormes y fue espectacular verles beber y darse un gran baño. Alrededor, las cebras y ñus pastaban con indiferencia. Seguimos avanzando y vimos más elefantes comiendo de los mopanes que tanto les gusta. Y en un momento dado, pisteando por caminos alternativos nos acercamos a un pequeño abrevadero y ví moverse algo entre las ramas de un árbol bajito cerca del agua. Era un ¡¡¡leopardo!!! Pero fue tan rápido en desaparecer que a Vicente no le dio tiempo ni a verlo.

A las dos de la tarde el calor apretaba y lo mitigábamos bebiendo bastante agua, la temperatura llega a los 30°C. El calor reinante a esta hora hacía que los animales se replegasen hacia la vegetación interior e instalarse bajo una buena sombra. En la laguna Nyamandhlovu, la más importante y grande del parque, se produce la excepción, había un montón de animales bañándose o bebiendo para aliviar el calor que hacía. Es tal la importancia de este abrevadero natural que hasta se ha construido un mirador de madera, uno de los pocos



Es fácil adivinar cuando hay elefantes en las cercanías, sus destrozos son siempre muy evidentes, llegando a cortar las pistas con árboles abatidos, obligándonos a salir campo a través.



¿Una pista arenosa? ¡Ojalá fuese así! Es, desgraciadamente, el aspecto de los cauces fluviales que nos vamos encontrando. Si las lluvias nos castigaron en Namibia y Botswana, aquí todavía no han llegado y la población –y los cauces áridos de los ríos- esperan con ansiedad (y preocupación) que llegue el agua.



Hwange es el parque nacional más grande de Zimbabwe con 14.651 km<sup>2</sup> y con el mayor número de animales de todo Zimbabwe . Alberga unas 400 especies de aves, 107 tipos



sítios en los que se permite bajar de los vehículos para instalarse en esta bonita plataforma sobreelevada y poder observar tranquila y discretamente (¡y bajo sombra!) la vida de la laguna. Varios hipopótamos y cocodrilos en el agua, un grupo de jirafas que ya se alejaban saciadas, cebras, ñus y kudus pastando por los alrededores, una colonia de babuínos muy activos, marabúes y otras muchas aves exóticas. Antes de abandonar el parque nos acercamos al pequeño abrevadero de Bulla Bulla y... encontramos una nueva gran manada de jirafas, allí estaban, bebiendo con su peculiar forma de estirar las patas para poder acercarse al agua. El final perfecto para este magnífico recinto natural. De nuevo ellas son las que nos despiden de este nuevo parque.

Serían las cinco de la tarde cuando abandonamos el parque, nos quedaba una hora y media de sol. Decidimos seguir el camino. Desde que salimos de Vic Falls el camino ha estado bastante poco poblado. Las cabañas que antes mencioné y pequeñas poblaciones de apenas una docena de pobres construcciones y paradas de camioneros. Así que como el panorama para pernoctar no es muy halagüeño decidimos avanzar. Se hizo de noche y cada vez estábamos más cerca de Bulawayo. No nos gusta entrar en grandes ciudades desconocidas por la noche, máxime cuando debido a la precaria situación del país no sabíamos los alojamientos que podían estar abiertos. En estas condiciones, no es aconsejable andar buscando alojamiento en mitad de la noche por una ciudad de más de un millón de habitantes. Algunos carteles de “peligro antilopes” y “peligros elefantes”, tras el susto del búfalo, tampoco nos animaban a seguir avanzando de noche... ni a campar por libre, demasiada fauna y ya demasiado cerca de la gran ciudad. Pero de pronto, sobre las nueve de la noche, a 40 kilómetros de Bulawayo un control de policía nos dio un alto. Nos saluda, nos pregunta a dónde vamos y entonces se nos ocurre quedarnos aquí a pernoctar. Es un puesto de policía con una caseta y un estrambótico y ruidoso bar para camioneros a tan sólo 100 metros. Le explicamos que estamos muy cansados, que ya es de noche y que sí nos podemos quedar a dormir junto al puesto y acceden sin problemas. Aparcamos cerca del puesto pero el ruido de los camiones y el olor a las letrinas, que debían de estar realmente cerca (pero que no nos apetecía comprobar su ubicación exacta) nos hizo pedir permiso para entrar en una parte silenciosa del recinto y levantar la tienda bajo un árbol. El jefe del control, AVOID, se nos acercó para saludarnos y decirnos que con ellos estábamos muy seguros y que estuviésemos tranquilos. Nos calentamos unas latas y cuando recogimos levantamos la tienda y a dormir porque desde que salimos de Vic Falls hemos tenido jornadas muy

de animales y uno de los mayores números de elefantes del mundo (30.000).



La ausencia de lluvias hace que la vegetación no haya crecido todavía y sea fácil ver manadas de animales en las cercanías de las lagunas, sus abrevaderos naturales.



Los días soleados permiten un disfrute pleno, a lo que se añadía al encanto de estar absolutamente solos en esta inmensidad repleta de fauna africana en libertad.



Los leones, máximos depredadores del Hwange, también hicieron acto de presencia.

íntensas.

Entramos en Bulawayo sobre las 9 de la mañana y... en vez de encontrar la típica gran ciudad africana caótica, ruidosa, inquietante... encontramos una ciudad tranquila, sosegada, ordenada, con edificios impecablemente pintados, muchos de ellos coloniales. Las calles están limpias, con servicios activos de barrenderos. La mitad de los semáforos están operativos... ¡y los conductores los respetan!, al igual que los stop y los ceda el paso. Pero eso sí, con unas colas interminables de gente en las puertas de los bancos y los antidisturbios paseando por sus alrededores por sí se producía algún tumulto. Pero la gente parece que se lo tomaba con una paciencia infinita, al menos los tres días que estuvimos allí no hubo ningún incidente. Las colas en los bancos estaban día y noche. Uno de los días que volvimos de explorar los alrededores, era plena noche, la ciudad estaba totalmente a oscuras pero con gente que seguía esperando en las puertas de los bancos.

Se trata de la segunda ciudad del país, después de la capital, Harare, que tiene unos dos millones de habitantes. Es una ciudad hecha a cuadrícula muy fácil de recorrer con muy pocos edificios altos que, en cualquier caso, nunca son de más de 10 pisos. La situación económica de Zimbabwe es una locura, acaban de sacar a la calle los billetes de 500 millones de dólares, hacer billetes en Zimbabwe es como editar cromos porque la inflación sigue subiendo vertiginosamente. Entramos con el 210.000.000% de inflación y, a día de hoy, ya están en 241.000.000%. La población, siempre educada, parece resignada a su suerte porque el ambiente general es siempre relajado y tranquilo. Su entereza, dignidad frente a la adversidad y carácter tranquilo contrasta sobremanera con nuestro recorrido por África Occidental hace unos cuantos años, que con cualquier disculpa ya se montaban serios motines y asaltos violentos. Para permitir que la sociedad urbana pueda sobrevivir, el gobierno ha permitido a toda una serie de comercios poder vender y comprar con dólares estadounidenses y con rands sudafricanos... a un cambio real y no al que impone el gobierno (15 veces por debajo del que se obtiene en la calle). Eso ha reactivado un poco la economía y nos encontramos con supermercados abastecidos, varios restaurantes clásicos o fast-food tipo occidental (burguers, pizzas, pollo, heladerías, pastelerías, establecimientos de bocadillos, de cocina asiática, mexicanos...), panaderías que vendían el pan por 3 millones de dólares zimbabwenses... o bien 1 dólar estadounidense alguna que otra gasolinera que vendía combustible sin necesidad de los complicados cupones que hay que adquirir... ¡en la lejana Harare, 500 Km. al norte!. Esa dolarización permitía que el que podía cambiar a dólares su salario, escapase de la inflación porque los precios en dólares USA se mantenían a fijos.



Entramos en Bulawayo sobre las 9 de la mañana y... en vez de encontrar la típica gran ciudad africana caótica, ruidosa, inquietante... encontramos una ciudad tranquila, limpia, sosegada, ordenada, con edificios impecables, muchos de ellos coloniales perfectamente mantenidos.



La Corte Suprema, otro remarcable edificio de Bulawayo. Una imagen que nos costó una hora con la policía por "fotografiar un edificio oficial"... hasta que aceptaron que éramos pacíficos viajeros sacando fotos.



Amplias avenidas, ni un papel en el suelo, edificios clásicos con alguna esporádica construcción moderna que nunca supera las

Echamos combustible en una gasolinera con un surtidor impecable y digital. El litro a 1,20 US\$ como en Vic Falls, con este repostado y los bidones que llevamos ya tenemos suficiente para terminar nuestro recorrido por Zimbabwe aunque no volvamos a encontrar combustible. ¡Qué tranquilos respiramos sabiendo que ya no tenemos que andar buscando gasoil! Encontramos un cartel de "Guest House Packer s House ", por encima de su valla de piedra despuntaban frondosos árboles y la entrada parecía que tenía un parking interior. Tocamos en timbre y al traspasar la verja nos encontramos con una preciosa casita rodeada por un jardín con árboles, paseos empedrados por el césped (para poder andar cuando llueva) y nuestro imprescindible parking trasero para poder aparcar con tranquilidad nuestro todo terreno y dormir sin ruidos sobre su techo . El interior de la casa... tan impecable como el exterior, estaba irreprochablemente limpia y ordenada, unos baños impolutos y una cocina estupenda con tostador, hervidor de agua, microondas, nevera y todo tipo de utensilios, cacharros, vajilla y cristalería a disposición de los huéspedes. Hasta Internet, muy lento eso sí, pero podíamos conectar nuestros Toshiba a la red y poner al día crónicas y correo. Los únicos alojados eran un grupo de chicas y chicos africanos. La recepcionista era una chica africana guapísima y muy simpática que después de casa frase que pronunciaba soltaba una sonora carcajada. Después de una magnífica ducha preparamos nuestra cena en la excelente cocina y nos la tomamos en su comedor. ¡¡Ya teníamos un hogar en Bulawayo!!

Mañana comenzaremos la exploración de sus alrededores. Por todo lo leído sobre la zona, los siguientes días prometían ser intensos y muy completos: pinturas rupestres, arquitectura prehistórica, paisajes de ensueño, un parque nacional que animaba mucho... Pensando en ello, nuestros ojos se fueron cerrando vencidos por el sueño...

10 plantas y gente tranquila son la identidad de la 2ª ciudad más grande de Zimbabwe.



Sus alrededores son también cautivadores, ya hemos tenido un primer contacto con las curiosas formaciones rocosas pero hay mucho más: pinturas rupestres, arquitectura prehistórica, paisajes de ensueño, un parque nacional prometedor...



## El imperio petrificado. (Zimbabwe sur)

Amanece otro día de sol radiante, la estación de las lluvias todavía no se decide a cubrir con su manto a Zimbabwe. Podremos seguir avanzando sin miedo a barrizales o desbordamientos de ríos, como ya es el caso en Angola, Namibia y Botswana. Aquí debería de estar lloviendo furiosamente desde hace dos semanas y la población sigue esperando ansiosamente el agua que hará renacer la tierra... pero también cortará comunicaciones y, ante el desinhibiendo del gobierno por la salud pública, empeorará la epidemia de cólera (que ya ha sobrepasado las 2.000 víctimas mortales) y la malaria se cebará con la población. Es realmente angustiante.

Pero el presente nada tiene que ver con la bonanza de los primeros años de independencia ni mucho menos con el glorioso pasado de este país. Las ruinas de Khami, 24 kilómetros al oeste de Bulawayo, dan fe de ello. Es el segundo lugar arqueológico más importante de Zimbabwe y encontrarlo es toda una aventura, al tener que avanzar por un confuso dédalo de comarcales sin un solo cartel. Preguntando a los lugareños en los cruces estratégicos conseguimos llegar a nuestro objetivo. Cuando llegamos, nos recibió amablemente una mujer guapa, que rondaría la treintena, elegantemente vestida con impecable traje de chaqueta-pantalón, resplandecientes zapatos de tacón medio y muy bien peinada y maquillada. Estaba en mitad de la nada, en su modesta mesa a la entrada del pequeño museo y ella de punta en blanco, como si fuera a recibir una comitiva. Cuidar con esmero el aspecto personal es una de las características que vamos encontrando en la población todo a lo largo del país. Nos registramos en el libro de visitas y miramos el listado que nos precede... ¡hacia una semana que no venía nadie a visitar las ruinas! Y todos los nombres anteriores eran locales.

Nos explica con esmero las normas de visita y nos orienta sobre la localización de las ruinas. No nos puede acompañar porque ya no hay ni guardas en estas importantes ruinas, esta ella sola y aislada a varios kilómetros del primer pueblo; seguramente fuese la conservadora de este enclave arqueológico. Igual ya ni cobraba salario, como ocurre con una gran parte del funcionariado, pero no quisimos hacer preguntas que supusiesen un compromiso para ella. Pero lo increíble de todo es que, con lo que está pasando el país, sigan todo el mundo desempeñando sus funciones con tanta profesionalidad, no hay desidia en ningún lado, es como si su trabajo fuese una cuestión de honor. Lo mismo ocurre con los guardas y cuidadores de los parques nacionales, las visitas son muy puntuales pero ahí están todas las mañanas a su hora, haciendo sus rondas por el parque, atendiendo en sus casetas a los que de pronto aparecemos para su sorpresa. Impecables, amables y



Pulsar el mapa para expandirlo.



A tan solo 24 kilómetros al oeste de Bulawayo, se encuentra Khami, el segundo lugar arqueológico más importante de Zimbabwe. Sus construcciones fueron erigidas por la dinastía Torwa en el s.XVI, tras el declive del reino del Gran Zimbabwe. La ciudad se desarrolló entre 1450 y 1650, coincidiendo con la decadencia del Gran Zimbabwe.



En el extremo norte de las ruinas de Khami se

auxiliadores cada vez que te encuentras con cada uno de ellos. Es como cuando dejamos el parque de Hwange, salimos justo a las seis de la tarde, que era la hora que cerraban. Y los dos guardas del parque allí estaban esperándonos con una sonrisa y en vez de decirnos un adiós rápido deseándose volver a su casa (éramos los únicos dentro de ese inmenso parque nacional) se pusieron hablar con nosotros, preguntarnos si habíamos visto muchos animales, que le enseñáramos las fotos... encantadores.

En Khami, las construcciones fueron erigidas por la dinastía Torwa en el s.XVI, tras el declive del reino del Gran Zimbabwe. A finales del s.XVII, los Torwa fueron asimilados por el gran estado Rowzi que destruyó Khami. La ciudad se desarrolló entre 1450 y 1650, coincidiendo con la decadencia del Gran Zimbabwe. En el extremo norte de la ruinas se encuentra el Complejo de la Colina, una concatenación de plataformas que configuran el complejo de la realeza, con toda una serie de cabañas y pasillos (en su momentos techados) y la mayor concentración de muros de piedra de Khami, una de sus principales señas de identidad. Incluso se han encontrado objetos procedentes de China y Europa, lo que pone de relieve su importancia como encrucijada comercial. En una de las cabañas hay una plataforma con una cruz dominica de piedra, que dicen fue levantada por un antiguo misionero portugués. Es una visita bastante interesante donde se aprecia la estructura de una sociedad urbana medieval africana y el complejo está muy bien mantenido. No en balde fue declarado Patrimonio de la Humanidad en 1986.

Queremos aprovechar el buen tiempo que está haciendo y no desperdiciamos ni un momento. La otra gran visita de los alrededores de Bulawayo está en el sur, se trata del parque nacional de Matopos. Se encuentra a 33 km de la ciudad y se trata de mucho más que un parque nacional, varios días se imponen para disfrutar los tesoros naturales, históricos y artísticos que alberga. Al salir de Bulawayo comienzan a aparecer hermosos chalets con jardín y piscina, algunos verdaderas mansiones y todos protegidos por verjas electrificadas y seguridad. En esta zona es donde se encuentra la oligarquía gubernamental de la zona y la escasa minoría blanca de ascendencia inglesa que todavía vive en esta ciudad. En 1975, el 4% de la población era blanca, ahora son poco más del 0,2%. Fue el inglés Cecil Rhodes quién, a finales del s. XIX, comenzó la colonización de Zimbabwe. En el s. XVII fueron los portugueses los que entraron en contacto con los bantúes del imperio Monomotapa (cuyo poder central se encontraba en Gran Zimbabwe). El imperio bantú mantuvo un comercio muy activo, gracias a sus minas de oro y el comercio de esclavos, con los navegantes de la costa atlántica pero cuando los portugueses entraron en acción, el Imperio del Gran Zimbabwe se encontraba en plena decadencia y

encuentra el Complejo de la Colina, una concatenación de plataformas que configuran el complejo de la realeza.



Toda una serie de escalinatas y pasillos, en sus tiempos techados, comunican los distintos niveles de la próspera Khami. Incluso se han encontrado objetos procedentes de China y Europa, lo que pone de relieve su importancia como encrucijada comercial.



Con herramientas rudimentarias, y con tiro animal los más afortunados, la agricultura es ahora mismo la única fuente de supervivencia.



El P.N.de Matopos es mucho más pequeño

desapareció al poco.

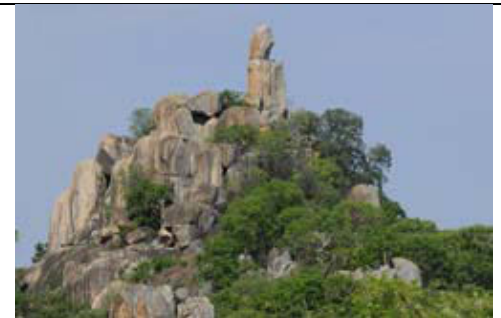
El Parque Nacional de Matopos es mucho más pequeño que el de Hwange, tan sólo tiene 425 km<sup>2</sup>, frente a los más de 14.000 km<sup>2</sup> que tiene Hwange. Pero en él vamos a encontrar concentrado no sólo animales salvajes, también una de las mejores colecciones del mundo de pinturas rupestres de la cultura san (bosquimanos) y podremos conocer un poco más de la historia de este país en su último siglo. El sistema de visita de los parques de Zimbabwe es realmente bueno, se paga por entrar y no por día. Mientras se pernocte en sus campamentos, ya sea en el camping, en un bungalow (hay varios tipos y precios) o en un lodge, la entrada sigue siendo válida. Eso permite modificar sobre la marcha la estancia en el parque, según la suerte que se tenga con la fauna o con la climatología. Al estar solos en todo el parque no hay problemas de plazas (en otros tiempos era aconsejable porque se llenaba) y estamos dos días disfrutando de este entorno natural. Nos hubiésemos quedado más días pero no queríamos tentar nuestra suerte con las lluvias, estamos siendo muy afortunados y si apareciesen de repente, nos dificultarían mucho el final de viaje por Zimbabwe.

Si empezamos por sus pinturas, la primera que visitamos fue la de "White Rhinos" "Rinocerontes Blancos". Dejamos el coche junto al camino, en un claro de la foresta destinado a tal fin. La parada para vehículos estaba muy bien señalada pero el sendero era otra historia, encontramos la cueva por pura intuición, no hay carteles indicadores, seguíamos la hierba y la tierra más pisada pero cuando empiecen las lluvias... igual se borra ese rastro y complica la llegada a esta pequeña galería prehistórica. El sendero era muy empinado por la montaña, siendo a veces necesario usar las manos para subir alguna roca más grande de lo normal. Unas minúsculas moscas insoportables nos iban acosando por la nariz, los ojos y las orejas durante todo el camino pero no lograron impedirnos alcanzar la cima de la colina. Mirando el desgaste de la roca que generan las pisadas, logramos encontrar la cavidad que alberga las pinturas policromadas de figuras perfiladas (inusuales) de ñus y rinocerontes así como todo un desfile de figuras humanas con utensilios de caza, quizás corriendo tras alguna presa o en algún tipo de baile ceremonial.

que el de Hwange (425 km<sup>2</sup> frente a más de 14.000 km<sup>2</sup>). En él encontraremos no sólo animales salvajes, también una de las mejores colecciones del mundo de pinturas rupestres de la cultura san (bosquimanos). En "White Rhinos" se encuentran pinturas policromas con figuras perfiladas (inusuales) de ñus y rinocerontes así como figuras humanas.



Damos un gran salto en la historia, llegamos a la insólita tumba de Cecil Rhodes, el "creador" de la "Rodhesia blanca". Un sendero empinado nos lleva hasta la cima de la monolítica colina de soberbias vistas, que Cecil Rhodes llamó "la Vista del Mundo".





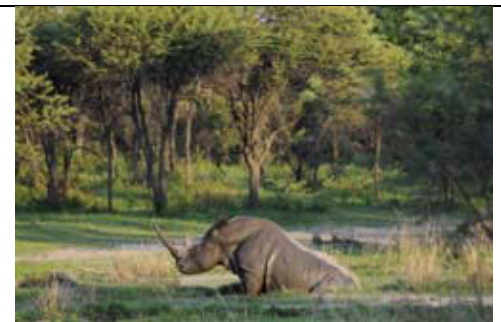
En la siguiente parada damos un gran salto en la historia, se trata de la insólita tumba de Cecil Rhodes, el “creador” de Rodhesia. Este inglés fue el fundador de la Compañía Británica de Sudáfrica (BSAC) y en 1888 se vio las caras con el rey Lobengula, que dominaba el país. Le coaccionó para que firmara las Concesiones de Rudd por la cual otorgaba a los extranjeros derechos sobre los minerales. Fue en 1895 que el país pasó a llamarse Rhodesia, en honor a su fundador y se creó una asamblea legislativa formada por blancos (obviamente ellos fueron los que llamaron al país Rhodesia). No sería hasta el año 1980, cuando el gobierno (presidido por Mugabe) cambiase el nombre a Zimbabwe, como el reino medieval de los bantúes que gobernaban antes de que llegaran los blancos. La década de 1969 a 1979 fue una década convulsa de guerras por conseguir la independencia hasta que esta llegó en 1980.

Pero como todos sabemos, por ejemplos que se han repetido cíclicamente a lo largo de la historia de la Humanidad, el poder crea una adicción dañina y aquel que lo consigue, si se mantiene demasiado tiempo en él de forma artificial, acaba corrompiéndose. Y eso es lo que le ha pasado a Mugabe que, después de casi treinta años gobernando el país, ha recurrido a las más desafortunadas y viles artimañas para aferrarse como sea al poder. La mala gestión, la desastrosa reforma agraria con la expropiación ruínosa de las haciendas de los blancos (que organismos internacionales, organizaciones humanitarias y el partido de la oposición han tachado de violentas y nada claras) unido a su intervención en la guerra del Congo entre 1998 y 2002, entre otras desastrosas medidas tomadas, han llevado al país a la más absoluta bancarrota. Un desastre para un país cuyo índice de alfabetización es de más del 90% de la población, una de las sociedades africanas más culturizadas de todo el continente negro, con una sensibilidad especial hacia los artistas que podían ganarse la vida en su propio país sin tener que irse a Europa a buscarse la vida. La escultura shona es una de las formas artísticas africanas más relevantes de los últimos tiempos. De los diez escultores en piedra más importantes del mundo, siete proceden de Zimbabwe. Ahí es nada.

La naturaleza se despliega en todo su esplendor en Matopos y sus colinas están engalanadas de atractivas rocas graníticas de mil formas, desde redondeadas hasta otras más sofisticadas.



El tercer grupo pictórico que elegimos fue la cueva de Nswatugi, “hombre saltando”. La pista para acercarse era terrible y el ascenso final a pie, aunque breve... extenuante, pero ya creo que mereció la pena. Perfectamente definidas, se distinguían con claridad meridiana a antílopes, elefantes, jirafas corriendo, cebras al galope... espectacular.



Actualmente, más de un millón de Zimbabuenses se han marchado a Sudáfrica pero allí se encuentran con la incompreensión de sus hermanos africanos que ahora los linchan y queman porque los ven como una amenaza que les quitan el trabajo a ellos. Esto es de locos. Y para colmo, la plaga del SIDA cebándose sobre ellos. Zimbabwe tiene poco más de 12 millones de personas y más de dos millones están infectados de SIDA. Las desgracias nunca vienen solas. Se te cae el alma a los pies cuanto más información tienes sobre este precioso país. Y no dudo de las buenas intenciones de Mugabe en sus inicios, era un político muy valorada y apoyado por el resto del mundo en su momento, en sus buenos momentos... pero lo dicho estar demasiado tiempo en el poder y dejarte cegar por el odio del pasado no son buenos consejeros para gobernar un país. Y Mugabe se ha convertido en el peor cáncer de un país que no se merece lo que le está ocurriendo. Incluso durante las controvertidas y violentas elecciones del pasado verano llegó a prohibir que se distribuyese la ayuda humanitaria de las organizaciones no gubernamentales.

Pero sigamos hablando de las maravillas de un país que hay que conocer algún día, cuando salga del agujero en que se encuentra ahora. De hecho, el turismo, junto a la agricultura y la minería era una de las principales fuentes de ingresos antes de este "viaje" al horror. La naturaleza, ajena a la política y a la economía, se despliega en todo su esplendor en Matopos. Su vegetación exuberante no llega asfixiar y sus colinas están engalanadas de atractivas rocas graníticas de mil formas, desde redondeadas -que parecen a punto de rodar colina abajo- hasta otras más sofisticadas.

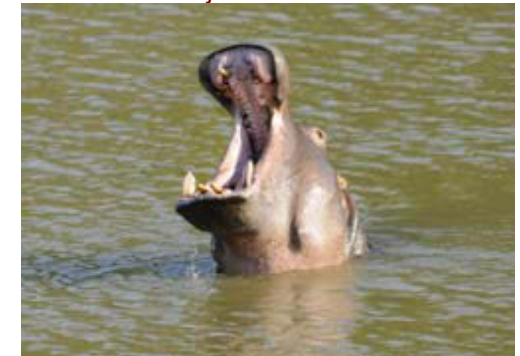


No es de extrañar que Cecil Rhodes eligiese este enclave para que su cuerpo tuviese el descanso eterno. Un sendero empinado nos lleva hasta la cima de la monolítica colina, que Cecil Rhodes llamó a la colina "World's View", "la Vista del Mundo". Una simple lápida cubre su cuerpo. Pero esta pétrea colina es conocida por los ndebeles, una de las dos etnias del país, como Malindidzimu "morada de los espíritus benévolos". Junto a Rhodes hay enterrados otros tres relevantes personajes en la historia inicial de la "Rhodesia blanca", ministros pero también dueños de las minas explotadas. Otro monumento conmemora a los soldados británicos caídos

Pero estamos en un parque nacional y alternamos el arte con encuentros con la fauna salvaje. Los rinocerontes campan felices por este parque y combaten el calor con placenteros baños de barro.



La laguna de Chitamba nos deleitó, en las zonas poco profundas, con los hipopótamos que, lejos de estar somnolientos, desarrollaban una ferviente actividad acuática y abrían sus fauces hasta casi desencajarse la mandíbula.





frente a los guerreros ndebeles, cuyo rey era Lobengula. Las relaciones entre los ingleses y Lobengula fueron muy convulsas, lo que dio lugar a muchos enfrentamientos y matanzas. Pero dejemos atrás la tumba de los “procer” de la patria “blanca-africana” y regresemos a la prehistoria.

Las pinturas rupestres de Pomongwe eran un poco más difusas pero se distinguían un elefante, una jirafa, antílopes y figuras humanas. Estas han sido más dañadas. Hay muchos restos de pinturas rupestres en la zona pero tan solo las más importantes han sido preparadas para recibir visitas. Se pueden ver muchas más pero ya requiere contratar los servicios del parque y normalmente se tienen que hacer a pie... dentro de un parque nacional que tiene depredadores en libertad.

El tercer grupo pictórico que elegimos fue la cueva de Nswatugi, “hombre saltando”. La pista para acercarse a la base de la colina rocosa que la albergaba era terrible, la vegetación se estaba comiendo a la pista y el morro y parabrisas tenían que ir abriendo las ramas y arbustos, había que sortear rocas, apartar ramas caídas, tuvimos que ir con reductora porque necesitábamos mucho para superar los obstáculos lentamente y no dañar los bajos. Evidentemente la pista estaba en desuso y había sido abandonada a su suerte pero... imenos mal que por lo menos no estaba embarrada! Cuando se acabó la pista, seguimos a pie, ascendiendo rocas. Alrededor oíamos y veíamos saltar y corretear a unos inquietos babuínos, cosa que no me hace ninguna gracia porque esos monos tienen demasiada confianza con el ser humano y pueden llegar a ser agresivos para quitarle lo que ellos consideren que puede ser comida (iy menudos dientes que tienen!).

Cuando alcanzamos la cueva estábamos acalorados y exhaustos pero ya creo que mereció la pena. Estas pinturas eran soberbias, las mejores de todas pero estaban tan apartadas que nadie venía ya. Perfectamente definidas, se distinguían con claridad meridiana a antílopes, elefantes, jirafas corriendo, cebras al galope... espectacular. Los bosquimanos, sus pobladores prehistóricos, dejaron por todo el territorio muestras de un arte único. Su tema más recurrente fue la relación entre el hombre y los animales. Mientras los artistas prehistóricos de España y Francia ocultaban su obra en recónditas cuevas oscuras, los bosquimanos trabajaron al aire libre con materiales muy duraderos en las caras lisas de las rocas de granito, generando impresionantes museos al aire libre.

El arte se veía amenizado con los encuentros con la fauna salvaje del parque nacional, en la mayoría de los casos gacelas, todo tipo de antílopes, monos y gran variedad de aves. Pero la laguna de Chitamba nos deleitó

El retraso de la estación de las lluvias nos permite avanzar en Matopos por pistas compactas de tierra en vez de por barrizales.



Cuando abandonamos Matopos para dirigirnos a Masvingo, los ríos que nos vamos encontrando siguen mostrando la misma aridez que en el norte, exponiendo sus sedientas entrañas arenosas a los viajeros.



Las colinas monolíticas, como vientres preñados de la madre tierra, emergen por encima de las llanuras. A su alrededor, la vegetación intenta arroparlas con mimo.



Los espectaculares baobabs, gigantes de mil

con los hipopótamos que, lejos de estar somnolientos, desarrollaban una ferviente actividad acuática y abrían sus fauces hasta casi desencajarse la mandíbula. Uno se queda hipnotizado ante ese espectáculo. Matopos también es famoso por sus rinocerontes pero como son animales muy esquivos nunca se sabe si se van a mostrar o no. Cuando nos topamos de frente de repente con uno, los dos nos llevamos un buen sobresalto. Era un rinoceronte negro, un animal que si se asusta o duda de las intenciones de lo que se mueve delante de él, embiste sin pensárselo dos veces. No nos gustó nada ese trote que iniciaba hacia nosotros así que salimos de allí de la forma más dignamente posible. El segundo encuentro con los rinocerontes ya fue con menos adrenalina, eran seis rinocerontes blancos de grandes cuernos; entre ellos una madre y su voluminoso retoño que acaban de darse un buen remojón en una charca y un impresionante macho que estaba gozando a sus anchas de un buen baño de barro. Al habernos divisado en campo abierto y acercándonos despacio, no hubo sobresaltos y estuvimos un buen rato viéndoles realizar sus abluciones vespertinas. Cuando uno ve estos espectáculos resulta difícil hacerse a la idea que hay gente que lo está llevando al borde de la extinción porque pagan para desprender a este imponente animal de sus magníficos cuernos para convertirlo en polvo y venderse como afrodisíaco, principalmente en los mercados asiáticos.

Para la siguiente etapa, cambiaremos las excitantes pistas de Matopos por un impecable asfalto, y las detenciones por encuentros con rinocerontes por altos en controles policiales, que como siempre, son rápidos y cordiales. Fueron 300 kilómetros muy sencillos. La conducción siempre fue correcta, ningún susto, los conductores usan los intermitentes, no adelantan a lo loco y no usan la bocina irritantemente (y para los que han viajado por África saben lo que significa esto). Así llegamos a Masvingo, a una ciudad también hecha a cuadrícula pero ya se palpa más el típico ambiente africano de más caos por sus calles. Es una encrucijada importante y bullía de actividad, pocas calles estaban asfaltadas y eso producía un efecto de permanente polvo en suspensión.

brazos que se erigen en centinelas, aparecen sin cesar en nuestro camino hacia el sur.



Y por fin... ¡¡el Gran Zimbabwe!! “La Casa de Piedra”, capital de un reino medieval que abarcaba Zimbabwe y parte de las actuales Botswana, Mozambique y Sudáfrica. Fue ocupado por primera vez en el s.XI pero la construcción del complejo de la Colina se cree que comenzó en el s.XIII.



Comenzamos la visita con brío, hay que coronar el Complejo de la Colina y así tener una visión global de todo el recinto desde ese nido de águilas. Las escaleras de roca serpenteaban por angostos pasillos de piedra.

A su vera... las ruinas del "Great Zimbabwe", ("La Casa de Piedra") la ciudad medieval africana de renombre mundial que fue declarada Patrimonio de la Humanidad en 1986. El Gran Zimbabwe fue la capital religiosa y temporal de una población de entre 10.000 y 20.000 habitantes. Dominaba un reino que se extendía por Zimbabwe y abarcando regiones de las actuales Botswana, Mozambique y Sudáfrica.

De origen bantú, los Shona (principal etnia del país de origen milenario) tuvieron influencias externas, como por ejemplo de los comerciantes swahilis de la costa mozambiqueña desde el s.X. Los historiadores creen que fue ocupado por primera vez en el s.XI, la construcción del complejo de la Colina se cree que comenzó en el s.XIII y el resto de la ciudad en el siglo siguiente. Hasta convertirse en una poderosa ciudad y reino. Pero en el s. XIV debido al creciente número de personas y vacas se produjo un impacto medioambiental que agotó los recursos locales y entró en decadencia. Cuando los portugueses llegaron el s.XVI la ciudad estaba prácticamente abandonada.

El conjunto arquitectónico era mucho más extenso de lo que nos esperábamos y tuvimos que dedicarle dos días para tener conciencia en detalle de lo que fue este histórico enclave. Miramos el libro de registro y aquí sí que había visitas, no muchas pero sí que había algún visitante a diario, aunque todas eran locales y de colegios. El anterior extranjero, una pareja de alemanes según ponía el libro, fue hace tres semanas. Comenzamos la visita con brío, tocaba superar una buena pendiente para coronar el Complejo de la Colina y así poder tener una visión global de todo el recinto desde ese nido de águilas. Ascendimos por unas escaleras de roca que iban trepando por estrechos pasillos de piedra. Cuando alcanzamos la cima, penetramos sus muros por una estrecha y baja puerta que, por un angosto pasadizo, nos permitió acceder al interior. En esta construcción medieval, las piedras de los muros se combinan con las monolíticas rocas rojizas y grisáceas, generando diversas estancias ceremoniales a cielo abierto. Los cuervos merodeaban sobre nuestras cabezas vigilando cada uno de nuestros movimientos, los árboles seguramente estarían repletos de los nidos de estas ruidosas e inquietantes aves. Los babuínos eran los otros seres vivos que deambulaban a nuestro alrededor, pero en este caso éramos nosotros los que les teníamos vigilados y no les perdíamos de vista. Vigilados por unos y vigilando a los otros, exploramos las estancias reales y ceremoniales.

En la base de la colina recorrimos un poblado Karenga reconstruido, mostrando como fueron antaño esas cabañas de techo de paja y muros decorados. El Gran Recinto, el edificio más emblemático, y su Torre Cónica, el hito arquitectónico más destacado, son el broche de oro para el mayor complejo arquitectónico de todo el



Quando alcanzamos la cima, penetramos sus muros por un angosto pasadizo al que se accede por una enjuta puerta. En esta construcción medieval, las piedras de los muros se combinan con las monolíticas rocas.



En la base de la colina... el "Complejo del Valle" y un poblado Karenga reconstruido, mostrando como fueron antaño esas cabañas de techo de paja y muros decorados.



El Gran Recinto, la mayor y más emblemática construcción, es el broche de oro para el mayor complejo arquitectónico de

## todo el África Subsahariana..

África Subsahariana. En el museo del complejo se cuenta la historia del Gran Zimbabwe. Una habitación acorazada, con puerta de seguridad repleta de cerrojos, cámaras de vigilancia y alarma protege las representaciones escultóricas de siete misteriosas aves de 35 cm de altura, con dedos en vez de garras y esculpidas en esteatita (talco, piedra jabón o jaboncillo del sastre) convirtiéndose en el icono del país, aunque todavía no ha sido descifrado su significado.

Dentro del recinto se han habilitado dos categorías de bungalows y un camping con barbacoas así como mesas y sillas de picnic circulares. Los bungalows estaban bien, allí estaba el responsable de los alojamientos, muy amable, vestido pulcramente pero... más solo que la una. Todas las instalaciones están abiertas al 100%, el césped cortado y pasillos de losetas de piedra para que se pueda avanzar sin problemas en caso de lluvia. Pero todo estaba vacío, ni siquiera locales porque los precios son "occidentales". El camping, también vacío, estaba bien montado con parcelas muy separadas entre sí para tener intimidad... si hubiese más gente, claro. Tenía baños grandes pero esos sí que estaban bastante..., bueno, que necesitaban más mantenimiento. Nuestro equipo de acampada encima del todo terreno es muy cómodo y el mobiliario circular de la zona individual de picnic era cómodo para trabajar primero y luego darnos el gusto de una buena cena bajo las estrellas. Estábamos trabajando con los dos Toshiba conectados a la batería del 4x4 cuando de repente... ¡un visitante! Se llamaba Ben, un joven australiano que había terminado la carrera de arquitectura y llevaba cinco meses recorriendo el sur de África a la aventura, con la mochila a cuestas. Acababa de llegar y no pudo conseguir comida en el camino y se veía cenando y comiendo a base de racionar las galletas que le quedaban, cuando vio nuestra luz y se acercó. Al poco aparece el guarda nocturno del recinto que decidió que no merecía hacer la ronda completa si sólo estábamos nosotros, así que se sentó en una piedra cercana. Al final tuvimos dos comensales a cenar y compartimos nuestras provisiones y muchas historias.

Cuando nos fuimos a la cama, no dejamos nada fuera porque no nos fiamos ni un pelo de los monos que oíamos en las ramas de los árboles que nos circundaban. Con el amanecer y tras un buen desayuno, nos dedicamos a completar la visita a este recinto arqueológico que, a diferencia de las construcciones del resto del África Subsahariana, que han desaparecido debido a los materiales perecederos empleados en su construcción, el Gran Zimbabwe ha conservado la memoria de un pueblo africano gracias a ser levantado en piedra.. Desde este inolvidable enclave nos despedimos de un país que nos ha permitido vivir experiencias inolvidables y esperamos que se encamine hacia un futuro más prometedor.



El doble muro del Gran Recinto, todo un desafío arquitectónico al tratarse de un estrecho pasillo encajado entre muros de 11 metros... sin haber utilizado mortero.



En el interior del "Gran Recinto" encontraremos una elevada torre cónica. Las teorías son varias, desde un lugar ceremonial hasta la residencia de la reina o el rey.

Ha sido grandioso recorrer Zimbabwe y conocer sus maravillas y gentes. Tendremos un buen sabor de boca hasta que, dentro de 3 meses, reiniciemos la ruta viajando a

Ha llegado el momento de interrumpir temporalmente nuestra expedición pues la climatología se impone a nuestros deseos. La estación de lluvias ha comenzado y está inhabilitando muchas zonas de los países que queremos seguir explorando. A finales del mes de marzo habrá terminado lo peor del periodo de lluvias y podremos proseguir con nuestra expedición, que comenzará a moverse por Lesotho para luego continuar a Swazilandia, Mozambique, Malawi y Zambia. Deseamos que nos permita conocer y vivir experiencias tan extraordinarias como las vividas en esta primera etapa. Cuando partamos del histórico Gran Zimbabwe nos dirigiremos directamente a Johannesburgo, donde dejaremos el todo terreno durante los tres meses de mayor repercusión de las lluvias. Durante ese tiempo, el cielo se dedicará a su anual ciclo de vida y muerte y nosotros nos dedicaremos al inevitable ciclo de trabajo para ordenar todo el material recopilado y prepararlo para reportajes, conferencias y exposiciones. Es una labor ineludible que viene inherente a cada una de nuestras rutas pero en este caso será más llevadera, sabemos que en breve regresaremos a África para otros tres meses. Ya estamos impacientes para que llegue ese momento.

Lesotho tras la estación de las lluvias.



CRÓNICA-12  
**Las Montañas Dragón.**  
(Sudáfrica, Drakensberg)

La época de lluvias por Sudáfrica toca a su fin. Nuestro paréntesis en la ruta Confines de África también se cierra y comenzamos la segunda etapa de la ruta. Aterrizamos en Johannesburgo una mañana soleada de finales de marzo sin asomo de nube alguna que amenace lluvia. Nos reunimos con nuestro tercer compañero de viaje, el todo terreno que nuestro amigo Sergio Bento guardaba en su parking. Tras recogerlo nos dirigimos al backpackers donde nos íbamos a alojar y reorganizar nuestro equipo para ponernos de nuevo en ruta.

Nuestro primer objetivo sería alcanzar las montañas Drakensberg, en la ecléctica provincia de Kwazulu Natal y frontera natural con un pequeño país enclavado en Sudáfrica: Lesotho. El bullicioso tráfico que encontramos saliendo de Johannesburgo se fue desvaneciendo a medida que avanzamos hacia el sur dirección Drakensberg, bautizadas como “montañas dragón” por los afrikáans por sus peculiares y tortuosas formas.



Pero los zulúes la llamaban Quathlamba, que significa “almenas de lanzas”. En cualquier caso, ambos definen a su manera, la singular configuración de este bello y escarpado paisaje montañoso que nos mantendrá entre los 1.500 metros y 3.000 metros durante las próximas semanas.

Tras sortear el paso de Oliviershoek a 1.730 metros, la nubosidad que nos va envolviendo no nos augura nada prometedor, quizás tengamos que soportar las últimas lluvias de la temporada. Un acogedor alojamiento llamado Amphitheatre Backpackers en medio de la nada, pero teniendo como telón de fondo los imponentes espolones basálticos de las Drakensberg, será nuestro hogar durante las próximas jornadas. Hay que explicar el concepto “backpacker” porque estos alojamientos económicos tienen mucho peso para los viajeros que viajan por su cuenta. La palabra en sí los definiría como alojamientos para mochileros pero el concepto va mucho más allá, además de las típicas habitaciones comunes a bajo precio poseen todo un abanico de posibilidades y precios. Casi todos ofrecen también habitaciones dobles, triples o cuádruples con baños incorporados, salones comunes, Internet, sala de esparcimiento con juegos, etc. Todos, sin excepción, poseen



Pulsar el mapa para expandirlo.



Tras dos días de preparativos en Johannesburgo, reiniciamos la ruta con un objetivo claro: las montañas Drakensberg, un espectacular macizo montañoso que marca la frontera con el pequeño Lesotho.



En las Drakensberg, nuestra base será el acogedor Amphitheatre Backpackers. La palabra “backpacker” lo define como alojamiento económico para mochileros pero

una cocina equipada con nevera y diversos electrodomésticos para que los huéspedes que lo deseen puedan prepararse la comida. Y casi todos poseen parking y terreno de campada, cosa que nos viene muy bien para levantar nuestra tienda sobre el techo del todo terreno. En las áreas pobladas o cuando necesitamos trabajar (siendo imprescindible Internet y electricidad) buscamos este tipo de establecimientos pero el de hoy merece una mención especial.

El Amphitheatre Backpackers ([www.amphibackpackers.co.za](http://www.amphibackpackers.co.za)) organiza todo tipo de actividades por la zona (desde trekkings y escaladas hasta excursiones de un día a Lesotho) y posee varias construcciones, además de un extensísimo terreno de césped cuidado para acampar, donde nosotros nos instalamos. El edificio principal reúne la vida social del alojamiento con su restaurante, un bar con mucho ambiente, jacuzzi y sauna!, piscina exterior y una impresionante y acogedora zona cubierta para barbacoa, llamada "braai" por los sudafricanos.



Todo construido con materiales tradicionales y algunos sectores son de tipo "rondavel", como las ancestrales cabañas de adobe con techos de paja. Los precios se mueven entre los 4,5 € por persona para acampar hasta los 24 € por una habitación doble con baño propio y pequeña cocina, pasando por los 6,5 € por persona en las

en Sudáfrica el concepto va mucho más allá, ofreciendo muchas opciones de habitaciones y a veces unas instalaciones increíbles, como en el caso del Amphitheatre.



Desde el primer momento nos encontramos poblados con construcciones "rondavel", las ancestrales cabañas redondas construidas con adobe y techos de paja.



La estrella de la zona es el P.N. Royal Natal, que alberga el muro de roca llamado Amphitheatre.



Ascender hasta la cima del Amphitheatre es una de las actividades "obligatorias". Supone

habitaciones para 8 personas y baño compartido. Todo ello con la sempiterna panorámica del imponente bastión de las “Montañas Dragón”, las Drakensberg, observándonos a un tiro de piedra.



El Parque Ukhahlamba-Drakensberg fue reconocido en el año 2000 como Patrimonio Mundial y por sus escarpados montes vamos a movernos; tanto a sus pies contemplando sus soberbias panorámicas como subiendo hasta su cima, alcanzando los 3.000 metros de altitud. Y eso fue lo que hicimos para alcanzar uno de sus parajes más emblemáticos en el Parque Natural de Royal Natal, el Amphitheatre. Una pared de 8 Km. de acantilados y cañones que, tanto en su base como recorriendo sus cimas, nos proporcionará un espectáculo natural de salvaje belleza. Además de la pesca y la escalada, el senderismo es la principal actividad que se desarrolla por esta zona y en caminatas de un día o de varios días se puede descubrir este solemne entorno montañoso.

Nos propusimos llegar a su cima para contemplar su soberbio panorama desde otro punto de vista. Nos unimos a un grupo del Backpacker para ello. La altura y algunos tramos durante los cuales vamos escalando por torrenteras rocosas abruptas, secas en estos momentos, convirtió el avance en una extenuante y dura prueba de resistencia. Transportando trípode y todo nuestro equipo a cuestras creíamos que no íbamos alcanzar la

un duro trekking de un día por senderos empinados, trepar por una larga torrentera seca y varias escaleras colgantes metálicas.



Pero una vez en la cima... sentados sobre estas almenas naturales que superan los 3.000 m., tenemos el mundo a nuestros pies.



También en la cima del Amphitheatre nos encontraremos con la cascada Tugela, ahora con poca agua pero sus 850 m. de caída la hacen la 2ª cascada más alta del mundo.



Las jornadas de trabajo se desarrollan en el cómodo Amphitheatre Backpacker. Las mesas se llenan de libros y mapas y los Toshiba no se apagan hasta la hora de cenar.



címa pero finalmente... tras muchos altos para reponernos... alcanzamos las mesetas superiores por encima de los 3.000 metros. Los paisajes que aparecen ante nosotros son sublimes con descomunales precipicios bajo los cuales se despliegan numerosas colinas cubiertas de un manto verde que se pierden en el infinito. Otra caminata, esta vez en llano por la cumbre mesetaria, nos lleva a la cascada de Tugela, sus 850 metros de caída en cinco niveles la convierten en la cascada más alta de todo el continente africano y la segunda del mundo, tras el Salto del Ángel en Venezuela. Su caudal es pobre pero la altura y el curso serpenteante de agua que genera en el valle, casi un kilómetro más abajo, sí que impresiona.

Tan solo un último desafío, una escalera colgante metálica por la que hay que descender en vertical para enlazar con el sendero inferior. Si se tiene vértigo se pasa mal pero como ninguno de los dos tiene problemas con las alturas, fue hasta divertido bajar esa pared vertical mediante esa escala de hierro.

Donde quiera que vayamos, los regresos son siempre más suaves, es lo que tienen las "cuestas abajo". Eso sí, los esfuerzos tan tremendos de las subidas siempre nos pasan factura al día siguiente y tras las primeras caminatas casi no nos podíamos mover así que... disfrutamos de las instalaciones del Amphitheatre. Los siguientes días, si amanecía el cielo despejado, reanudábamos las actividades y si era un día lluvioso... pues nos quedábamos "en casa". Los últimos estertores de la época lluviosa nos forzaron a quedarnos 3 días "en casa"... pero la verdad... no nos importó en absoluto.

Por la zona central de las Drakensberg, los picos de Giant s Castle con 3.312 m., Monk s Cowl con 3.234 m. y Champagne Castle de 3.377m. se convierte en la trilogía montañosa más atractiva para los alpinistas. Pero es la zona donde se encuentra el Pico Cathedral, a 3.004 metros, a través de rutas de senderismo de varios días por donde se pueden alcanzar el emplazamiento de las mejores pinturas san (bosquímanos) que poblaron estos abruptos y rudos entornos hace miles de años. Una ruta agotadora pero con espectaculares recompensas paisajísticas y artísticas.



Las buenas instalaciones de este alojamiento nos permite reponernos de como quiera que haya sido la jornada, ya se trate de esfuerzo físico o mental. Una cocina al aire libre con una gran área de barbacoa permite cenar de una forma amena y hacer nuevas amistades mientras se va haciendo la comida.



Cathedral Peak, otro de los grandes hitos de las Drakensberg.



Y los más osados... podrán ponerse a prueba intentando llegar a las cimas por el "camino difícil".



Los días pasados en el Amphitheatre Backpackers conocimos a mucha gente, algunos eran extranjeros, incluso españoles como Alfonso de Madrid. Pero otros muchos sudafricanos, que venían a hacer senderismo por estas montañas. Una pareja de sudafricanos, Johann y Peggy, que estaban pasando unos días por esta zona, nos obsequiaron con uno de los platos típicos de Sudáfrica. En una marmita de fundición llamada “potjiekos”, se introduce verduras, carne, arroz, champiñones frescos y varios condimentos que se cocinarán durante al menos un par de horas sobre un fuego de leña o de carbón en las llamadas “braai” (barbacoa) dando lugar a un sabroso guiso muy nutritivo, al más puro estilo de la época de los colonizadores holandeses. También probamos otro día las llamadas “boerewors”, salchichas de vaca y cerdo condimentadas con especias, imprescindible en cualquier barbacoa sudafricana que se precie. Vino espumoso y vino tinto sudafricanos regaron este entrañable encuentro que nos dejó muy buen sabor de boca en todos los sentidos. Las “braai” no sólo es una forma de obtener y degustar unas comidas deliciosas también de socializar con la población y hacer amigos.

Nuestra próxima etapa se encamina hacia el conocido como “el reino en el cielo”, Lesotho. Un diminuto país enclavado como una isla en Sudáfrica, que sobrevivió a las luchas que en siglos pasados definieron de forma contundente la historia de esta zona de África refugiándose en las agrestes montañas que configuran su territorio. Los muros pétreos de las Drakensberg lo ocultan tras sus escabrosas cimas y sus escarpados y sinuosos puertos pero una vez lleguemos al otro lado entraremos en este singular reino de las nubes.

Imposible quedarse indiferente al embrujo de las Drakensberg y para nosotros ha sido la reactivación de la Ruta Confines de África.

Ya estamos listos para cruzar esta empalizada natural y alcanzar nuestro siguiente objetivo: Lesotho.





## CRÓNICA-13 El Reino en el Cielo. (Lesotho)

Texto y fotografías: Marián Ocaña y Vicente Plédel

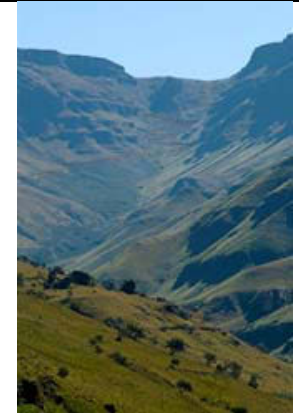
En las Drakensberg del Sur, cerca de Underberg, vamos a situar nuestro próximo campamento para preparar nuestro próximo destino, Lesotho. Y no hemos podido elegir mejor base que el Khotso Lodge Backpackers ([www.khotsotrails.co.za](http://www.khotsotrails.co.za)), una enorme granja de 3.000 hectáreas donde es posible realizar actividades que nos permitirán seguir en contacto directo con la naturaleza. El entorno no puede ser más idílico y evocador rodeado de campos de maíz, caballos, ovejas y vacas pastando. Y un alojamiento de estilo rural pero con todas las comodidades y para todos los gustos, desde el camping por 4 €/persona, doubles sencillas por 20 € hasta 3 confortables y acogedoras rondavels tradicionales con baño, salón y cocina por 32 € para 2 personas o bien 14 €/persona si son entre 3 y 6 personas (en la planta superior hay 4 camas más).



Junto a las rondavels, llama la atención una preciosa y gran casa de troncos de madera con techo de paja compacto y un interior cálido y acogedor; la planta superior alberga varios tipos de habitaciones a 12 €/persona, desde piezas para 6 personas en literas hasta una doble y la planta inferior posee una gran cocina común equipada con todo, los baños y amplio salón con vistas preciosas a su privilegiado entorno campestre.



Pulsar el mapa para expandirlo.



Tras varios días alternando el trabajo con actividades al aire libre en Khotso, ha llegado el momento de partir hacia Lesotho. Cuando divisamos el singular paso de Sani comenzamos a intuir por qué a Lesotho le llaman "el reino en el cielo". Una zigzagueante, empinada y abrupta pista rocosa nos llevará a un altiplano.



El fabuloso paso a 2.880 metros de altitud sólo es transitable en vehículos 4x4, su desafiante pista trepa por el muro de roca hasta alcanzar la meseta superior. Una vez en la cima es imperativo detenerse para contemplar la inmensidad de este entorno.



Los puertos entre los dos mil y tres mil metros se van a convertir en los protagonistas de las próximas jornadas. El más importante de ellos es el paso de Tlaeeng a 3.255 metros, el paso más alto al sur del Kilimanjaro.

Y en otro edificio, el típico albergue económico para backpackers (mochileros) por tan solo 8 €/persona en literas básicas, con varios dormitorios comunes para 8 personas, baños compartidos, una cocina totalmente equipada, sala de descanso, jardín, etc. Cualquiera que sea el modo de se elija para alojarse, el ambiente está dirigido a tener una gran experiencia rural con otros viajeros puesto que hay salas comunes para descansar o charlar.



Junto a las montañas, las otras grandes protagonistas del paisaje son las rondavel, las cabañas circulares de techos de paja. Las que lucen banderolas amarillas o blancas anuncian que han elaborado

Por supuesto, en su exterior no podían faltar los espacios reservados para hacer un “braai” (barbacoa) al calor de un buen fuego. Steve y Lulú (una mexicana enamorada de Sudáfrica), sus propietarios, han sabido crear una atmósfera acogedora y hacerte sentir como si estuvieras en casa. Pero si bien es un alto muy agradable para descansar, lo más importante del Khotso son sus actividades, desde excursiones en 4x4 para conocer el espectacular paso de Saní, hasta trekkings a pie por las Drakensberg para descubrir su entorno o las pinturas rupestres hasta su plato fuerte: los caballos.



Doscientos caballos con guías especializados se encargan de que se puedan realizar desde cabalgatas de dos horas por las montañas y colinas hasta un viaje de ensueño de varios días... superando las Drakensberg, cruzando la frontera y entrando en Lesotho hasta el Parque Nacional Sehbalathabe. Este parque nacional del pequeño Lesotho está a tan solo 5 horas a caballo de Khotso. En el camino se verán las Drakensberg desde un punto de vista único, se visitan cuevas, se muestran pinturas rupestres San, se sella el pasaporte al aduanero desde el propio caballo (ien pocos sitios se puede hacer eso!) y se termina el viaje al borde de Sehbalathabe, donde hay un pequeño albergue para pernoctar. Se puede hacer en dos días por 150 €/persona pero es una pena no dedicar por lo menos un día a las colinas de Lesotho y sus pueblos de casitas rondavel por lo que se ofrece la posibilidad de realizarlo en 3 días por 220 €/persona. Incluso, para 3 ó más personas se puede realizar una salida de más días o más personalizado (acampadas, pernoctas en aldeas, etc.) por 75 €/persona y día., siempre todo incluido. ¡Qué más se puede pedir!

Para nosotros, tras varios días alternando el trabajo con actividades al aire libre en Khotso, ha llegado el momento de partir hacia Lesotho. Cuando divisamos el singular paso de Saní comenzamos a intuir por qué a Lesotho le llaman “el reino en el cielo”. El fabuloso paso a 2.880 metros de altitud sólo es transitable en vehículos 4x4 para poder trepar por su sinuosa, empinada y abrupta pista, que más que ascender... trepa por el muro de roca hasta alcanzar la meseta superior. No destaca por ser de los más altos pero sí de los más desafiantes por su configuración tan accidentada en zig-zag.

cerveza (de maíz en amarillo y sorgo en blanco).



La ausencia de infraestructuras hace que vayamos improvisando las acampadas. A veces pernoctamos en plena naturaleza, otras en misiones, otras en poblados... Cada noche es distinta a la anterior.



Casi toda la población rural viste el atuendo nacional de Lesotho: una manta. El origen se remonta a 1860, cuando unos comerciantes ingleses regalaron una manta al rey Moshoeshe. Diez años después fue tal la demanda que generó el uso de esta prenda de abrigo ligera y

El cruce de las aduanas se solventa con un rápido trámite que consiste en un sellado de pasaportes. La frontera sudafricana se encuentra en la parte inferior del paso y marca el inicio de la retorcida pero sugestiva escalada. Escoltados por los dorsos retorcidos de las “montañas dragón” (Drakensberg) comenzamos a trepar por sus empinadas curvas hacia el reino en el cielo de Lesotho.

Pocas veces hemos visto un paso con una estructura tan abrupta y zigzagueante como este. Nos recuerda a los pasos de Zoji-La en Cachemira, el paso de Leba de Angola o el Paso de Lamayuru en Ladakh, el Pequeño Tibet del Himalaya indio. La reductora resulta ser imprescindible cuando nuestras BF Goodrich comienza a morder la roca para encaramarse al muro que, curva a curva, será coronado. Una vez alcanzada la cima un altiplano se extiende ante nosotros y al mirar hacia atrás vemos la pista retorcida por la que acabamos de ascender y que termina sumergiéndose por el valle donde la escarlata protea, flor nacional de Sudáfrica, salpica las faldas de las colinas que dejamos atrás. Acabamos de entrar en un país cuya cota más baja son 1.100 metros de altitud, ningún otro país tiene una cota mínima tan alta.

Aunque seguimos circulando por pistas de tierra y roca, el firme ya no es tan duro como durante la ascensión. Los puertos de montaña entre los dos mil y tres mil metros se van a convertir en los protagonistas de las próximas jornadas. El más importante de ellos es el paso de Tlaeeng a 3.255 metros, el paso más alto al sur del Kilimanjaro. Pero antes de llegar a Bhuta-Buthe hay que cruzar el paso de Moteng a 2.840 metros y ya vamos alternando la pista con asfalto, aunque en algunos casos está muy deteriorado y recuerda lo que padecimos en Angola. Los poblados con cabañas circulares tipo rondavel (de techos de paja y paredes de adobe o piedra) con pastores cuidando rebaños de vacas, ovejas o cabras mohair (muarè) serán los toques de vida que salpiquen los paisajes montañosos que nos rodean configurados por las Drakensberg y las Malotí. Algunas cabañas exhiben un largo mástil con una paño ondeando al viento e indica que se ofrecen a la venta ciertos productos, si el paño es rojo se puede adquirir carne, si es verde, vegetales y si es blanco o amarillo... cerveza (bien de sorgo o de maíz). Las cabañas que elaboran esa especie de cerveza, cuando hacen ondear su particular bandera, las convierte en

calurosa que un siglo y medio después se ha convertido en la seña de identidad de su vestimenta.



Si bien se usan muchos gorros, el verdaderamente autóctono es el cónico con una coronación en el vértice. Su inspiración... imitar las colinas puntiagudas que les rodean.



La presa de Katse forma parte del ambicioso y provechoso “Proyecto Hidrográfico de las Tierras Altas” que lleva desarrollándose desde hace más de quince años y que hasta el año 2.020 seguirá construyendo presas y conductos de agua para aprovechar y exportar su “oro blanco” a Sudáfrica.

punto de encuentro de la población. La ganadería y la agricultura han sido tradicionalmente los pilares de la economía pero el agua, su “oro blanco”, se va a convertir en otro producto imprescindible que podría mejorar la situación de este empobrecido país.

Todo el nordeste del país hasta la capital, Maseru, es donde se concentra la mayor parte de la población. Lesotho cuenta con dos millones de habitantes en una superficie de 30.355 km<sup>2</sup>. pero da la sensación que son muchos menos habitantes al encontrarse tan diseminados.

Las Drakensberg al este y las montañas Maloti, ocupando las tres cuartas partes del país, son el telón de fondo de un territorio salpicado de cuevas con arte rupestre san (bosquímano) uno de los grupo más antiguos que poblaron estas tierras y dejaron su huella imperecedera junto a otros moradores aún más arcaicos, los dinosaurios. Aunque sus huellas son difíciles de localizar conseguiremos encontrar su rastro.

Los cielos nubosos de las Drakensberg han dado paso a cielos resplandecientes de un intenso color azul y sol radiante que acentúan la belleza de los verdes valles que recorreremos. El único inconveniente es lo temprano que acaba el día, sobre las seis menos cuarto de la tarde el sol se esconde y la noche deja caer su negro telón de forma fulminante con el consiguiente descenso de las temperaturas. Si durante el día podemos llegar alcanzar los 25°C por la noche podemos descender hasta los 3 ó 4°C. Las acampadas se convierten en una dura prueba pero convenientemente arropados en nuestra tienda-techo conseguimos sobrellevar las gélidas noches después de calentarnos en nuestro infiernillo algo que nos temple el cuerpo.

La casi nula infraestructura en Lesotho, hace que cada noche improvisemos la acampada al acabar el día. A veces acampamos por libre y otras junto a cabañas de las montañas tras pedir permiso al jefe del poblado. Pero cuando nos acercamos a zonas más poblados resulta más conveniente buscar un refugio más seguro. Las misiones en Lesotho hacen acto de presencia en muchos puntos del país. Ya sean católicas o anglicanas, abren amablemente sus puertas para alojar en sencillas pero limpias habitaciones a los huéspedes o en nuestro caso, acampar en sus jardines. En la localidad de Leribe, por ejemplo, acampamos en el patio de la Misión Anglicana donde la simpática “sister Lucy” no tuvo inconveniente en abrirnos las puertas de la misión cuando llegamos bien entrada la noche. Conducir de noche, como siempre, no es la opción más aconsejable porque los lugareños se desplazan a pie por



Moldeado por cordilleras, Lesotho se maquilla con terrazas de cultivos por las laderas de los montes y colinas que posean buenos suelos.



Los pequeños refugios de los pastores son otros de los elementos que forman parte del paisaje. A veces pasan largos periodos de tiempo en estos refugios diseminados por las laderas de sus impresionantes montañas.



Los caballos son un bien muy preciado, ante la imposibilidad de poseer un automóvil el caballo se convierte en el medio de transporte más popular en Lesotho.



los caminos y hay mucho ganado suelto. Pero claro, en esta estación el ocaso es a las 17:45 h. y con días tan cortos algunas veces tenemos que realizar algún tramo nocturno.

La montañosa pista que parte de Leribe hacia la presa de Katse transcurre entre los espectaculares paisajes de picos accidentados y verdes valles. Nos vamos encontrando con las tradiciones más auténticas de Lesotho a través de su población. Los pastores a lomos de sus caballos y burros comienzan a irrumpir por el paisaje junto con los habituales rondavels. La mayoría de la población que nos vamos encontrando visten el atuendo nacional de Lesotho: una manta. El origen de esta costumbre es muy singular. En 1860 los comerciantes ingleses regalaron una manta al rey de Lesotho Moshoeshe. Diez años después fue tal la demanda que generó el uso de esta prenda de abrigo que un siglo y medio después se ha convertido en la seña de identidad de su vestimenta. Hasta entonces los lugareños habían vestido con las prendas hechas con la piel de los animales pero las mantas inglesas eran más ligeras y les proporcionaban más calor, algo muy importante para una población que vive entre los 1.100 y 3.000 metros con crudos inviernos nevados, que ahora no pueden pasar sin ellas. No obstante, han desarrollado un elaborado sistema en los que la calidad, el material y el diseño del tejido determinan la posición social. Los pasamontañas y botas son otras de las prendas que los pastores llevan acompañando a sus preciadas mantas.

El puerto de Mafika-Lisiu nos va a encumbrar hasta los 3.010 metros de altitud pero no bajaremos de los 2.000 metros durante todo nuestro recorrido por el interior del país. La presa de Katse forma parte de un ambicioso y provechoso proyecto denominado "Proyecto Hidrográfico de las Tierras Altas" que lleva desarrollándose desde hace más de quince años y que hasta el año 2.020 seguirá construyendo presas y conductos de agua para aprovechar y exportar su "oro blanco" a Sudáfrica. Sus objetivos es proporcionar electricidad a todo el país porque por ahora el tendido tan solo llega a las poblaciones más importantes. De la presa de Katse sale un túnel que conduce agua hacia las minas y la industria de la provincia sudafricana de Gauteng, donde este bien escasea. Por lo pronto les está reportando beneficios creando puestos de trabajo y nuevas carreteras porque actualmente, ni siquiera se puede circunvalar el país sin un 4x4. En ruta hacia la capital de nuevo atravesaremos puertos entre los 2.000 y 3.000 metros como el paso de "Dios me ayude" ("God Help Me") de 2.281 metros y otra importante presa, la Mohale que también forma parte del gran proyecto hidráulico. Los refugios de los pastores son otros de los elementos que forman parte del paisaje. Los pastores comienzan a la temprana edad de 10 ó 12 años a pastar en solitario con los rebaños y quedarse solos durante largos periodos de tiempo en estos



La población lesotense es un 80% cristiana (católicos, anglicanos y episcopalianos), el resto de la población conserva sus ancestrales tradiciones y ritos basothos. Pero incluso los cristianos conservan ciertos rituales y casi todos sus poblados cuenta con "sangomas" (curanderos/as) que desarrollan sus propias ceremonias y amuletos.



¿Un teléfono público en una caseta de Uralita en medio de la nada? Pues así es. Si a un lugar remoto llega la señal de una antena de telefonía móvil, nace un locutorio a base de varios teléfonos celulares controlados con un cronómetro.



La gran profusión de pistas, de firmes alterados por las lluvias y las grandes

refugios diseminados por las laderas de sus impresionantes montañas. Normalmente van acompañados de fieles perros, que suelen ser bastante feroces a la hora de defender al ganado de cualquier amenaza, sobre todo de noche.

Poco antes de alcanzar Maseru, nos desviamos 10 kilómetros de la ruta principal para llegar hasta Thaba Bosiu. Este emplazamiento es de vital importancia para la historia de Lesotho. Antes de la llegada de los europeos la sociedad de esta zona del mundo estaba organizada en pequeños territorios gobernados por jefes. La llegada de los europeos en el s. XVIII y la demoledora expansión del reino zulú provocó un gran impacto en la sociedad sotho pero consiguió sobrevivir gracias a la habilidad de su jefe Moshoeshoe el Grande. Jefe de un pequeño poblado se hizo fuerte y condujo a su gente hasta Butha-Buthe (que significa "lugar de descanso") para más tarde trasladarle hasta Thaba Bosiu ("montaña en la noche"), una cima más fácil de defender al ser más inaccesible, donde consiguió que su pueblo sobreviviera. Su rey Moshoeshoe, mediante alianzas con jefes poderosos así como ofreciendo ayuda a refugiados que le apoyasen consiguió no ir a la guerra y crear su propio reino Basutolandia, al cual también contribuyó la acogida que dio a los misioneros franceses y dejarse aconsejar por ellos para defenderse contra las intenciones colonizadoras de los británicos y los boers.

Declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, Thaba-Bosiu fue testigo de la creación de este nuevo estado y entre los restos de sus antiguas murallas acoge las tumbas de sus reyes. Aunque a la muerte de su astuto rey la lucha por la sucesión fue aprovechada por las fuerzas colonizadoras, hoy en día Lesotho es una nación independiente que aunque le queda mucho camino por recorrer para salir de estado de gran pobreza en el que viven (el 45% de la población está en paro, viven de la agricultura y ganadería de subsistencia y, como no, el SIDA causa estragos) Esperemos que progrese sin perder su idiosincrasia natural de pueblo acogedor y pacífico.

Maseru, con sus 175.000 habitantes, constituye su capital y se creó a finales del siglo XIX con lo cual su historia es muy reciente. Llegamos en fin de semana con lo cual a la falta de actividad propia de ese momento de la semana se unió el estado de laxitud habitual de la ciudad. Apenas hay circulación y tampoco hay mucha población por sus calles. Su encogido centro posee algunos antiguos edificios coloniales construidos en piedra arenisca y tejados rojizos a dos aguas que se mezclan con edificios de corte moderno. De hecho, sus calles fueron asfaltadas para recibir la visita de la casa real británica en el año 1947. Aunque nos advierten que tomemos precauciones por

pendientes hace obligatorio un 4x4 si se quiere conocer a fondo este país.



Thaba Bosiu es de vital importancia para la historia de Lesotho puesto que esta meseta se convirtió en una fortaleza natural desde la que nació este remoto reino y ahora alberga las tumbas de sus reyes.



Maseru, con sus 175.000 habitantes, constituye su capital y se creó a finales del siglo XIX. Su encogido centro posee algunos antiguos edificios coloniales construidos en piedra arenisca y tejados rojizos a dos aguas.



posibles robos o tirones, la capital es relativamente segura y a la gente le gusta acercarse a saludarnos y preguntarnos de dónde somos para a continuación darnos la bienvenida a su país y seguir su camino.

De nuevo una misión anglicana fue nuestro alojamiento mientras estuvimos en la capital. La población lesotense es un 80% cristiana (católicos, anglicanos y episcopalianos) pero no obstante aunque el resto de la población conserva sus ancestrales tradiciones y ritos basothos, los que profesan la religión cristiana siguen practicando ciertos rituales tradicionales. Como por ejemplo casi todos sus poblados cuenta con la presencia de los “sangomas” (curanderos) que desarrollan sus propios amuletos y rituales. Un “plan de emergencia” hasta que pueden ser transportados y atendidos mediante la medicina tradicional en hospitales.

Al sur de Maseru, a unos 40 kilómetros, llegamos a Morija para encontrarnos con otro capítulo de su historia reciente. La primera misión de misioneros franceses protestantes que bautizaron a la ciudad con ese nombre por el Monte Moriah en Palestina. Pero la joya de este recorrido hacia el sur la representa la zona que rodea a Malealea.



Poco antes de llegar al poblado cruzamos un paso llamado “Las Puertas del Paraíso”. Nos hacía un día radiante de sol y cielo despejado con lo cual cuando se abrió ante nosotros la espectacular vista de las montañas y el valle. Realmente el nombre con el que le han bautizado recoge el espíritu de la visión que desde allí se contempla. En una placa adherida a una roca se puede leer lo siguiente: “Caminante, detente y observa una de las puertas del paraíso”. Un pastor vigilaba sus ovejas que pastaban en las laderas del paso de montaña mientras se deleitaba, como nosotros lo hacíamos, con el sublime paisaje. Cuando por fin nos deslizamos por la sinuosa pista de tierra llegamos hasta el Malealea Lodge, que se ha convertido en el centro neurálgico del valle y una referencia para intentar crear varios centros de este tipo por todo el país puesto que sin alojamientos los viajeros tienen muy

Los edificios modernos de Maseru intentan combinar la arquitectura moderna con los materiales autóctonos como la piedra arenisca o insertando elementos étnicos como las cubiertas cónicas.



Poco antes de llegar al poblado cruzamos un paso llamado “Las Puertas del Paraíso” y se abrió ante nosotros la espectacular vista de las montañas y el valle de Malealea.



El paradisíaco valle que rodea Malealea.



El Malealea Lodge se ha convertido en el centro neurálgico del valle. Siguiendo el concepto “Backpacker” sudafricano posee

difícil conocer este pequeño y peculiar país. Siguiendo el concepto “Backpacker” sudafricano posee muchas opciones de alojamiento (desde camping a 5€ a confortables rondavels con baño propio por 45 €), una decoración étnica muy atractiva y muchas actividades, desde los imprescindibles trekkings hasta paseos en pony para alcanzar cascadas, yacimientos de arte rupestre san o simplemente para perderse por este hermoso entorno. Con tan solo 5 centros más como este, el país tendría la base para comenzar a hablar de “infraestructura” para viajeros.

Seguimos la pista que desde Malealea iba serpenteando por un cañón que nos seguía ofreciendo uno de los paisajes más asombrosos de Lesotho. De nuevo los picos recortados con abruptas laderas que desembocan en valles recorridos por ríos donde su población sigue manteniendo sus tradiciones más ancestrales. La nube de polvo que levantábamos mientras nos deslizamos por la tranquila pista desaparece cuando alcanzamos de nuevo el asfalto para dirigirnos a Quthing donde, tras infructuosos resultados en otros lugares, estábamos decididos a localizar las famosas pinturas rupestres y las huellas de dinosaurios que aún prevalecen en territorio lesotho.

Para localizarlas tuvimos que contar con la ayuda de la pequeña población de Qomoqomong, a unos diez kilómetros al sudeste de Quthing por una pista muy deteriorada. Una señora que paseaba por las afueras del pueblo le pidió a un chiquillo que nos acompañase. Pero cuando dejamos el coche aparcado en el pueblo toda una chiquillería se vino con nosotros en busca de las pinturas. Después de unos 20 minutos caminando localizamos las pinturas en una cueva abierta y mereció la pena el esfuerzo. Figuras humanas con cuernos, ganado y antílopes elands ilustraban las paredes con sus antícuísimas pinturas. Las huellas de dinosaurios fueron más fáciles de localizar pues se encontraban cerca de la carretera principal. Se calculan que pueden datar de hace 180 millones de años.

Si las huellas del pasado nos han permitido acercarnos a un momento de su remoto pasado no menos emocionante va a ser presenciar inesperadamente un rito de sus tradiciones más ancestrales. Avanzando por la solitaria pista que nos conducía a Sehlabathebe, de pronto, tras un giro en una curva, nos encontramos con un grupo de chicos jóvenes en una llamativa ceremonia. Llevaban todo su rostro y cuerpo pintado de rojo, mantas del mismo tono y lanzas mientras entonaban unos cánticos dirigidos por el jefe de la ceremonia. No quisimos acercarnos de una manera demasiado acuciante así que discretamente paramos y desde lejos observamos. Pero rápidamente el jefe del poblado se acercó a nosotros y nos invitó a acercarnos y presenciar la ceremonia. Todo el mundo fue encantador y muy colaborador cuando les pedimos si podíamos fotografiar y grabar el ceremonial.

muchas opciones de alojamiento, una decoración étnica muy atractiva y muchas actividades, desde los imprescindibles trekkings hasta recorridos en pony para alcanzar cascadas, ver arte rupestre san o para perderse por este hermoso entorno.



Desde Malealea la pista serpentea siguiendo valles y cañones a través de uno de los paisajes más asombrosos de Lesotho.



Hay muchos enclaves pero las de Qomoqomong, a unos diez kilómetros al sudeste de Quthing, se pueden localizar relativamente fácil contando con la ayuda de la población local. Figuras humanas con cuernos, ganado y antílopes elands ilustran las paredes con sus antícuísimas pinturas.

Realmente amables, acogedores y, sobre todo, muy orgullosos de mostrarnos su ceremonia que nos trataban de explicar en el mejor inglés que podían. Se trataba del rito de la circuncisión que aún se sigue practicando incluso cuando procesan el cristianismo. Un encuentro inesperado y fascinante.

Con los cánticos de la ceremonia resonando en nuestros oídos encaminamos nuestros pasos hacia otra zambullida en su espectacular naturaleza. El punto de partida lo marcará el Parque Nacional de Sehlabathebe, al cual llegamos a través de una sinuosa pista que de nuevo nos obliga a cruzar, con gusto, una serie de puertos de montaña. Pero en esta ocasión vamos a comprobar de una forma contundente como cuando se desata la fuerza de la naturaleza puede llegar a ser devastadora. En Quthing nos habían dicho que la pista que ahora nos proponemos recorrer había sido literalmente “borrada” del mapa, que ya no existía debido a las lluvias. Pero no nos íbamos a dar por vencidos y dar media vuelta así como así. íbamos a intentar llegar hasta donde el todo terreno y el estado de la pista nos lo permitiesen y si realmente la ruta de salida estaba cortada... pues entonces sí daríamos la media vuelta.

Mientras íbamos “treinando” por curvas que desafiaban la fuerza de la gravedad con desfiladeros de vértigo, numerosos cursos de agua cruzaban la pista. Efectivamente hace unas semanas esta pista debió de ser una pesadilla y ya hemos podido comprobar, por la cantidad de veces que tuvimos que engranar la reductora para superar tramos de roca, como la fuerza de los cauces de agua, que ahora cruzan tímidamente la pista, debieron arrasar con todo. Cada poco tiempo veíamos grandes canales, excavados en la roca por la poderosa erosión del agua, que cruzaban la pista. Es indudable que cuando llueve fuerte se reactivan todos esos canales y la pista queda cortada en infinidad de tramos puesto que la fuerza del agua cayendo en tromba desde las cumbres arrasaría todo a su paso. Definitivamente el agua constituye un pilar indiscutiblemente fuerte en la economía de Lesotho inteligentemente conducido y aprovechado.

Afortunadamente, nos ha acompañado un tiempo fantástico y aunque el avance ha sido muy lento debido al estado de las pistas, de esta forma nos ha permitido saborear cada recodo del fantástico paisaje que nos rodea. Posiblemente este tramo, desde Sehlabathebe a Rafolatsane haya sido el que más nos ha impactado. En medio de la aridez de las alturas, el río Senqu crea fértiles valles, cañones, impresionantes meandros, un paisaje que hasta nos recordó el Himalaya medio. Y la incertidumbre del estado de esta pista hace que pocos viajeros se adentren por ella y la población vive casi al margen del resto del país. Los poblados de rondavel encaramados en las laderas, el encuentro con los pobladores, las improvisadas acampadas al atardecer y una



población de sonrisa fácil y curiosidad insaciable, la convierte en un recorrido único.



En las cercanías del puerto de Matebeng, a 2.960 metros de altitud, aparece el recodo más impresionante del río Senqu (también llamado Orange) con un gran meandro que genera una explosión de vida en este valle encajado entre áridos montes. El ocaso estaba cercano así que decidimos acampar allí mismo para disfrutar el máximo tiempo posible de esta fastuosa visión. Los 2.600 metros de altitud hicieron que la noche fuese muy fría pero cuando el sol volvió a adueñarse del valle... la temperatura ascendió vertiginosamente y seguimos disfrutando del valle mientras desayunábamos tranquilamente.

El esfuerzo y no dejarnos desanimar por las informaciones fatídicas sobre la “desaparición” de la pista nos ha permitido disfrutar de unas de las rutas más sugestivas de este pequeño reino en las nubes que, tras varios puertos más hasta volver a superar los 3.200 m de altitud, nos ha conducido de nuevo al altiplano que muere abruptamente en el impactante paso de Saní. En él comenzamos la exploración de Lesotho y es también el perfecto colofón final de ensueño por “el reino en el cielo”. Tras poner en orden todas nuestras notas y fotografías, iniciaremos la ruta hacia otro reino todavía más pequeño: Swazilandia.



CRÓNICA-14  
**El Espíritu de los Zulúes.**  
(Sudáfrica, Zululandia)

Texto y fotografías: Marián Ocaña y Vicente Plédel

Un encuentro fortuito en Eshowe y vernos inmersos en unas tradiciones mucho más arraigadas de lo que nos pensábamos, han convertido Kuazulu-Natal en una auténtica sorpresa para nosotros y nos retuvo mucho más tiempo de lo esperado. Zululandia nos atraparía con sus paisajes, sus ancestrales raíces y su espíritu indestructible. Lo que iba a ser un territorio de paso hacia Swazilandia se ha convertido en una etapa de la Ruta Confines de África .

El Valle de las Mil Colinas, como las bautizó el inmortal escritor estadounidense Mark Twain cuando las visitó a



Pulsar el mapa para ampliarlo.

finales del siglo XIX , nos va a servir de transición para abandonar la zona de las montañas dragón y acercarnos a la costa del Océano Índico. La ciudad de Pietermaritzburg, con su ambiente indio y sus imponentes edificios victorianos, ya nos va adelantando en una pequeña dosis lo que nos vamos a encontrar en Durban. Una metrópoli que nada tiene que ver con sus hermanas Johannesburgo y Ciudad del Cabo. Durban tiene su propia personalidad.

Es uno de los puertos más importantes del continente africano, un centro de negocios vital para África meridional y al norte y al sur las playas serán sus protagonistas absolutas, donde el surf se convierte en el deporte rey, por las olas que el Océano Índico genera. Pero lo que la hace diferente son sus gentes, en este enclave han concurrido personas de las más singulares procedencias y por los más variados motivos. En Durban se encuentra la colonia india más numerosa de toda Sudáfrica, cuyo origen se remonta a finales s.XIX, cuando fueron trasladados desde el subcontinente indio por los ingleses para trabajar en los campos de caña de azúcar. De hecho, Mahatma Gandhi llegó con su familia en 1893. También hay una importante presencia musulmana y su imponente mezquita da fe de ello, es una de las más grandes en el hemisferio sur. Y las iglesias y los distinguidos edificios coloniales del *Down Town* evidencian un pasado muy europeo. Todo ello ha construido su presente, un encuentro de tan diferentes culturas la convierten en una metrópoli con una identidad muy particular, donde imponentes edificios a los diferentes credos brotan en sus calles.



La ciudad de Pietermaritzburg con su ambiente indio y sus imponentes edificios victorianos ya nos va adelantando en una pequeña dosis lo que nos vamos a encontrar en Durban.



En Durban todo son contrastes, edificios clásicos y coloniales frente a los más modernistas; jardines luchando contra una mar de asfalto; el orden británico enfrentado a la espontaneidad de los mercados.



Al norte y al sur de Durban las playas serán sus protagonistas absolutas, donde el surf se convierte en el deporte rey, por las olas que





Pero nosotros hemos dirigido nuestra atención hacia dos destinos muy diferentes entre sí. Zululand, la tierra de los zulúes, y el estuario de Santa Lucía, Patrimonio Mundial de la Humanidad por la UNESCO.

A finales del siglo XIX las guerras entre zulúes, boers y británicos por controlar la zona sembraron las colinas por donde ahora nos movemos de violentos episodios bélicos. El fuerte de Nongqayi levantado en 1893, que ahora aloja el Museo Histórico de Zululand, es un testigo significativo de aquella bélica época. Pero en estos momentos nos centraremos en el presente para comprobar de primera mano como los zulúes del siglo XXI siguen orgullosos de todas sus tradiciones y las perpetúan en sus tierras. Tan sólo 26 kilómetros nos separaban del mar cuando llegamos a través de suaves y verdes colinas al tranquilo pueblo de Eshowe. Un lugar histórico pues fue el hogar de cuatro de los más importantes reyes zulúes.

Pero cuando llegamos al Hotel George no fue la cultura zulú la que acaparó nuestra atención en primera estancia. Lo primero que vimos fue algo tan anacrónico como un cañón arponero de un ballenero en medio del jardín. Pronto descubrimos que el motivo de la ubicación de ese arpón. El viejo George era un esquimal que cazaba ballenas y cuando llegó a la costa sudafricana descubrió este rincón en el bosque de Dlinza, se fijó en su mente y cuando llegó el momento de abandonar el mar, regresó a Eshowe para jubilarse y pasar sus últimos días... itrayéndose de recuerdo su cañón arponero del ballenero! El bar "Old George", su restaurante y su zona de piscina lo convierten en un alto obligado.

el Océano Índico genera.



Los alrededores de Eshowe lo conforman suaves y bonitas colinas verdes por las que brotan poblados y granjas zulúes.



A finales del siglo XIX las guerras entre zulúes, boers y británicos por controlar la zona sembraron de sangre las colinas por donde ahora nos movemos. El fuerte de Nongqayi, levantado en 1893, actual Museo Histórico de Zululand, es un testigo significativo de aquella época guerrera.



La asistencia a una boda zulú fue el punto álgido de nuestra ruta por Zululandia. En ella las muchachas lucen sus característicos



El Hotel George, con su atmósfera colonial, tiene en su parte posterior una zona habilitada para albergar económicamente a backpackers, entre árboles y foresta, a modo de dormitorios comunes o acampada, que es donde nos instalamos (la acampada libre es altamente desaconsejada en Sudáfrica). Una cocina común equipada, un salón de descanso y un ala del jardín con mesas y butacas hacen la vida muy agradable a *backpackers* y campistas por tan solo 8 ó 4 euros, según modalidades.



Lo que modificó nuestro itinerario y calendario de ruta fue conocer al director del hotel, Graham Chennells. Un hombre de negocios originario de esta tierra y muy involucrado con la cultura zulú. Mecenaz activo de innumerables proyectos humanitarios y de desarrollo de Zululandia, así como en la divulgación de su cultura.

atuendos zulúes de faldas de cuentas muy cortas, abalorios de llamativos colores en cuellos y brazos y los pechos al descubierto. Los hombres, por su lado, enarbolan escudos y lanzas zulúes de muy diversos tamaños, y algunos van ataviados con las vestimentas zulúes tradicionales.



El novio, a la derecha, y los "padrinos" lucen para la ceremonia de la boda la vestimenta tradicional de los guerreros zulúes.



Las danzas y cánticos rituales son uno de los aspectos más importantes de la boda y todos participan en ellas hasta acabar exhaustos.

Nos explica como los proyectos han ido creando gran cantidad de escuelas especiales, colegios, orfanatos, dispensarios y un largo etcétera que ha permitido mejorar la calidad de vida de la población local zulú. Kwazulu-Natal, estado en el que nos encontramos, es uno de los más pobres de Sudáfrica.

Graham aprendió simultáneamente el idioma zulú, afrikaner e inglés y nos cuenta con verdadera pasión todo lo que se está haciendo por el lugar. Viudo desde hace 3 años, ha convertido su propia y espectacular casa en una *guest house*, la “Chennells Guest House”. Seis de sus habitaciones son para huéspedes que busquen una gran calidad en el alojamiento. Con tantas opciones puede alojar desde mochileros hasta viajeros convencionales en las 30 habitaciones del hotel y en su casa a turistas que demandan una mayor calidad en el alojamiento conviviendo con él durante su estancia.



Lo importante para él es que cualquier persona, sea cual sea su poder adquisitivo, pueda alojarse en Eshowe y conocer a fondo, desde la capital cultural zulú, este ancestral pueblo.

En la página web [www.eshowe.com](http://www.eshowe.com) ha plasmado las “101 cosas que hacer en Eshowe, Zululand”. Hay algunas que uno mismo puede hacer por su cuenta pero para hacer las cosas más fáciles se ha creado la “Zululand Eco-Adventures”, que organiza todo tipo de actividades relacionadas con la cultura zulú. Desde trekings por el



El poblado de Shakaland da una idea exacta de lo que era un kraal zulú y muestra su modo de vida antes de ser derrotados por los ingleses tras muchos años de guerras.



La singularidad de los ritos y danzas zulúes no se han perdido, se siguen representando en eventos especiales y se pueden ver en todo su esplendor en espectáculos étnicos como el de Shakaland.



El corazón de Zululandia nos despierta con sus sensuales y harmónicas colinas tapizadas con plantaciones de cañas de

interior, visitas rurales con guía para convivir con la población, visitas a un “sangoma” (curandero), asistir a una boda zulú, pasear por los mercados, conocer las actividades de los misioneros de la zona... así hasta completar las 101.

Al día siguiente de conocerle se dirigía a una boda zulú y nos invitó a asistir con él. Llegar fue toda una aventura porque muchas aldeas y granjas se hallan muy adentradas entre las bonitas y suaves colinas de esta tierra. Serpenteando por enrevesadas pistas y pendientes avanzábamos por el interior hasta alcanzar un remoto poblado de cabañas circulares. Aunque la mayoría de la población ya viste al modo occidental, para las bodas se atavían con sus mejores galas y los participantes más directos se visten al modo tradicional zulú. Era un salto en el tiempo.

Cuando llegamos a la gran pradera que se extiende frente al poblado, el llamativo cortejo de la novia comenzaba a movilizarse mientras los hombres, casi todos con escudos y lanzas zulúes de muy diversos tamaños, y algunos ataviados con las vestimentas zulúes tradicionales, habían subido al otro lado de la colina al tiempo que entonan cánticos. Las muchachas jóvenes llevaban sus característicos atuendos zulúes de faldas de cuentas muy cortas, abalorios de llamativos colores en cuellos y brazos y sus pechos estaban al descubierto. Iban avanzando con sus bailes y cantos hacia donde se encontraba el novio acicalado con sus mejores galas zulúes y acompañado de sus “padrinos”. Los hombres también bailaban sin cesar y cantaban ante el novio. La familia del novio, a su izquierda, iba recibiendo los regalos de la familia de la novia que consistía en numerosas mantas y esteras. El novio ya había hecho la entrega del ganado correspondiente a la familia de la novia. Y los bailes y cánticos se sucedían de una forma tan natural que apenas se percataban de nuestra presencia. La alegría y las grandes risas son la tónica general todo el tiempo, alternándose con algunos actos solemnes protocolarios. Graham nos iba explicando todo el complicado ceremonial, cada detalle y su significado durante las horas que estuvimos allí... hasta que, justo antes del ocaso, regresamos a Eshowe.

El resto de los días que pasamos por la zona los dedicamos a conocer más a fondo esta cultura, visitando algunos poblados, mercados, recorriendo sus colinas o conociendo el adyacente bosque de Dlinza, un paraíso para aquellos que amen los pájaros, con un circuito aéreo para estar más cerca de las copas de los árboles. Abrirse paso por este exuberante bosque debió de ser una dura tarea para los exploradores, es una auténtica selva. De hecho, el rey zulú Shaka refugiaba en él a sus esposas e hijos cuando eran atacados durante las

azúcar.



En el Parque Nacional de Hluhluwe-Imfolozi habitan los cinco grandes (elefante, búfalo, león, leopardo y rinoceronte), además de muchos tipos de gacelas, antílopes, cebras, jirafas...



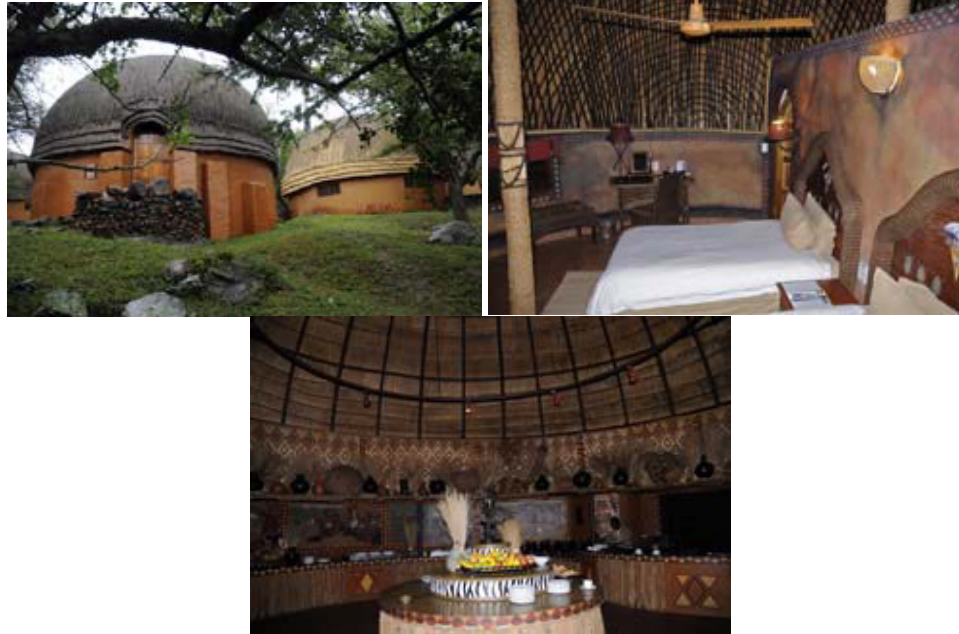
Aunque vimos a casi toda la fauna, excepto a los esquivos leones y al “casi imposible” leopardo, en esta ocasión, las estrellas fueron los rinocerontes, tuvimos muchos avistamientos y encuentros.



Las fascinantes jirafas, que han estado presentes en todos los parques nacionales que hemos recorrido, tampoco faltaron a su

numerosas confrontaciones con boers y británicos.

La boda zulú fue una experiencia genuina pero si en ese momento no se celebra ninguna se puede tener un buen contacto con las costumbres y danzas de este pueblo en Shakaland, a tan solo 14 kilómetros de Eshowe. Surgió como decorado para la mini-serie "Shaka Zulu", que narra la caída del reino zulú del rey Shaka frente a los ingleses. Con esa base nació un lodge que alberga una antigua aldea zulú fortificada (kraal) y donde un tour guiado explica todos los pormenores de la vida en la aldea. Dos veces al día hay un espectáculo de danzas y cantos zulúes muy bien interpretados, posiblemente los mejores de Zululandia. Un ala del complejo es un hotel, las habitaciones son grandes cabañas independientes al estilo zulú, de cuidada decoración y muy confortables.



Del mismo modo, el comedor, salones, bar... son de corte étnico y ornamentación zulú. Por 220 euros se disfruta de una de esas habitaciones para dos personas con todas las comidas incluidas así como todos los espectáculos y actividades.

El corazón de Zululandia nos despide con sus sensuales y harmónicas colinas tapizadas con plantaciones de cañas de azúcar y, justo antes de dirigirnos hacia el este, con un monumento muy singular en una colina del Valle

cita en el Parque Nacional de Hluhluwe-Imfolozi.



El hermoso estuario de Santa Lucía posee unos inquietantes moradores y aunque sus aguas son tentadoras... los carteles no pueden ser más explícitos.



Navegar por sus aguas resulta imprescindible, como si nos encontrásemos patrullando en pleno río Mekong pendientes de todo lo que se mueve porque, a parte de muchas aves exóticas, hay numerosos encuentros con colonias de hipopótamos y con los sigilosos cocodrilos del Nilo.



Las playas de arena blanca son otra seña de identidad de la deslumbrante costa de Santa

de los Reyes Zulúes: el Espíritu de Emakhosini. Una jarra de cerveza preside todas las cabañas zulúes, por ello el artista eligió este objeto ya que el consumo de la cerveza simboliza para los zulúes la hospitalidad y la armonía social. A su alrededor le escoltan los cuernos de siete de los animales salvajes de la región que representan a los reyes zulúes que vivieron en la zona y yacen enterrados en el valle.



Nos dirigimos de nuevo a la costa pero antes vamos a recorrer el Parque Nacional de Hluhluwe-Imfolozi, la reserva más antigua de África. Son noventa seis mil hectáreas donde se combinan la sabana abierta con la espesa jungla y que en 1895 fueron declaradas parque nacional. Tres ríos recorren su geografía y aunque es zona de malaria, debidamente protegidos no hay por qué temer lo peor. Por sus tierras habitan los cinco grandes (elefante, búfalo, león, leopardo y rinoceronte), además de muchos tipos de gacelas, antílopes, cebras, jirafas... Aunque vimos a casi toda la fauna, excepto a los esquivos leones y al "casi imposible" leopardo, en esta ocasión, las estrellas fueron los rinocerontes.



Tuvimos muchos avistamientos y encuentros, el último casi dramático cuando dos enormes ejemplares, seguramente una madre con su ya "crecido" hijo nos pasaron a tan solo medio metro del todo terreno cuando surgieron de repente al borde de la pista tras una curva cerrada justo durante el ocaso y a contraluz. Ambas partes nos llevamos un buen susto.

Lucía, pero sus aguas pueden recibir la visita de tiburones, motivo por el cual se aconseja bañarse en los puntos protegidos.



Abandonamos la vocación marinera para regresar a las pistas africanas mientras recorremos la península del Cabo Vidal, que combina la sabana con densos bosques.



Por Cabo Vidal iremos avanzando por pistas de tierra con los lagos a un lado y el océano al otro mientras vamos avistando los majestuosos antílopes kudus con sus impresionantes cuernos retorcidos, los robustos y desconfiados rinocerontes....



Pero la costa índica de Kuazulu-Natal aloja el primer entorno natural que en Sudáfrica fue declarado Patrimonio de la Humanidad: el parque de los Pantanos de la Gran Santa Lucía. Un estuario con un profuso ecosistema que se puede explorar por tierra y en barco.



Navegar por sus aguas resulta imprescindible, como si nos encontrásemos patrullando en pleno río Mekong pendientes de todo lo que se mueve porque, a parte de muchas aves exóticas, hay numerosos encuentros con colonias de hipopótamos así como mucha cercanía con los sigilosos cocodrilos del Nilo languideciendo en las orillas o deslizándose silenciosamente sobre las aguas. Es un mal lugar para caerse por la borda.



La presencia de los cocodrilos del Nilo está estimada en unos 1.200 ejemplares, la de los hipopótamos en unos 800 y se han contabilizado más de 500 especies de aves.



Los últimos rayos rojizos del sol sobre los lagos con las acacias asomándose en el horizonte nos despiden de este prodigioso entorno natural. En breve entraremos en el país más pequeño de África y uno de los tres reinos que todavía perduran en continente africano: Swazilandia.



Las actividades ofrecidas en este entorno son innumerables y empresas como Santa Lucía Safaris ofrecen desde navegaciones en barco o salidas de pesca de altura hasta excursiones a caballo, exploraciones en kayak o bicicleta de montaña, trekkings específicos para amantes de la ornitología, visita a los parques nacionales cercanos, buceo, tours culturales para conocer la cultura zulú y en determinadas épocas del año, navegaciones para avistar ballenas y delfines o acercarse a las colonias de tortugas en la playa. La pulcra Santa Lucía es un enclave realmente pequeño y resulta increíble que ofrezca tal cantidad de actividades y... noches emocionantes porque hay que andar con mil ojos, los hipopótamos tienen la costumbre de darse paseos nocturnos por sus calles y jardines y no son nada dóciles.

Al norte de Santa Lucía, recorriendo 32 Km. por Cabo Vidal, iremos avanzando por tierra con los lagos a un lado y el océano al otro mientras vamos avistando su fauna salvaje: robustos y desconfiados rinocerontes, majestuosos antílopes kudus con sus impresionantes cuernos retorcidos, guepardos recelosos e insaciables elefantes. Un regocijo para la vista y el ánimo. Las playas de arena blanca con dunas cubiertas de vegetación, algunas incluso llegan hasta los 150 metros, (son las segundas más altas con vegetación tras la isla Fraser en Australia) son la seña de identidad de su deslumbrante costa pero sus aguas están habitadas por tiburones, motivo por el cual se desaconseja bañarse, salvo en aquellos puntos donde existen mallas protectoras que impidan la entrada de los feroces escualos. Por el mismo motivo se desaconseja bañarse en el estuario donde los cocodrilos podrían presentarse sin avisar. Hay muchos carteles que avisan de los dientes que acechan bajo el agua.

Los últimos rayos rojizos del sol sobre los lagos con las acacias asomándose en el horizonte nos despiden de este prodigioso entorno natural mientras las estrellas van invadiendo el cielo ennegrecido de la noche. En breve entraremos en el país más pequeño de África y uno de los tres reinos que todavía perduran en continente



africano: Swazilandia.	
------------------------	--



## CRÓNICA-15 El Refugio del León. (Swazilandia)

Texto y fotografías: Marián Ocaña y Vicente Plédel

Eran las doce del mediodía cuando cruzamos la frontera al sureste del pequeño reino de Swazilandia. El termómetro marcaba 27°C y la actividad del puesto fronterizo era nula. En ese momento éramos los únicos viajeros que cruzaban la aduana. Llegamos a través de una pista que serpenteaba entre plantaciones de caña de azúcar. Sencillo sellado de pasaportes en ambas fronteras y sin necesidad de visado un sonriente “Welcome to the Kingdom of Swaziland” mientras la bandera del nuevo país en el que nos adentramos ondeaba levemente por una pequeña ráfaga de aire dejándonos ver el escudo y la lanza swaz estampados sobre su tela.

Comenzamos a avanzar escoltados por suaves ondulaciones cubiertas de vegetación sobre las que brotaban diminutas cabañas entremezcladas con viviendas rectangulares con techo de chapa ondulada en una atmósfera rural languideada por la temperatura del mediodía. El tráfico era nexo stente hasta que empezaron a aparecer algunos vehículos al iniciar el ascenso por el Gran Valle rumbo a los fértiles valles que se extienden entre las dos ciudades más importantes del país: Mbabane, la capital, y Manzini.

El pueblo swaz llegó a estos remotos valles huyendo del asedio de los belcosos guerreros zulúes. Consiguieron vivir en paz alejados de las disputas entre tribus y refugiarse en estos fértiles valles gracias a la pericia de sus monarcas a los cuales llamaban “Ngwenyama” que significa “león”. Después de siglos, “el refugio del león” consiguió crear un pequeño y pacífico país conocido como Swazilandia.

Este diminuto reino de poco más de 17.000 Km<sup>2</sup> se mueve entre los 400 y 1800 metros de altitud y tiene una escasa población de poco más de un millón de habitantes. Y aunque los ingleses fueron sus “tutores”, el país siguió conservando



[Pulsar el mapa para ampliarlo.](#)



Comenzamos a avanzar por Swazilandia escoltados por suaves ondulaciones cubiertas de vegetación y siguiendo el río Mkhondvo iniciamos el ascenso por el Gran Valle rumbo a los fértiles valles centrales.

la dinastía real que le había gobernado desde siglos atrás en estos bellos y fértiles valles. De hecho el actual rey, Mswati III, su monarca absoluto, es el más fiel defensor de las tradiciones que permiten preservar la identidad del pueblo swazi. Fue en el año 1968 cuando Swazilandia obtuvo la independencia de la Corona Británica pero de una forma pacífica, a diferencia de su vecino Mozambique con Portugal.

El valle de Malkerns se va a convertir en nuestro campamento base para explorar los alrededores de este pacífico país. Mientras nos familiarizábamos con el *backpackers* que habíamos elegido para acampar tuvimos un encuentro inesperado. En la sala común del alojamiento nos encontramos con un viajero español que tras preguntarnos de dónde éramos y decirle que de Ceuta, se quedó pensativo y enseguida nos dijo “me sonáis mucho, ¿no nos conocemos de antes?” y a los pocos segundos de meditar... “no seréis vosotros los de la Ruta de los Imperios?”. Agustín, que así se llama, resultó ser un viejo “camarada” que nos siguió durante nuestra vuelta al mundo con la Ruta de los Imperios y hasta nos intercambiamos varios correos electrónicos hace años, durante esa gran expedición por los cinco continentes, pero no nos conocíamos en persona. Este arquitecto de Barcelona es también un contumaz viajero, en los últimos 18 años se ha recorrido también medio mundo y lleva a sus espaldas más de 100 países visitados. Y ha sido en la desconocida, lejana y remota Swazilandia donde finalmente se han cruzado nuestros caminos. Realmente el destino es caprichoso con los lugares cuando decide provocar un encuentro. Él se ha propuesto viajar utilizando el transporte público africano desde Ciudad del Cabo al Cairo durante medio año y en estos momentos acaba de empezar. Sus andanzas están reflejadas en su blog [www.bestofplanet.blogspot.com](http://www.bestofplanet.blogspot.com). Las horas se nos pasaron volando charlando sobre nuestras vidas y viajes durante las cenas de los días que coincidimos en estuvimos alojados en el *backpackers*, siempre éramos los últimos en irnos a la dormir. Fernando Sánchez Dragó nos escribió en el prólogo de nuestro libro “Tras las Huellas de la Reina de Saba”: “**El viaje es el arte del encuentro**”. Y sin duda alguna, una vez más, se vuelve a confirmar su máxima. Encuentros así crean lazos impreciosos e igual hasta se vuelven a entrelazar nuestras rutas antes de finalizar la Ruta Confines de África porque los dos haremos un bucle por Namibia y quzás, quzás...

Hoy es día de mercado en Manzini, eso nos sumerge de lleno en el bullicioso colorido africano y nos introduce en el ambiente cotidiano de una ciudad swazi, que a pesar de ser la segunda más importante y poblada del país, tiene un marcado regusto provinciano que transmite más autenticidad. Las mujeres eran las amas del mercado regentando los puestos de frutas, verduras, adornos para la casa... pero también las clientas transportando los productos comprados en sus cabezas como si fueran modelos con un libro en la cabeza contoneando sugerentemente las caderas.

Los valles de Ezulwini y de Malkerns nos proporcionan el soplo de aire fresco de una naturaleza que siempre ha estado presente en todos los aspectos de la vida de los swazis y que ahora se ha convertido en una fuente de ingresos importante. Por el valle de Ezulwini, el Valle del Cielo, se despliegan colinas de lujurantes colinas una vegetación



Swazilandia es una monarquía absolutista y todo gira entorno al rey. El actual monarca, Mswati III (a la derecha en uno de los muchos carteles que engalanaron las ciudades el día de su cumpleaños) es el 2º hijo de los 67 que tuvo su padre, Shobuza II (a la izquierda), bajo cuyo reinado obtuvo Swazilandia la independencia en 1968.



Hoy es día de mercado en Manzini, eso nos sumerge de lleno en el bullicioso colorido africano. Las mujeres eran las amas del mercado regentando casi todos los puestos.



Un alto en el valle de Malkerns, en la riberita del pantano Luphohlo.

subtropical que ha comenzado a verse urbanizada con numerosas *guest houses*, hoteles y *lodges*.

Nos adentramos por la reserva de Mantenga, su río, cascadas y la *Roca de Ejecución*, coronando la montaña más alta, crean el marco perfecto para la recreación de un poblado fortificado swazi. La Roca de Ejecución hace un siglo fue escenario de una lapidaria ley porque desde ella se ejecutaban por despeñamiento a aquellas personas acusadas de brujería, adulterio y asesinato arrojándolas desde la cima. Paseando por el poblado se conocen las raíces de este curioso pueblo y el atractivo espectáculo de danzas tribales y cánticos nos permite hacernos una idea de las representaciones tradicionales swazis que se celebran en los festivales más significativos del año. Una de las más importantes se celebra en diciembre, son los tres días de la ceremonia sagrada del Ncwala, en la que el rey permite a sus súbditos consumir las primeras cosechas. El Umhlanga simboliza la unión del pueblo swazi y se celebra en agosto. Las chicas en edades casaderas y vestidas con sus mejores galas danzan ante el rey y una de ellas será elegida como nueva esposa. En Swazilandia la poligamia es una práctica legal, al igual que entre los zulúes, y el rey tiene en la actualidad 13 esposas. No obstante, el soberano actual ha protagonizado algunos capítulos muy polémicos, especialmente en sus decisiones matrimoniales, ya que en su reino la poligamia es un derecho indiscutible pero es cada vez más cuestionado. Debido a la plaga de SIDA que azota el país (con el 39% de la población adulta infectada es el mayor porcentaje de África), en el 2001 se impuso una moratoria de cinco años prohibiendo los matrimonios con adolescentes pero dos meses después de nacer esa ley... el monarca se casa con una chica de 17 años, sería su 9ª esposa. Se limitó a pagar la multa y más adelante anuló la ley antes de cumplirse el plazo fijado. Aun así nadie cuestiona la monarquía, hasta los reformistas quieren conservar la monarquía pero quieren que sea constitucional y no absoluta, como es actualmente.

Llegamos a Lobamba, centro espiritual y cultural del Reino donde reside el actual rey Mswati III y donde se ha levantado un mausoleo en honor al rey Shobuza II (su padre), uno de sus reyes más queridos y bajo cuyo reinado se obtuvo la independencia. Las colinas de Dlangeni, con un perfil a 1.200 metros de altitud, son el telón de fondo de la joven e impersonal capital, Mbabane, que fue creada en 1903 cuando Swazilandia se convirtió en protectorado bajo mandato Británico. Ascendiendo desde el valle de Ezulwini hacia la capital, desde las colinas de Malagwane se pueden divisar los picos gemelos bautizados como "Pechos de Saba". El autor de "Las Minas del Rey Salomón", J. Rider Haggard, viajó a Swazilandia en 1880 como secretario de Sir Theophilus Shepstone y se cree que se inspiró en estos picos para escribir su famosa novela. La leyenda cuenta que en estos picos se halla el emplazamiento de las minas del Rey Salomón. Ciertamente se trata de una fantasía pero se presta a dejar jugar a la imaginación con esa romántica posibilidad.

No obstante, la realidad de este recorrido es que hasta que se construyó la carretera de doble vía, la estrecha y sinuosa pista que unía Mbabane con el Valle de Ezulwini estaba inscrita en el Libro Guinness de los Records como la carretera con más accidentes registrados del mundo. Tomaremos las curvas con la máxima precaución posible.



Atardecer sobre el valle Ezulwini, el Valle del Cielo.



Los caprichos del destino. En la desconocida, lejana y remota Swazilandia cruzamos nuestro camino con otro gran viajero: Agustín. Éramos viejos "camaradas" sin saberlo, nos siguió durante nuestra vuelta al mundo con la Ruta de los Imperios y hasta nos intercambiamos correos hace años pero no nos conocíamos en persona... hasta llegar a Swazilandia.



Nos adentramos por la reserva de Mantenga, inmerso en este lujurioso valle se ha recreado un poblado fortificado swazi que permite conocer las raíces de este curioso pueblo.

Por el fértil valle de Malkerns seguimos recorriendo la geografía swazi donde los ríos van horadando un terreno que se presta fácilmente a ello. Aunque durante los años 2004 y 2005 la fuerte sequía que padeció el país provocó un plan de emergencia para abastecer a más de la cuarta parte del país de aquellos alimentos que escaseaban alarmantemente.

El noroeste de Swaziland ha sido desde tiempos inmemoriales una zona minera. De hecho, en Ngwenya se ubica la mina más antigua del país, se remonta a 40.000 años antes de Cristo. Pero en épocas más recientes, a finales del siglo XIX, se encontró oro más al norte y se crearon poblaciones como Pigg's Peak, cuya mina de oro cerró en 1954 sin generar grandes fortunas como en Sudáfrica. Bulumbe fue otra de estas poblaciones mineras a la cual accedimos por una pista montañosa muy accidentada y resbaladiza debido a un tempestivo aguacero. Con la tracción engranada vamos mordiendo el firme arcilloso entre un bosque de pinos, eucaliptos y marulas, árbol autóctono con un fruto de color amarillo con cierto componente embriagador que, se dice, pone "p r p" a los elefantes porque les encanta. De hecho, el licor más famoso de Sudáfrica es el "Amarula" (en la etiqueta hay un elefante "contento") y su mermelada típica está hecha también con este fruto.

Nos acercábamos a Bulumbe sin saber exactamente lo que íbamos a encontrar. La información era muy vaga: pueblo fantasma, minas selladas, población descendida tras la depresión económica, una compraventa del pueblo entero por parte de unos empresarios swazis, infraestructuras inexistentes, abandono por parte del gobierno... Todo entremezclado y muy ambiguo, ¿cómo resistirse a una tentación así? Nuestra curiosidad nos hizo girar al oeste al llegar a Pigg's Peak y comenzamos a ascender por sus boscosas colinas.

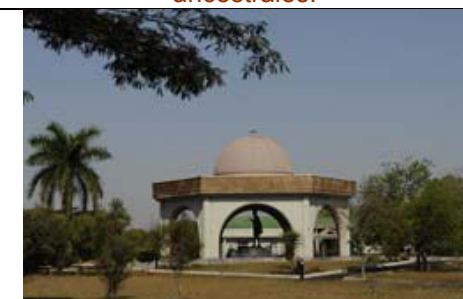
La entrada a Bulembu era algo deprimente porque nos encontramos de bruces con las casetas abandonadas tras el cierre de la mina del siglo pasado. Pero en la siguiente curva apareció gente en las calles y en las colinas circundantes se veían las antiguas casas con jardines cuidados a sus alrededores. El pueblo estaba renaciendo de sus cenizas y las antiguas residencias del gerente y del director de la mina habían sido restauradas y convertidas en un *lodge* al más puro estilo "british", con sus jardines de césped exquisitamente cuidado, setos bajos, terrazas de varos naves, mesas con sillas bajo los árboles... Todo muy recogido pero extremadamente acogedor y que por 20 euros por persona permite alojarse rodeado de este soberbio entorno montañoso. El renacer de Bulembu, su nuevo corazón, ha sido este alojamiento y con este epicentro se está extendiendo lentamente el renacer de este enclave destinado a una muerte lenta desde hace decenas de años.



Dominando el entorno de la reserva Mantenga se encuentra la *Roca de Ejecución* que, coronando la montaña más alta, hace un siglo fue escenario de una lapidaria ley que ejecutaba a los reos por despeñamiento.



Las tradiciones swazis se han perpetuado de modo oral y mediante sus cánticos y danzas. El poblado de Mantenga permite un buen acercamiento a las tradiciones más ancestrales.



Llegamos a Lobamba, centro espiritual y cultural del Reino donde reside el actual rey Mswati III y donde se ha levantado un mausoleo en honor al rey Shobuza II (su padre), uno de sus reyes más queridos, bajo cuyo reinado se obtuvo la independencia.



realmente otro mineral, el asbestos (una especie de amianto), el que motivó la creación de Bulumbe en el año 1936, convirtiéndose en la quinta mina de asbestos más grande del mundo. Aunque muy próspera, no se crearon gigantescas fortunas pero la mina estuvo en activo durante más de medio siglo hasta que se cerró definitivamente. Para acelerar la destrucción y sortear las colinas circundantes se llegó a construir un funicular de 23 kilómetros largo para hacer llegar, a través de la ondulante orografía, el preciado mineral hasta la localidad sudafricana de Barberton. De los 10.000 habitantes que llegó a albergar en su momento más álgido, apenas quedaban cien personas a principios del s. XXI. El enclave, abandonado a su suerte y sin ningún tipo de suministros ni facilidades se convirtió en un pueblo fantasma condenado a ser borrado del mapa.

Pero en el año 2003, dos ricos empresarios swazis compraron el pueblo y las colinas circundantes con propósitos inversores pero el proyecto económico fue erróneamente calculado y en tan solo unos meses se comprobó que no era viable. Ante esta “nueva muerte”, uno de los socios compró la parte del otro y donó todo a la gente. La posibilidad de ser partícipe del renacer de algo “muerto” generó gran interés en la comunidad cristiana y se llenó de voluntarios dispuestos a trabajar y poner sus especialidades al servicio de este renacimiento. Así aparecieron desde médicos y arquitectos hasta jarderos y contables, pasando por altruistas voluntarios que se han puesto al servicio de la comunidad.

Ya tienen una industria maderera, producen carbón vegetal y está en pleno proceso la producción de miel, elaboración de artesanía, una planta para productos lácteos y se pretende abrir una envasadora de agua mineral para comercializar las cristalinas aguas que se deslizan por sus laderas. El lodge también colabora a este renacer y hasta que la producción sea a mayor escala, su tienda ofrece los productos de la zona y su hospedaje un hermoso lugar donde pasar unos días y explorar los alrededores, a pie o a caballo porque aquí se halla el punto más alto del país, el monte Emlembe, que con sus 1863 metros se erige como el techo del país. ([www.bulembu.org](http://www.bulembu.org), [www.bulembucountrylodge.com](http://www.bulembucountrylodge.com)).

El objetivo de la reactivación de la economía es que no desaparezca el pueblo y a la par... acoger a cientos, quizás miles, si todo sale bien, de niños huérfanos debido a la lacra más devastadora de Swazilandia: el SIDA. El país tiene poco más de un millón de personas y el 20% de su población es huérfana, la mitad de ellos bebés y niños pequeños. El programa del gobierno apenas sirve para atender a millones y las asociaciones cristianas y ONGs, con voluntarios llegados de lugares tan dispares como Estados Unidos o Taiwan, se han propuesto que continúen al futuro con esperanza. A medida que se van generando fondos se van rehabilitando los antiguos edificios y casas para convertirlos en orfanatos. Nos muestran orgullosos enormes casas restauradas que ya alojan a decenas de huérfanos y nos llevan a un flamante colegio a punto de ser inaugurado.

Tras varios días en este centro de optimismo ha llegado el momento de partir. Avanzaremos entre las verdes colinas



La entrada a Bulembu era algo deprimente al encontramos de bruce con las casetas abandonadas tras el cierre de la mina hace decenios. Pero en la siguiente curva apareció gente en las calles y en las colinas circundantes se veían las antiguas casas con jardines cuidados a sus alrededor.



El pueblo está renaciendo de sus cenizas y las antiguas residencias del gerente y del director de la mina han sido restauradas y convertidas en un lodge al más puro estilo “british”, con sus jardines imponentes.



En otra ladera aparecen los alojamientos básicos de los mineros de antaño. Un ordenado enjambre multicolor que se va rehabilitando para los trabajadores que van llegando a medida que Bulembu se regenera.

septentrionales cortadas por limpios ríos y haremos un último alto importante antes de abandonar Swazilandia. La fauna salvaje no podía estar ausente en este pequeño trocito de África y nos adentramos en el parque de Hlane (que significa "Jungla"), antaño fueron los antiguos terrenos de caza del monarca pero ahora es un área protegida. El parque está muy bien organizado y mantenido. Con diversas posibilidades de alojamiento en su interior, desde grandes *cottages* y muy confortables *rondavels* hasta la acampada con zona para barbacoas. No hay electricidad pero la cocina del campamento y los baños, cuando llega la noche, están iluminados con quinqués de alcohol que le dan un ambiente muy rústico y se tiene de fondo los gruñidos, rugidos, trinos, silbidos, zumbidos... de toda la fauna salvaje que puebla el parque. Un abrevadero al lado del campamento permite disfrutar de la visión de ver como se acercan, espontáneamente y en cualquier momento, los animales salvajes a beber. Un grupo de hipopótamos eran los que se encontraban retozando en el agua cuando llegamos nosotros. Pero las estrellas de nuevo fueron los rinocerontes al encontrarnos con cuatro de golpe, uno de ellos una cría que no se separa de su progenitora. Los tuvimos a escasos metros de distancia, así como a varios elefantes que comían placidamente de los árboles. Un recinto aparte alberga a los leones y por todos lados nos iremos encontrando todo tipo de antílopes y gacelas y hasta cebras.

Con las imágenes de la fauna salvaje que habita en el reino más pequeño de África nos encaminamos a Mozambique, antigua colonia portuguesa que tras una cruenta guerra por la independencia y un posterior sangriento conflicto civil, lleva quince años intentando remontar el país. Unos dicen que está muy tranquilo, otros que hay mucha inseguridad, otros que la policía son los peores del mundo... En breve lo veremos con nuestros propios ojos.



El objetivo de los voluntarios de Bulembu es doble, por un lado salvar el pueblo y por otro acoger a miles de niños huérfanos que han quedado debido a la mayor lacra de Swazilandia: el SIDA. A medida que se van generando fondos se van rehabilitando casas y edificios para convertirlos en orfanatos. Esta flamante escuela es su último logro.



Tras varios días en este centro de optimismo ha llegado el momento de partir, avanzaremos entre las verdes colinas septentrionales cortadas por cristalinos ríos, algunos de ellos superados por básicos firmes de hormigón.



Las rondavel (cabañas circulares africanas) forman parte de la herencia cultural swazi y hasta las granjas más modernas siguen levantando esta tradicional construcción.





Haremos un último alto importante antes de abandonar Swazilandia porque la fauna salvaje no podía estar ausente en este pequeño trocito de África y nos adentramos en el parque de Hlane (que significa “Jungla”). Eran los antiguos terrenos de caza del monarca, ahora convertido en área protegida donde se puede tener la fortuna de encuentros con rinocerontes y elefantes.



En la época seca, las lagunas rebosan de vida y las gacelas y antílopes aparecen constantemente para abreviar. Más espaciados... elefantes, rinocerontes, cebras...



Con las imágenes de la fauna salvaje que habita en el reino más pequeño de África cruzamos un bosque devastado por los elefantes y nos encaminamos hacia Mozambique, antigua colonia portuguesa que tras una cruenta guerra por la independencia y un posterior sangriento conflicto civil, lleva quince años intentando remontar el país.



**CRÓNICA-16**  
**La Novia del Océano.**  
(Mozambique)

Texto y fotografías: Marián Ocaña y Vicente Plédel

Hacia meses, desde que partimos de Angola, que no oíamos el meloso y suave acento portugués. Esa entonación envuelve todas las ventanillas por la que vamos pasando mientras sellamos nuestros documentos y emiten el visado mozambiqueño. Esta nueva frontera es muy activa pero al mismo tiempo tranquila y ordenada... pero fue poner una rueda en la carretera que nos conducía a la capital, Maputo, y la tranquilidad y orden de la burocracia fronteriza se torno en una carrera atropellada por demostrar quien podía cometer la mayor insensatez y tropelía al volante.



Pulsar el mapa para ampliarlo.

Para empezar la velocidad de los conductores era suicida como si alguien les hubiera cortado los cables del freno y no pudieran controlar los vehículos. Los adelantamientos eran de infarto, con escaso espacio para maniobrar y evitar que colisionáramos unos contra otros... hasta que ese fatídico momento se materializó kilómetros después, cuando un suicida adelantamiento de un camión hizo que una furgoneta se estampase contra él. El impresionante accidente de tráfico genera el caos durante un buen tramo y nos deja muy mal cuerpo. Era la primera vez que sentíamos esa inseguridad viaria tras muchos meses moviéndonos por África Austral.

Otro ingrediente “especial” lo aportaban las famosas ”chapas” (minibuses colectivos), con sus inesperados y bruscos frenazos en seco cuando menos lo esperábamos para bajar o recoger a los pasajeros al borde del camino, sin olvidar que... seguimos conduciendo por la izquierda. A diferencia de Angola, que también ha sido colonia portuguesa durante más de cuatrocientos años, Mozambique no ha elegido el lado europeo de conducción, ha adoptado por la conducción a la izquierda bajo la influencia de sus vecinos, que heredaron esa costumbre de sus colonos sajones.

La bahía de Delagoa acoge en su seno a la histórica ciudad de Maputo, antaño Lourenço Marques. A pesar de haber transcurrido 17 años desde que se firmaron los acuerdos de paz podemos comprobar lo lentamente que avanza la reconstrucción del país. A través de los edificios que configuran la fisonomía de la capital vamos a ir pasando las páginas que escribieron su historia a través de los siglos y conocer un poco más su pasado y presente. El recuerdo de los casi quinientos años de presencia portuguesa se hace patente cuando nos acercamos a la flamante Estación de Tren y la Casa del Ferro (ambas diseñadas por el estudio de Gustav Eiffel, el famoso diseñador y constructor de la mundialmente conocida torre parisina), el Ayuntamiento o el Museo de Historia Natural también atrae nuestra atención y nos sigue refrescando la memoria. Con los horribles edificios al más puro estilo soviético, mamotretos de hormigón que envejecen decrepitamente, verificamos otro episodio de un pasado más reciente que está marcando su presente y futuro.

Pero el sabor puramente africano, como siempre, nos los proporcionan los improvisados y bulliciosos mercados que, para el Ministerio de Sanidad, debe ser como los agujeros negros del Universo: un misterio insondable. Seguimos recorriendo calles con nombres tan familiares como Calle de Vladimir Lenin, Calle de Mao Zedong (Mao Tse Tung), Plaza de Robert Mugabe.... que pone de manifiesto la ideología que reina por



El recuerdo de los casi quinientos años de presencia portuguesa se hace patente en Maputo cuando se vislumbran llamativos edificios coloniales como la flamante Estación de Tren (diseñada por el estudio de Gustav Eiffel, el famoso diseñador y constructor de la mundialmente conocida torre parisina).



El Museo de Historia Natural también atrae nuestra atención y nos sigue refrescando la memoria con el pasado portugués.



Su pasado más reciente queda en evidencia con nombres tan familiares como Calle de Vladimir Lenin, Calle de Mao Tse Tung), Plaza de Robert Mugabe, poniendo de

estos lares desde las últimas décadas. Además de los sonoros nombres, las calles están amenizadas por socavones mutantes... sí, van mutando a las más variadas y sorprendentes formas y tamaños. El servicio de limpieza actúa con bastante laxitud mientras el típico caos de los mercados callejeros continúa invadiendo la atmósfera. Pero cuando se pone el sol, la ciudad se silencia y las calles no son nada seguras, se nos aconseja tomar las máximas precauciones si hemos de desplazarnos tras el ocaso. Eso no impide que la animada vida nocturna de Maputo sea legendaria por sus locales donde la música jazz, afro y brasileña se fusionan de un modo singular.

Los sólidos cimientos de su fortaleza todavía se encuentran presentes en la ciudad, durante siglos defendieron esta bahía que ahora resulta atractiva por sus playas de arena blanca. Y son las aguas que acarician tenazmente sus playas las que marcaran el ritmo de nuestras próximas jornadas por la costa mozambiqueña.

Aunque Mozambique posee un interior fascinante, la verdad es que es un país que siempre ha centrado su vida mirando al mar, como una novia enamorada que sólo tiene ojos para su amante. La mayor parte de su población se ha instalado en su franja costera, las mayores ciudades se encuentran bañadas por el océano Índico y hasta su incipiente mercado turístico lo están encaminando hacia sus espectaculares playas. Estas mismas aguas depositaron en las orillas de su costa a comerciantes árabes, navegantes y exploradores portugueses... que fueron dejando en el transcurso de los siglos su legado.

Cuando el explorador portugués Vasco de Gama arribó a la costa Mozambique en el siglo XV, allá por el año 1498, y tuvo un primer contacto con sus pobladores los encontró tan acogedores y amables que denominó la zona con el nombre "terra da boa gente", tierra de la buena gente. Durante el transcurso del siglo XX, casi quinientos años después, portugueses y mozambiqueños se enfrentaron en una horrible guerra para luchar por su Independencia para, una vez conseguida, precipitarse hacia una espantosa y fratricida guerra civil. La paz de 1992 marcó el fin de casi 30 años de guerras.

Cuando dejamos Maputo seguimos el ritmo marcado por una ruta perfilada por su sugerente y frondosa costa donde las acacias y mopanes nos señalan el camino durante cientos de kilómetros hasta que un espectacular mar de cocoteros impregna, con sus vigorosas palmeras verdes, la ruta por la que nos deslizamos. El canal de Mozambique crea penetrantes y sugestivas ensenadas donde los pescadores arriban con sus canoas. Sus fuertes y robustos brazos reflejan las duras jornadas que han dedicado a izar y arriar las redes que no siempre

manifiesto la ideología que reina desde las últimas décadas. Despuntando sobre las casas bajas coloniales, mamotretos de hormigón de corte soviético envejecen decrepitamente.



Pero el sabor puramente africano, como siempre, nos los proporcionan los improvisados y bulliciosos mercados.



A parte de esquivar su corrupta policía, el otro gran desafío de avanzar por Mozambique son sus carreteras. La mayoría no han sido reparadas tras decenios de guerras y en muchos tramos es mejor circular por sus márgenes de tierra.



Aunque Mozambique posee un interior fascinante, siempre ha centrado su vida mirando al mar, como una novia enamorada

se han llenado de peces. Cuando nos ven acercarnos sus resplandecientes sonrisas iluminan sus rostros y nos saludan y hacen gestos para que nos acerquemos a sus barcazas.

El tráfico con adelantamientos suicidas que encontramos el primer día cuando cruzamos la frontera se ha esfumado gracias a que ha descendido drásticamente la circulación de vehículos, tan solo hemos de estar pendientes de las imprevisibles “chapas”, furgonetas que hacen las funciones de transporte público. Pero no hay que relajarse, esta sugerente ruta va a contar con la presencia de dos condicionantes. Por un lado evitar que la policía nos parase para ponernos alguna multa inventando cualquier excusa (redondean el escaso sueldo que cobran con multas ficticias) y por otro lado sortear los boquetes de aquellos tramos de la carretera que aún no han rehabilitado.

El primer punto es peliagudo porque la policía mozambiqueña tiene fama de ir a la caza del extranjero y eso nos puede poner las cosas difíciles durante nuestro avance teniendo en cuenta los miles de kilómetros que tenemos que recorrer por este gran país. Los radares se han convertido en la “estrella” de las carreteras del sur y, apostados estratégicamente, esperan pacientes que los conductores cometan el más mínimo desliz apretando el acelerador. Como pescadores en una laguna repleta de peces, los policías sólo tienen que esperar a que vayan “mordiéndolo” y así, alternando las multas verdaderas con las “perdonadas” con una mordida, van embolsando buenos fajos de billetes. Como son “radares de pistola” no hay recurso posible porque no hay prueba fehaciente de la infracción, es el agente el que dice que se iba a una velocidad o a otra y no hay nada que debatir. Eso hacía que mientras recorríamos el sur, siempre que hubiese tráfico, intentásemos ir detrás de vehículos que enmascarasen nuestro vehículo, que desde lejos se vislumbraba que era extranjero. Con esa táctica nos libramos de todos los controles.

Por otro lado, la carretera que bordea la costa está en su gran parte recientemente asfaltada y en la mayoría de los tramos ya se han pintado las rayas. Pedro todavía quedan algunos tramos por repasar, que nos obsequian con un variado muestrario de amenazadores socavones y maltrechos arcenes que parecen haber sido arrancados a bocados. Mozambique tiene 801.590 km<sup>2</sup> y cada vez que nos trasladamos de un punto a otro puede suponer cientos de kilómetros, no eran raras las jornadas de más de 500 kilómetros.

Por fin llegamos a Inhambane, uno de los asentamientos más antiguos de Mozambique y que nos cautivó nada

que tiene ojos sólo para su amante.



Por fin llegamos a Inhambane, uno de los asentamientos más antiguos de Mozambique y que nos cautivó nada más llegar con sus vistas, puerto, calles sosegadas y edificios coloniales bien mantenidos.



Nos tropezamos con su pasado y presente musulmán en sus mezquitas y, por la costanera, cuando vemos las velas triangulares de las tradicionales embarcaciones árabes, “dhows”, blandidas por la brisa del Índico.



A los comerciantes árabes, Inhambane les sirvió de escala desde el siglo XI y cuando se establecieron los portugueses, se convirtió en

más llegar con sus vistas, puerto, calles sosegadas y edificios coloniales bien mantenidos. A los comerciantes árabes les sirvió de escala desde el siglo XI y cuando se establecieron los portugueses, se convirtió en un puerto de máxima importancia para el comercio del marfil y la trata de esclavos. Con la abolición de la esclavitud a finales del s. XIX la ciudad entró en decadencia. En este apacible rincón de la costa podemos percibir la mezcla de sus orígenes. Nos tropezamos con su pasado y presente musulmán en sus diminutas mezquitas y, por la costanera, cuando vemos las velas de las tradicionales embarcaciones árabes, “dhows”, blandidas por la brisa del Índico. El recuerdo portugués lo encontramos en la vieja catedral y las casitas coloniales levantadas por amplias avenidas llenas de árboles de hinchidas copas que proporcionan una reconfortante sombra en la estación calurosa. Los niños se zambullen revoltosamente en las orillas de la playa mientras sus padres recogen las velas de sus viejas embarcaciones y sus madres terminan de acarrear sobre sus cabezas los barreños de la colada.

Unos 20 Km. después, la pequeña península que forman las playas de Tofo y Barra, son un delicioso paraje junto a humildes poblados de aldeanos que sobreviven vendiendo con paciencia el fruto de sus huertos (tomates, pepinos, lechugas), los frutos del mar como gambas y pescados y recuerdos elaborados con madera. Al hablar portugués se simplifica la comunicación y podemos hacernos con las provisiones necesarias para la cena.

Las mareas en esta zona del mundo producen un espectáculo sorprendente. El mar apenas deja un pequeño sendero en la playa para pasear en el momento que la marea está más alta. Pero cuando inicia su descenso, las arenas que el agua había cubierto asfixiantemente horas antes comienzan a emerger y recuperar el terreno perdido formando un entrelazado mosaico de jirones de arena y agua que con las luces del atardecer forman una paleta de colores amarillos, rojizos y morados impresionantes. Este hermoso espectáculo lo contemplábamos cada día que permanecimos acampados en la playa que alberga la aldea de Tofo.

La playa de Barra, su vecina al otro lado de la península, carece de la presencia de aldeas y nos adentramos por un litoral repleto de calas de arena fina y palmeras. Tras la paz, el privilegiado enclave se está convirtiendo en el gran atractivo turístico de la zona y se están levantando a marchas forzadas toda una serie de atractivos complejos que quieren convertirse en los impulsores económicos de toda la zona. Ya se trate de palafitos sobre la playa o cabañas de estilo tradicional, todas con las comodidades de los tiempos modernos, se

un puerto de máxima importancia para el comercio del marfil y la trata de esclavos.



Unos 20 Km. después de Inhambane, la pequeña península que forman las playas de Tofo y Barra es un delicioso paraje junto a humildes poblados.



Pero la característica principal de la península atrapada entre Tofo y Barra son sus espectaculares y solitarias playas. La playa de Barra (en la foto) nos deleita con un litoral repleto de calas de arena fina y palmeras.



Atardecer en Tofo, un hermoso espectáculo que disfrutábamos cada día que permanecimos acampados sobre sus arenas.

convertirá en breve en uno de los puntos claves del nasiente turismo mozambiqueño, con la gran ventaja de tener la acogedora y romántica Inhambane muy cerca.

Para llegar a Vilankulos hemos recorrido una etapa de 300 agotadores kilómetros pero que nos ha situado en otro idílico rincón ubicado frente al privilegiado Archipiélago de Bazaruto, un enclave no en balde conocido como las Islas del Paraíso. Así pues, tras establecer un nuevo campamento nos duchamos, cambiamos de ropa y al atardecer nos sentamos perezosamente sobre la arena de la playa mientras el viento sopla sobre unas altivas puntas de flecha que apuntan al cielo y las hacen fluir sobre el océano. Son las velas de los "dhow", la herencia marinera de los antiguos árabes que sigue estando presente sobre las aguas del Índico para hacernos sentir en un lugar especial mientras contemplamos los últimos destellos del sol sobre las serenas aguas del océano.

Pero hasta aquí es donde llegan la mayoría de los viajeros que comienzan a interesarse por Mozambique. A partir de ahora comenzaremos nuestro ascenso hacia el centro y norte del país por donde pocos viajeros se dejan ver. Kilómetro a kilómetro comprobamos que las obras de reasfaltado están centradas en los ejes principales del país pero los ejes secundarios siguen siendo pistas polvorientas de tierra intensamente roja que en los tramos más secos nos origina una espesa estela de polvo que se va colando poco a poco por cada recoveco de nuestro vehículo y se van posando sobre nuestros cuerpos. Mientras conversamos nos vamos dando cuenta como nuestra boca está cada vez más pastosa y nuestros dientes rechinan de vez en cuando. El polvo es como un espectro maldito que irrumpe impunemente en nuestro habitáculo de cuatro ruedas de forma implacable y palpable.

Pero el impertinente polvo se vuelve un mal menor cuando debemos evitar transitar por pistas minadas. A pesar del tiempo transcurrido desde que acabó la guerra no debemos olvidar que, durante los decenios de contiendas bélicas, el país se sembró millones de minas antipersonales y, según la ONU, todavía quedan más de tres millones de minas enterradas. La falta de infraestructura hospitalaria en las zonas rurales, áreas que prácticamente configuran al país, tiene como resultado la muerte de muchas personas que no pueden ser atendidas inmediatamente tras producirse la explosión aún cuando consiguen sobrevivir a la misma. Un drama real y cotidiano. Por ello nos advierten de no tomar pistas secundarias donde su seguridad sea dudosa.

Alcanzar Beira desde Vilankulos fue una dura etapa de más de 500 kilómetros que nos permitió seguir



Tras los mercados, los ríos son los focos de mayor aglomeración. La ausencia de conducciones de agua hace que las aldeas dependan de los cursos de agua dulce para aprovisionarse de agua y hacer la colada.



Vilankulos, aunque posee su propia franja de playa, representa el punto de embarque hacia el privilegiado Archipiélago de Bazaruto (al fondo), conocido como las Islas del Paraíso.



A partir de Vilankulos pocos viajeros se dejan ver. Kilómetro a kilómetro comprobamos que las obras de reasfaltado están centradas en los ejes principales del país pero los ejes secundarios siguen siendo pistas polvorientas

comprobando lo íntensamente rural y pobre que es Mozambique. Pero cuando entras en la segunda ciudad más importante del país, Beira, que cuenta con el puerto comercial más activo de Mozambique, la conmoción visual aún resulta más impactante. Para empezar nadie suele hacerse centenares de kilómetros de carretera para acercarse a ella y... lo entendemos. La mayoría de los visitantes que vienen a Mozambique sólo llegan hasta las playas de Vilankulos, en el sur. Pero sí bien Beira posee una interminable y atractiva playa, cuando empiezas a transitar por algunas de sus calles y ves muchos de sus edificios, parece que la guerra todavía no ha terminado.

Pero tampoco puedes mirar mucho tiempo seguido los edificios ajados porque hay que estar muy pendientes de los horribles socavones de sus calles, que más que desperfectos parecen cráteres lunares. Algunas empresas y bancos han comprado edificios coloniales y los han restaurado pero da la impresión que el ayuntamiento se desentiende de la ciudad... ¡y es la segunda ciudad más importante de Mozambique y su principal puerto! No es difícil imaginar a donde va a parar la ingente cantidad de dinero en impuestos que genera el puerto y las grandes empresas que aquí se han establecido.

Si a todo esto se suma que la ciudad tiene fama de ser uno de los lugares del país donde más fácilmente se puede contraer malaria, el combinado es explosivo. La profilaxis de la malaria (con Larium en nuestro caso pero hay otros tratamientos) es algo imprescindible cuando uno de mueve largas temporadas por algunas de las zonas de máxima incidencia de esta terrible enfermedad infecciosa causada por la picadura de la hembra del mosquito anofeles, que introduce un parásito en la sangre que puede llegar a causar la muerte.

Bordeando la costanera nos llama la atención un siniestro y enorme edificio, lo que antaño fue un distinguido y frecuentado hotel de lujo frente al mar ahora no es más que un espectro macabro del pasado colonial castigado por el paso del tiempo, el salitre y el más absoluto abandono. Abandonado precipitadamente por los portugueses nada más ver la inmediata e irreversible independencia de Mozambique en 1.975 se sumió en el abandono total y lleva decenios habitado por "okupas". Por las ventanas de sus antiguas elegantes habitaciones se puede ver la colada tendida y la vegetación que crece entre las grietas de sus mugrientos muros. Al caer el sol se comienza a vislumbrar por las ventanas sin vidrios las titubeantes llamas de las fogatas que iluminan sus noches sin electricidad y que atemperan la fría humedad costera. Da escalofríos.

Antiguas villas coloniales portuguesas se extienden por la costa hasta el puerto, arropadas por anchas

de tierra íntensamente roja.



Pero el agua dulce no se deja amilanar por las bellezas que baña el agua salada y muchos ríos nos deleitan con seductores paisajes que nos obligan a detenernos para contemplarlos.



Pero cuando entras en la segunda ciudad más importante del país, a la par que puerto más activo, la conmoción visual resulta impactante. Transitando por sus calles, viendo el estado de su calzada y de muchos de sus edificios, parece que la guerra todavía no ha terminado.



Algunas empresas y bancos han comprado edificios coloniales y los han restaurado pero



avenidas cuajadas de hermosos jacarandás y flamboyanes, y algunas de ellas han tenido la suerte de ser restauradas o recuperadas por ricos empresarios o miembros del partido. Si las instituciones se preocupasen de adecentar la ciudad podría... dentro de algunos años, empezar atraer visitantes. Pero por el momento ese es un sueño muy, muy lejano. Si las tres ciudades más importantes del país tienen el aspecto que tienen, no es de extrañar que el resto del país este compuesto de pequeños y humildes poblados donde la gente sobrevive del campo, de la pesca o buscándose la vida con lo que salga.

Son numerosos los cursos de agua que, como tentáculos, recorren la geografía del país, sus cursos y afluentes van generando a sus orillas escenas cotidianas intemporales. Niñas y mujeres que golpean sobre las rocas, con vehemencia y contundentes sacudidas, las deslucidas prendas de los miembros de sus numerosas familias para luego tenderlas sobre la hierba. Es duro ver a las mujeres cargadas con gigantescos barreños de ropa lavada sobre sus cabezas, al tiempo que cuelgan de sus espaldas sus bebés somnolientos por el vaivén de la marcha... bajo la inmisericorde canícula provocada por el fogoso sol.

Muchos de los numerosos cursos de ríos que sorteamos son superados por puentes que alcanzan su máximo exponente cuando nos vemos obligados a cruzar el legendario río Zambeze en Caía. Un flamante puente de 5 Km., financiado por la Unión Europea, va a ser inaugurado en dos semanas. Seremos de los últimos en tener que enlazar los dos tramos de la carretera nacional mediante el servicio de barcazas militares que el ejército ha dispuesto desde hace decenios para superar el Zambeze en este tramo. Era un servicio bien organizado pero muy lento porque tan solo hay dos barcazas en las que apenas entraban cuatro o cinco coches.

Una vez a bordo, mientras la plataforma flotante lucha contra la implacable corriente del río Zambeze en su último tramo antes de desembocar en el Índico, observamos la imponente obra de ingeniería que tantos puestos de trabajo ha generado y que unirá el norte y el sur de Mozambique.

Lo que resulta evidente es que el norte recibe muchas menos inversiones que el sur, de ello es testigo la red de comunicaciones, que nos pone a prueba tras Mocuba, una pesadilla donde se entremezclaban tramos de pista con tramos de asfalto abandonado, su denominador común: los tremendos socavones, que con la lluvia se habían convertido en pozas de profundidad misteriosa que rezumaban barro cada vez que nos metíamos en una de ellas.

en general la impresión es que el ayuntamiento se desentiende... siendo la segunda ciudad más importante de Mozambique y su principal puerto comercial.



La playa de Beira posee los restos de los bunkers que la defendían durante la guerra.



La interminable playa de Beira, sin ser de las mejores de Mozambique, sí que posee un gran potencial pero el abandono de la ciudad e instalaciones hace que su entrada en el mundo del turismo sea muy lejana.



Un distinguido y frecuentado hotel de lujo frente al mar se ha mutado en un macabro espectro del pasado, castigado por el tiempo, el salitre y el más absoluto abandono desde 1.975, cuando los portugueses partieron

Los ciclistas que llevan a sus espaldas sacos de carbón vegetal y los vendedores ambulantes que por el camino se colocan en medio de la carretera ofreciéndonos bolsas de anacardos o peri-peri (pequeños pimientos muy picantes) son más numerosos que los vehículos que nos vamos cruzando. A medida que nos acercamos a Nampula, la tercera ciudad más grande del país, comienzan a emerger unas imponentes formaciones graníticas que irrumpen abruptamente por el paisaje mesetario de bosques bajos que recorremos.

El aspecto de las calles de Nampula no resulta tan decadente como el de Beira o Maputo. Y desde ella solo nos restan 148 kilómetros para alcanzar nuestro deseado objetivo, la remota Isla de Mozambique. Sin duda alguna, esta dura etapa de 700 kilómetros por la Mozambique profunda ha merecido la pena para alcanzar esta lejana pero renombrada Isla.

Tan sólo nueve años después de haber desembarcado Vasco de Gama de camino a las Indias orientales, Isla Mozambique se convirtió en un asentamiento portugués de primera importancia y con el tiempo alcanzó el estatus de capital del África Oriental Portuguesa hasta finales del s.XIX. La construcción de barcos y el comercio fueron las actividades que la convirtieron en una próspera ciudad.

La “ciudad de piedra” es el corazón de esta pequeña isla que tiende su cordón umbilical al continente por medio de un pequeño y estrecho puente que se construyó en el año 1967. Durante tres kilómetros y medio nos obliga a desplazarnos sobre una estrecha plataforma que se encuentra a poco más de seis metros sobre el nivel del mar. Su ancho sólo permite el tránsito de un vehículo, por eso se ha habilitado cada 500 metros una especie de balcón que permite apartarse cuando se encuentran dos vehículos de frente en ese largo puente. Nuestro vehículo tiene el ancho justo para traspasar la barrera que impide que entren vehículos más grandes y pesados.

Penetramos por el extremo sur de la vetusta isla y mientras recorremos sus escasos tres kilómetros y medio podemos constatar que la isla, declarada Patrimonio Cultural de la Humanidad en 1.991, tiene un gran potencial aunque todavía queda mucho por hacer.

Sus calles son una yincana de boquetes, polvo y grietas y son pocos los edificios que han sido restaurados, algunos han sido reconvertidos en pensiones y el resto en diferentes estados de abandono pero toda la isla, a

precipitadamente ante la inminente e irreversible independencia de Mozambique.



Las “gasolineras” en el interior no siempre son convencionales. El letrero anuncia: “Tenemos gasolina, petróleo y diesel en esta barraca”.



Nos encontramos de nuevo con el mítico Zambeze. Su flamante puente de 5 Km., financiado por la Unión Europea, va a ser inaugurado en dos semanas. Seremos de los últimos en tener que enlazar los dos tramos de la carretera nacional mediante el servicio de barcazas militares que el ejército ha dispuesto desde hace decenios para superar el Zambeze en este tramo.



pesar de su estado, posee un encanto irresistible. Es precisamente su falta de infraestructuras lo que no le permite vivir del turismo y sus pobladores siguen viviendo del mar y del comercio. Conociendo Zanzibar, declarada Patrimonio cultural de la Humanidad en el 2.000, es imposible no rememorar esta atractiva isla tanzana cuando nos paseamos por las calles de la pequeña Isla Mozambique. Salvando la diferencia de tamaño, no cabe duda que será una futura Zanzibar en miniatura cuando se invierta en ella lo suficiente para rescatar sus históricos edificios y calzadas. Pero la recuperación de su esplendor pasado hará que su población se vuelque en el turismo, perdiendo parte de su identidad, como ha ocurrido en la mítica e impecable Zanzibar. Por el momento, aunque con muchos edificios abandonados y algunos desmoronados, sigue conservando ese genuino sabor añejo donde el tiempo parece haberse detenido.



Nos aproximamos a algunos de sus históricos edificios y deslizamos suavemente nuestros dedos sobre sus centenarias columnas pero constatamos que las caricias del tiempo no han sido tan consideradas y las han arañado con rabia. Sus uñas han desgarrado su piel pero también sus entrañas y los muros con enormes grietas lloran en silencio, confiando que su restauración llegue antes de su último hálito de resistencia, momento que irremediablemente provocará que se desplomen convirtiéndose en un montón de escombros,



Rostros del camino. El interior del país es casi íntegramente rural y su economía es de supervivencia.



Tras partir de Beira, las jornadas transcurren por el interior y las barcas dejan lugar a las bicicletas. Los ciclistas transportan desde toda su familia (hasta 4 personas) hasta pesados sacos de carbón.



A medida que nos acercamos a Nampula, la tercera ciudad más grande del país, comienzan a emerger unas imponentes formaciones graníticas que irrumpen abruptamente por el paisaje mesetario de

como alguno de los edificios vecinos.

Seguimos ascendiendo por sus calles de poniente y comenzamos a ver como las cabezas de los hombres se cubren con pequeños gorritos blancos, nos encontramos en el barrio musulmán y enseguida alcanzamos la mezquita de verdes muros, herencia de los árabes llegados siglos atrás. Serpenteando por otras callejuelas estrechas vamos descubriendo las impolutas iglesias católicas de blancas fachadas. Incluso cuentan con un templo hindú, tan discreto que sólo es posible identificarlo por el símbolo de Shiva en su entrada, obra de los emigrantes indios que llegaron desde Goa (India).



El rojizo y distinguido palacio de Sao Paulo, erigido en el año 1610 para alojar al gobernador, ha sido impecablemente restaurado y frente a él se levanta una estatua de Vasco de Gama mirando hacia el océano que le trajo hasta este remoto lugar. Alcanzamos el extremo norte de la isla donde se alza el indestructible fuerte de Sao Sebastiao, la fortaleza más antigua del África subsahariana y que sigue defendiéndose de su mayor enemigo: el paso del tiempo. Bajando por las calles de oriente, nos encontramos con una estatua a Luís Vaz de Camoes, (contemporáneo de Cervantes) y uno de los poetas más ilustres y aventureros de Portugal. No en balde, su obra principal "Os Lusíadas" es un poema que se centra en el descubrimiento de la ruta marítima a La India por el explorador Vasco de Gama. Su estatua parece no quitar ojo a la Iglesia de San Antonio, que se yergue en un saliente del extremo sur de la Isla.

A los pies de la Iglesia de Santo Antonio, un día a la semana se despliega un colorido y bullicioso pequeño mercado. Un mercado que no desprende caos. Mientras avanzamos por sus pasillos no sentimos el agobio ni los empujones de muchos de los mercados que ya hemos vivido en África. Todo el mundo parece poner cuidado en no tropezarse con los demás transeúntes y los vendedores anuncian su mercancía sin necesidad de los infernales gritos que al final te aturden. Hay una gran actividad y las mercancías se desplazan rápidamente

bosques bajos que recorremos.



El reencuentro con el mar, las playas y el mundo de los pescadores se produjo al llegar a la Isla de Mozambique, este remoto y mal comunicado enclave. Conocer un lugar así hace olvidar cualquier esfuerzo o sacrificio.



El rojizo y distinguido palacio de Sao Paulo, erigido en el año 1610 para alojar al gobernador, ha sido impecablemente restaurado y frente a él se levanta una estatua de Vasco de Gama mirando hacia el océano que le trajo hasta este lejano lugar.



Alcanzamos el extremo norte de la isla donde se alza el indestructible fuerte de Sao Sebastiao, la fortaleza más antigua del África subsahariana y que sigue defendiéndose de

pero nada produce desasosiego. Verduras y frutas de vivos colores incitan a ser compradas. Nos acercamos a un puesto y compramos los ingredientes necesarios para, esta misma noche, hacernos una gran ensalada y concluir la cena con una buena macedonia de frutas macerada en el vino rosado sudafricano que reservamos para los momentos de tranquilidad.

Cerca del mercado, ya en la playa, los pescadores del barrio arreglan sus redes. Mientras nuestros pies descalzos son salpicados por el agua de las olas que rompen en la orilla, los pescadores nos miran y sonríen pero al instante reemprenden sus faenas. Resulta muy reconfortante no sentirse un intruso en estos recónditos pueblos costeros. Podemos pararnos juntos a ellos mientras reparan sus redes, descargan la pesca, reparan canoas... Los niños son más revoltosos y al vernos comienzan con gritos y "posturitas de Kung Fu" para que nos fijemos en ellos pero si no se les hace caso se aplacan enseguida y simplemente se entretienen observándonos y cuchicheando.

Como cada atardecer en Isla Mozambique, nos detenemos para mirar fijamente el horizonte, el sol ríela sobre la lengua de océano que nos separa del continente creando una autopista de fuego. El espectáculo es soberbio pero son... ¡¡las cinco menos cinco de la tarde!! Cuesta creerse que la luz solar se extinga antes de las cinco. En Isla Mozambique hemos llegado al atardecer más temprano de toda la Ruta Confines de África. Y como avanzamos hacia el invierno, cada día es más corto, factor agravado al llevar semanas desplazándonos hacia el este. Los días tan enjutos nos obligan a ajustar la expedición a ese horario solar tan limitado. Pero una cosa nos anima, a partir de Isla Mozambique la ruta avanzará inexorablemente hacia el oeste, haciendo que cada día sea más largo. Hemos calculado con el GPS a qué hora se podrá el sol cuando llegemos a la occidental Walvis Bay en Namibia, punto final de nuestra larga ruta, y nos sale... ¡¡puesta de sol 1 hora y media más tarde que en Isla Mozambique!! Eso anima a cualquiera.

Isla Mozambique nos ha obligado a repetir una etapa de 600 kilómetros (entre los cuales se encuentran algunos tramos horribles de socavones, chapa ondulada y polvo) pero sin duda alguna nos ha merecido la pena alcanzar este lejano y singular enclave y conocer ese trocito intemporal de Mozambique declarado Patrimonio de la Humanidad.

De nuevo nuestro espíritu y nuestro rumbo se dirigen a un nuevo entorno: Malawi. Un pequeño país cuya vida también gira marcada por el ritmo de las olas, pero esta vez son olas de agua dulce, las de su colosal lago, casi

su mayor enemigo: el paso del tiempo.



Acampada en la playa frente a Isla Mozambique (al fondo). Fue duro llegar hasta aquí pero la recompensa es superior a todo lo imaginado. Un lugar perfecto para reponer fuerzas y preparar la siguiente etapa: Malawi.

un mar apresado en el corazón de África.



CRÓNICA-17  
**La Espada de Agua.**  
(Malawi)

Texto y fotografías: Marián Ocaña y Vicente Plédel

La llamada a la oración desde la mezquita de la ciudad mozambiqueña de Mocuba todavía flotaba en el ambiente cuando empezaron a repicar las campanas de la iglesia. Apenas habíamos descansado seis horas, tras los 700 kilómetros de carretera que ayer recorrimos desde la idílica Isla Mozambique en la costa, cuando los diversos credos religiosos que actúan en la ciudad llamaban a sus fieles a cumplir con sus obligaciones espirituales y a nosotros para de nuevo ponernos en marcha rumbo a un nuevo país: Malawi.

Tras gastar en combustible los últimos metaçáis que nos quedaban en la cartera, nos pusimos en ruta. Un amanecer brumoso se torna en dos horas en un resplandeciente domingo que llenaron de color los últimos 200 kilómetros por Mozambique. Las mujeres avanzaban por las pistas de camino rojo a los mercados para vender los diversos productos fruto de sus pequeños huertos: verduras, frutas, cañas de azúcar... los hombres lo hacían en bicicleta. Cuando alcanzamos la frontera apenas transcurrieron unos minutos para sellar el carnet de passage de nuestro vehículo y nuestros pasaportes en la frontera de Mozambique y entrar en el nuevo país con un "Welcome to Malawi" y así empezar a recorrer el noveno país de la Ruta Confines de África.



Pulsar el mapa para ampliarlo.



Un animado y bullicioso mercado diseminado a un lado y otro del camino nos acompaña en nuestros primeros kilómetros por la tierra de la antigua Nyasalandia o "Tierra del lago". Las gotas sudorosas que recorrían las caras de los mercaderes y la clientela ponían de manifiesto los más de 30°C que en ese momento marcaba el termómetro. Nos encontramos a más de mil metros pero la canícula que invade la atmósfera es sofocante.

Los corpulentos picos del macizo de Mulanje, como lomos rocosos de rinocerontes que se asoman bruscamente sobre la llanura, hacen su puesta en escena en una tarde de sol radiante y comprendemos por qué son conocidos como las Islas del Cielo. Cuando las montañas rompen la intensa bruma que se origina tan a menudo en su base, las hace emerger como islas en medio del cielo. Los bosques de biombo (sabana arbolada) que nos acompañaron durante cientos de kilómetros en Mozambique van a comenzar a ser invadidos por unos nuevos compañeros de viaje. A los pies de estas islas, las laderas están tapizadas de un extenso e infinito manto de un arbusto intensamente verde que los británicos se empeñaron en hacer brotar en estas lejanas latitudes africanas, el té. A finales del siglo XIX la colonización británica trajo desde La India los primeros brotes de té que hoy en día se han convertido en uno de los pilares de la exportación junto con el tabaco y el azúcar.



Nada más entrar en Malawi, los corpulentos picos del macizo de Mulanje se asoman bruscamente sobre la llanura. A los pies de estas islas, las laderas están tapizadas de un extenso e infinito manto de un arbusto intensamente verde que los británicos se empeñaron en hacer brotar en estas lejanas latitudes africanas, el té.



En nuestro camino divisamos algunos recolectores que descienden por los pasillos de las frondosas plantaciones con las características cestas colgadas a las espaldas donde depositan los brotes que arrancaban hábilmente de los arbustos.



Los recursos de Malawi son casi por completo agrícolas y el ambiente rural está presente a lo largo de todo el país.

En nuestro camino divisamos algunos recolectores que descienden por los pasillos de las frondosas plantaciones con las características cestas colgadas a las espaldas donde depositan los brotes que arrancaban hábilmente de los arbustos. Aquellos que habían finalizado su trabajo emprendían el regreso a casa matando el hambre a golpe de mordiscos a trozos de caña de azúcar mientras se desplazan a pie o en bicicleta y vemos como las tiras de fibras de caña descuartizadas dejan su rastro por los caminos.

Aquellos que se proponen escalar el pico más alto de Malawí, el Sapítwa con 3.002 m., tienen que tener en cuenta las impredecibles variaciones climáticas que rodean este corpulento entorno montañoso de 30 Km. de longitud de oeste a este y 25 km de norte a sur. Sobre todo con las heladas nocturnas que se producen en la época del año en la cual ahora nos encontramos y que en algunas ocasiones se ha cobrado la vida de aquellos que no han tomado nota de lo caprichosa que puede ser la montaña. Aunque estamos en mayo, es el final del otoño en el hemisferio sur y ya se nota el gélido aliento del invierno durante las noches.

El ambiente rural que nos ha envuelto en nuestras primeras jornadas por Malawí se ha tornado bruscamente en una atmósfera urbana contemporánea con retazos coloniales y la esencia africana autóctona a nuestra llegada a la histórica ciudad de Blantyre. Fue bautizada con este nombre para conmemorar la ciudad que vio nacer al explorador y misionero escocés Livingstone, en la isla de Gran Bretaña. El intenso y caótico tráfico, el horrible *downtown* y sus calles empapeladas de publicidad dejaba difícilmente recordar los orígenes de este asentamiento.

Como dos naufragos confusos en medio de un mar de cemento y humo encontramos la singular iglesia de San Miguel y Todos los Santos, edificada por unos misioneros escoceses en 1891, y la elegante y distinguida Casa Mandala del Gobernador, erigida en 1882. Esas dos balsas de historia representan los dos edificios más antiguos de Malawí y nos traslada a finales del s. XIX, cuando este lugar elegido por los misioneros escoceses atrajo la atención de los comerciantes europeos por su saludable y estratégica ubicación. La ciudad se encuentra a más de mil metros de altura, en un valle rodeado de un anillo de tres picos entre los 1.400 y 1.500 metros de altitud lo cual mantiene un poco más a raya el temido contagio de malaria, que por estos lares tantos estragos causa.

La estrecha carretera que comunica Blantyre con la antigua capital del país, Zomba, fue una pesadilla de la cual



Como un naufrago confuso en medio del mar de cemento y humo que es Blantyre, emerge la singular iglesia de San Miguel y Todos los Santos, edificada por unos misioneros escoceses en 1891.



A los pies de la Montaña Zomba descansa la ciudad homónima, una curiosa población donde el legado arquitectónico colonial se disemina por los barrios residenciales que configuran su fisonomía.



En 1859, la expedición de Livingstone recorrió el monte Zomba como nosotros ahora nos deslizamos por sus pistas donde las cascadas, arroyos y lagos salpican el



tomamos buena nota para futuras jornadas de conducción. El avance era por una cinta asfaltada pero estrecha, sin señalización, sin rayas pintadas y con un enjambre ciclistas que circulan en los bordes de los caminos. El atardecer era todavía más surrealista, los ciclistas sin luces y lo angosto del asfalto hacía imposible que se cruzasen dos coche si había un ciclista pero... nadie quería frenar, convirtiendo la conducción en un peligroso y suicida avance. Apenas nos dejan espacio para sortear a la vez a los ciclistas y a los coches que como misiles nos venían de frente. Afortunadamente el tráfico motorizado fue desapareciendo a medida que nos alejamos de la ciudad aunque las bicicletas sin luces y los caminantes seguían invadiendo la calzada de forma intempestiva. Teníamos que olvidarnos de avanzar por la noche, pero es que el sol se pone poco después de las cinco de la tarde y los días son tan cortos... que cuesta detenerse tan temprano. Pero obviamente el riesgo de sufrir un accidente es una razón contundente para ver el lado positivo de buscar refugio al atardecer. Tenemos más tiempo para trabajar con el diario de viaje, las crónicas y el trabajo fotográfico digital.

A los pies de la Montaña Zomba descansa la ciudad homónima, una curiosa población donde el legado arquitectónico colonial se disemina por los barrios residenciales que configuran su fisonomía. El núcleo de la población lo conforman una serie de destartalados edificios rectangulares de cemento pintados de colores chillones. Las bocinas y los gritos de los minibuses avisan a los futuros pasajeros que están a punto de salir, aportan el toque africano a este histórico asentamiento, que se convirtió en la primera capital del país hasta 1975, momento en que fue destronada por Lilongwe.

En 1859, la expedición de Livingstone ascendió el monte Zomba y recorrió su extensa cumbre mesetaria como nosotros ahora nos deslizamos por sus pistas donde las cascadas, arroyos y lagos salpican el entorno arbolado. El paisaje que contemplamos desde lo alto no debe distar mucho del panorama que contempló Livingstone hace 150 años. Una inmensa llanura sobre la que destacan el macizo Mulanje al sur, el Lago Chilwa al este y el monte Malumbe con sus 2.075 metros al oeste. Y desde esta simbólica ciudad vamos a dirigir nuestro rumbo hacia el "leif motive" del país, el lago Malawi, una espada de agua cuyo alargado filo baña su costa oriental y da vida a casi todo el país. Malawi no solo de debe el nombre a su lago, esa llaga acuifera en el corazón de África ha servido de freno a las invasiones del este y la generosidad de sus aguas permite una fácil subsistencia a la población que vive a su vera.

entorno arbolado.



El paisaje que contemplamos desde lo alto de la meseta Zomba no debe distar mucho del panorama que contempló Livingstone hace 150 años.



Todos los ejes principales de Malawi se encuentran asfaltados con fondos de ayuda internacional pero tan pronto nos alejamos de la "civilización" nos encontramos pistas duras y puentes "artesanales".



Los espectaculares y fantasmagóricos baobabs siguen siendo los reyes del paisaje

Un alto antes de alcanzar tan magnífico lago: el Parque Nacional Liwonde, que no se puede comparar con los que ya hemos recorrido hasta ahora pero su propia pequeñez favorece los encuentros con la fauna salvaje y posee impactantes bosques de majestuosos baobabs.



Por su sabana arbolada viven felices muchos herbívoros y los elefantes campan a sus anchas saciando su sed en las aguas del río Shire, repletas de hipopótamos y cocodrilos. El único inconveniente es la marabunta insoportable de insectos que, al atardecer, se precipitan hacia las luces que comienzan a iluminar la progresiva oscuridad vespertina. La espesa cortina de insectos que tuvimos que atravesar en el pasillo que conducía a las duchas del alojamiento donde instalamos nuestro campamento fue una auténtica pesadilla, desde que estuvimos en Laponia en verano no habíamos padecido una delirio igual. Afortunadamente, a medida que pasaban las horas se fueron apaciguando y pudimos tener una cena más o menos tranquila y no llegaron a invadir la tienda cuando nos fuimos a acostar.

Al país lo define por antonomasia el lago que lleva su nombre. Malawí “luz reflejada”, Nyasa (“lago”)... sea cual sea el nombre que lo designe ninguno puede recoger en su definición la grandiosidad de su impresionante complejión aprisionada en el corazón de África. Es el tercer lago más grande del continente, después del Victoria y Tanganica, con sus 500 km de longitud y su anchura media de 48 Km. Pero muchos estamos de acuerdo en que más que un lago es un inmenso mar atrapado entre la jungla africana. La mayor parte de sus aguas se encuentran en Malawí pero Tanzania y Mozambique también disfrutan de su presencia compartiendo parte de su costa, repartiéndose de forma equitativa el filo occidental de esta espada líquida.

El lago es el néctar del país pues a sus orillas han sobrevivido durante centurias tribus y pueblos que gracias a sus aguas podían beber, bañarse, regar sus plantaciones, alimentarse con su pesca... pero también fue la



El Parque Nacional Liwonde no se puede comparar con los ya recorridos pero su pequeñez favorece los encuentros con la fauna salvaje. Por su sabana arbolada viven felices muchos herbívoros y los elefantes campan a sus anchas saciando su sed en las aguas del río Shire, repletas de hipopótamos y cocodrilos.



Al país lo define por antonomasia el lago que lleva su nombre, esta grandiosidad aprisionada en el corazón de África.



El lago es el néctar del país, dando vida durante centurias a tribus y pueblos que gracias a sus aguas podían beber, bañarse, regar sus plantaciones, alimentarse con su pesca... pero también fue la sentencia de

sentencia de muerte de muchos indígenas y de muchos misioneros que se empeñaron en seguir los pasos de Livingstone. Fue precisamente David Livingstone quien lo redescubrió tras el olvido en el que cayó cuando en el siglo XVII lo avistaron los portugueses. La malaria azota sus dominios y contra ella es necesario extremar las precauciones. También la bilharzia (bilharziosis o esquistosomiasis, ahí es nada el nombrecito de la enfermedad) está presente en sus aguas. Un minúsculo gusano que se introduce a través de la piel y se aloja en la vejiga o el intestino grueso pudiéndose convertir en una pesadilla. Pero este parásito se localiza en las zonas de rocas y juncos donde las playas son más serenas y el agua menos activa, perfecto entorno para prologarse a su antojo.

El cabo Maclear, en el sur del Lago, es una lengua de arena que se adentra en sus aguas y el primer asentamiento donde se creó la Misión Livingstonia. El poblado ubicado en un bello y escondido recodo del lago se convirtió en la década de los 90 en el "Katmandú africano". Los viajeros menos convencionales lo eligieron como un rincón para perderse en el continente africano hasta que pasó de moda. Ahora, sus pobladores esperan que los viajeros regresen de nuevo para hacerles disfrutar de este idílico rincón. Seguimos ascendiendo por la costa lacustre hacia el norte y las misiones, aún activas, se van alternando con los alojamientos que a pie del lago aseguran proporcionar, sin lugar a dudas, una estancia inolvidable.

Nosotros elegimos la bahía de Senga para establecer durante varios días un campamento que nos permitiese poner al día todo el trabajo de recopilación de datos, minutar vídeo y ordenar los centenares de fotografías que intentan capturar la esencia de este curioso país. Siempre intentamos elegir lugares que cuando levantemos la vista de los ordenadores Toshiba, el alma se regocije con su entorno.

Una sencilla pero acogedora *rest house*, a escasos metros de lago, fue donde se alzó nuestra tienda durante varios días. Se llama "Baobab" por el enorme y precioso árbol que se levanta en mitad del terreno. El lago es hogar de más de quinientas especies de peces, uno de los motivos por lo cual ha sido incluido en la lista de Patrimonio Natural de la Humanidad, y el chambo es uno de los peces más populares para dejarse dorar sobre las ascuas de una parrilla. Resulta muchos más sabroso que la nsima, una especie de puré de harina de maíz insípido y pastoso, que sirve para rellenar generosamente cualquier plato y estómago... a condición de estar realmente hambriento.

Cuando nos introdujimos por primera vez en las dulces pero bravas aguas del legendario lago nos regocijó la

muerte de muchos indígenas y de muchos misioneros debido a la malaria y la bilharzia.



Es el tercer lago más grande del continente pero se asemeja más a un mar atrapado entre la jungla africana. Su oleaje, que cuando hay tormenta pueden alcanzar los 5 metros, da fe de ello.



Pescar, bucear, navegar por sus aguas a vela o en canoas para alcanzar las islas que se prodigan por sus aguas nos pueden permitir descubrir las maravillas de este tesoro acuífero en medio de la jungla africana.



Las misiones cristianas, ya sean nuevas o las históricas que se establecieron hace

ausencia de salitre, teníamos la sensación de penetrar en un océano pero sin tener que soportar las incomodidades de la salmuera. Una buena paliza nos dieron las olas que se estrellaban contra las playas de arena fina y dorada. Al menos, con tanta actividad, no nos surgió la duda si las moviditas aguas de esta zona pudiesen albergar la funesta bilharzia, ese fatídico gusano que infecta y hace impracticables muchas zonas de este paradisíaco lago que... cuando el viento arrecia en forma de bravas tormentas puede generar olas de hasta cinco metros. Pescar, bucear, practicar submarinismo, navegar por sus aguas a vela o en cruceros para alcanzar las islas que se prodigan por sus infinitas aguas nos pueden permitir descubrir las maravillas de este tesoro acuifero en medio de la jungla africana.

Mientras vislumbramos la costa mozambiqueña al otro lado del lago, recuerdo cuando contemplo desde Ceuta las tierras de la Península a tan sólo 14 kilómetros y la silueta del Peñón de Gibraltar penetrando en las aguas fundidas del Mediterráneo y el Atlántico. Pero ahora, mientras contemplamos la remota orilla mozambiqueña a más de 40 kilómetros y nos salpican en la cara gotas de agua éstas provienen de las vigorosas olas de un prodigioso lago que presume de la ambiciosa y apasionada pretensión de creerse un mar.

La Bahía de Nkhotakhota, antaño centro de la trata de esclavos de la región, aloja el histórico árbol bajo el cual se reunieron Livingstone y el jefe Jumbe. El comprometido misionero convenció al jerarca africano para acabar con la trata de esclavos. La vieja misión construida junto al árbol aún permanece en activo y su árbol ha seguido creciendo y creciendo sin olvidar el valioso acuerdo al que se llegó bajo sus ramas.

La nubosidad que se forma durante las primeras horas del día se van disipando a medida que el sol calienta con fuerza y el viento caprichosamente juega con las nubes atrayéndolas o ahuyentándolas a su antojo. Cuando alcanzamos la bahía de Nkhata, al norte del lago, el terreno se hizo más abrupto y avanzando por sus colinas arboladas alcanzamos la pequeña población homónima anidada en su abrupta ensenada.

Acampamos en un albergue de mochileros que, adaptándose a las características irregulares del terreno, cae en sucesivas terrazas naturales hasta confluír en una paradisíaca calita de fina arena. Desde ella podemos observar al amanecer las siluetas de los pescadores sobre sus canoas pescando mientras paseamos descalzos por su orilla o nos damos un chapuzón en sus cálidas aguas.

siglos, tienen un gran peso en la atención a los más necesitados. La pobreza del país no permite que el estado se haga cargo de ellos y la subsistencia de muchos depende de las ayudas internacionales y de las misiones.



En el interior, sin la bendición del lago, toda la economía se sustenta en la agricultura y vivir y morir depende de la meteorología y del control de plagas.



El cabo Maclear, en el sur del Lago, es una lengua de arena que se adentra en sus aguas. El poblado, ubicado en un bello y escondido recodo del lago, se convirtió en la década de los 90 en el "Katmandú africano".





La Bahía de Nkhotakhota, antaño centro de la trata de esclavos de la región, aloja el impresionante e histórico árbol bajo el cual se reunieron Livingstone y el jefe Jumbe para acabar con el ominoso negocio esclavista.



Cuando alcanzamos la bahía de Nkhata, al norte del lago, el terreno se hizo más abrupto y avanzando por sus colinas arboladas alcanzamos la pequeña población homónima anidada en su abrupta ensenada.



El descenso desde Livingstonia lo realizamos por el interior y parte de la ruta está marcada por la explotación maderera que intenta crear una economía estable que no dependa tanto de la meteorología.



Cuando bajamos al pueblo, el aluvión de gente abordándonos con cualquier excusa para venderte o atraerte hacia alguno de los alojamientos o simplemente pedirte algo fue realmente asfixiante hasta que la población se fue acostumbrando a nuestra presencia. La calma de la calita de nuestro alojamiento con los niños de los pescadores jugando en el agua fue la otra cara de la moneda de la asfixiante atmósfera del pueblo.

El punto más al norte que vamos a alcanzar será Livingstonia, para ello hemos de abandonar la ribera del lago y ascender una abrupta montaña. El recorrido hasta alcanzar sus 1.550 metros de altitud nos va a obsequiar con unas espectaculares panorámicas del lago y sus alrededores. Pero no fue fácil el camino para crear esta misión. En realidad, su fundación inicial se situó en el Cabo Maclear en 1875 por el Dr. Robert Laws. Inspirado por los principios que guiaron a Livingstone a "cristianizar" esta zona de África y sobre todo intentar acabar con el infame tráfico de esclavos.

Pero la malaria arrasaba entre los misioneros, fueron tantas las bajas causadas por la mortífera enfermedad que los misioneros pronto comprendieron que asentarse en las regiones colindantes al lago era firmar su sentencia de muerte. Por ello el Dr. Robert Laws, tras comprender por la vía dura que los asentamientos al borde del lago acabarían con sus objetivos misioneros, buscó una solución. Acompañado de un fiel nativo, Uriah Chirwa,

decidió explorar las tierras altas. Finalmente fundó la histórica misión en 1894 a 1.200 metros de altitud, con ello eludía, en la medida de lo posible, la incidencia del paludismo. La bautizó Livingstonia en honor al admirado misionero explorador y levantó el hospital más grande del sur de África en aquellos momentos así como una escuela que durante muchas décadas fue un referente por estas latitudes.

Para alcanzar el histórico emplazamiento es necesario zigzaguear por una estrecha y sinuosa pista de tierra y roca que pondrá nuestros nervios a prueba ya que apenas hay mantenimiento, la reductora se aseveró imprescindible. Las lluvias recientes han castigado el terreno arcilloso deslizando los caminos y haciendo emerger las rocas. Como consecuencia de ello el terreno se presenta en condiciones lamentables. Pero al llegar a la centenaria misión el viaje físico se ha convertido también en un viaje en el tiempo y los edificios victorianos de ladrillos rojizos que se levantan por sus polvorientas calles revelan indiscutiblemente los orígenes de sus fundadores. Casas con cubiertas a dos aguas con barandas de hierro forjado, torre del reloj en el centro del pueblo, iglesia de torres puntiagudas con una vidriera que retrata a Livingstone con su sextante, el edificio industrial que construyeron los misioneros para formar a los indígenas y ahora es el instituto técnico... sólo su población africana nos indica que no estamos en Gran Bretaña, estamos en África.

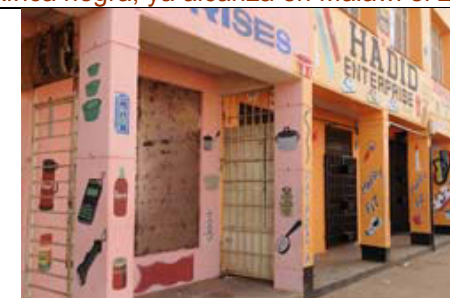


Desde este remanso de paz de la misión de Livingstonia nos encaminamos hacia el sur para alcanzar la joven

Los mercados a la vera del camino van amenizando nuestra peregrinación al sur.



Las dos imponentes mezquitas de la capital, financiadas principalmente por los países ricos del Golfo Pérsico, nos recuerdan la existencia de una población musulmana cuyo porcentaje, en continuo ascenso en el África negra, ya alcanza en Malawi el 20%.



Barrio comercial de Lilongwe, con la decorativa costumbre de representar en la fachada la mercancía a la venta.



Lilongwe, la capital, ha generado dos ambientes bien diferenciados. Al norte, el centro urbano (*City Centre*) representa el presente con una sucesión de parques y

capital del país, Lilongwe, fundada básicamente por comerciantes asiáticos en 1906. El porcentaje de vehículos todo terreno que se ven por la ciudad (y por todo el país) está mayoritariamente compuesto de organizaciones humanitarias que surgieron para paliar las grandes sequías que devastaron muchas cosechas. Ningún otro país del cono sur africano goza de tanto amparo y en los últimos años su presencia ha ido aumentando tan vertiginosamente que es imprescindible en el sustento de la economía del país. Una ayuda cuya fachada son impresionantes todo terrenos y seguramente entregada sin la preceptiva explicación de las circunstancias en las que se da, puesto que la primera reacción de la población al ver un extranjero es ir corriendo a pedirle algo, lo que sea, aunque no lo necesite, a veces a grito pelado aunque se encuentre al otro lado de un río.

Las dos imponentes mezquitas que, financiadas principalmente por los países ricos del Golfo Pérsico, se elevan en la capital nos recuerdan la existencia de una población musulmana cuyo porcentaje, en continuo ascenso en el África negra, ya alcanza en Malawi el 20% de los 13 millones de habitantes que tiene este pequeño país. Su tradición islámica se remonta al siglo XV con la llegada de los comerciantes musulmanes del norte. Con la expansión del cristianismo a finales del s.XIX el Islam fue perdiendo adeptos pero nuevamente se reforzó con la llegada de los musulmanes indios, por la influencia del África Oriental musulmana a comienzos del siglo XX y por las aportaciones millonarias de los países árabes del petróleo, cuya ayuda se centra principalmente en la construcción de mezquitas, comedores públicos y medersas (escuelas coránicas).

La capital, seccionada en dos por la Reserva de la Naturaleza junto al río Lilongwe, ha generado dos ambientes bien diferenciados. Por el norte, el centro urbano (*City Centre*) representa el presente con una sucesión de parques, edificios modernos de cemento y vidrio donde las oficinas, bancos y sedes administrativas concentran la actividad más urbanita. Pero al sur del río se extienden los barrios más antiguos (*Old Town*) que, aunque decrepitos y con poco o nulo interés arquitectónico, recupera los orígenes del joven e histórico asentamiento. Hoteles, restaurantes y mercados que concentran la esencia africana y algunos retazos del pasado colonial.

La pequeña capital del país, Lilongwe, ha sido el último alto en nuestra ruta por Malawi antes de comenzar a atisbar los nuevos horizontes de la última etapa de la Expedición Confines de África. También será la despedida de la extraordinaria fauna africana con dos grandes parques nacionales: el afamado South Luangwa y el Kafue, el mayor de toda África. Por ello nos preguntamos, entre toda su numerosa fauna salvaje... ¿conseguiremos avistar algún leopardo, el único de los cinco grandes que nos ha estado esquivando durante estos 5 meses de ruta transafricana? ¿Nos quitaremos esa espina? Crucemos los dedos y confiemos en las sorpresas de este

edificios de diseño moderno. Al sur se extienden los barrios más antiguos (*Old Town*), decrepitos y casi abandonados a su suerte. Con esta imagen de los grandes contratos africanos que conviven a tan solo unos metros unos de otros, nos preparamos para adentrarnos en el último país de la Ruta Confines de África: Zambia.



prometedor nuevo destino: Zambia.



### CRÓNICA-18 Cielos de Fuego. (Zambia)

Texto y fotografías: Marián Ocaña y Vicente Plédel

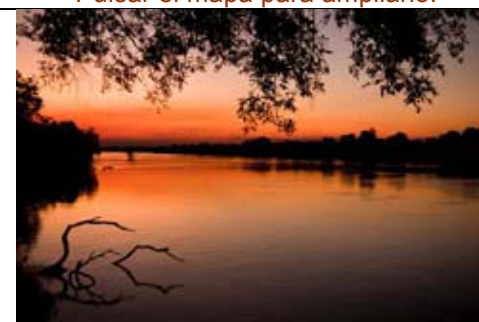
El radiante y despejado cielo del otoño, que ya se acaba, sigue siendo nuestro inseparable compañero de viaje. Las luces proyectadas por el otoño africano en el hemisferio sur arrancan los colores más bellos a los paisajes por los cuales nos vamos desplazando una vez vencidas las nubes y lluvias de la estación húmeda.

Los carteles para acabar con la corrupción empapan la frontera de Zambia. Buenas intenciones que vemos materializadas. Con un trato cordial nos dan recibos de los pagos que efectuamos por el costoso visado (50\$ por persona) y una curiosa tasa por “emisión de carbono”, que dependiendo de la cilindrada del vehículo oscila entre los 20\$ y 40\$. Incluso cuando vamos a pagar el impuesto de circulación nos dicen que si queremos pagarlos al salir del país podemos aplazarlo hasta entonces... pero preferimos llevar todos los papeles en regla desde el primer kilómetro recorrido en Zambia... por lo que pueda pasar. No sería la primera vez que algo “opcional” se convierte en “obligatorio” en el primer control de policía y se materializa en una jugosa multa.

La pequeña y ajetreada población de Chipata, donde la próspera comunidad de origen indio posee gran parte de los negocios, nos marca el rumbo para dirigirnos a uno de los tesoros más preciados de la geografía zambiana, el Parque Nacional de Lwanga del Sur. Ante los diez primeros kilómetros de asfalto de recorrido albergamos falsas esperanzas creyendo poder alcanzar nuestro objetivo por una carretera en condiciones pero nuestro gozo cayó en un pozo. Una pista polvorienta y agujerada que se extendía ante nosotros nos obligó a



Pulsar el mapa para ampliarlo.



En un campamento de espectaculares vistas al río Luangwa establecemos nuestra base en el Parque Nacional South Luangwa. Cuando se apaga el Cielo de Fuego, los últimos sonidos que escuchamos cuando nos subimos a dormir en nuestra tienda son



recorrer entre nubes de polvo y botes los siguientes 100 kilómetros aunque cuando alcanzamos las proximidades del pequeño aeropuerto, que han habilitado exclusivamente para visitar el parque, el asfalto reapareció para alivio de nuestros abatidos cuerpos y nuestro agüerido vehículo. Es evidente que Zambia, ante la imposibilidad de tener una buena red de carreteras, se centra en comunicar bien los lugares más importantes mediante vuelos, convirtiéndose principalmente en un destino para viajeros de alto poder adquisitivo que siempre unirán sus destinos por aire.

Con las luces del ocaso alcanzamos el parque que cerraba sus puertas a las seis de la tarde. Volcado en el turismo elitista, en su interior no hay campamentos, tan solo lodges de lujo que convierten la visita en un viaje de ensueño. Pero todo está muy bien organizado, al otro lado del río que cede su nombre a este espectacular parque, se ubican toda una serie de lodges más asequibles y buenos campamentos al borde del río donde se puede acampar. En uno de esos campamentos establecemos nuestra base y la extrema cercanía al parque hace que los últimos sonidos que escuchásemos cada día, antes de subir a dormir a nuestra tienda, sean los vigorosos gruñidos de los hipopótamos que pueblan las orillas del prodigioso río. Y cada crepúsculo... el firmamento se prende en llamas, Zambia se convierte en el país que nos deleitaría con el mayor número de Cielos de Fuego, obligándonos a detenernos cada atardecer para contemplar este extraordinario espectáculo.

Nada más cruzar el puente sobre el río Luangwa y con los primeros rayos del sol nos topamos con un grupo de desconfiados búfalos que daban buena cuenta de unos arbustos al borde del camino. Por un momento dejaron de masticar su comida para observarnos fijamente hasta que al considerarnos inofensivos siguieron con su desayuno. Decidimos tomar rumbo norte para explorar esta zona del parque que discurre siguiendo el ritmo que marcan las aguas del río Luangwa, ahora más apacibles tras la época de lluvias. Unos inquietos y escandalosos babuinos, que sabían como imponer su autoridad sobre los más jóvenes, merodeaban por la zona de las lagunas que ahora atravesábamos mientras unos elefantes bebían en sus orillas pausadamente. Nos llama la atención el tamaño menudo de los elefantes, parecían elefantes jóvenes esperando dar el gran estirón pero no. En realidad se trataba de elefantes adultos pero los biólogos todavía no han encontrado una explicación que justifique esta anomalía que les impide crecer más. La presencia de estos elefantes “encogidos” sólo se da en esta zona de África.

los vigorosos gruñidos de los hipopótamos que pueblan las orillas del prodigioso río.



El alma y razón de ser del parque es el grandioso río Luangwa, da vida a este magnífico ecosistema y comenzamos la exploración siguiendo su arenosa rivera.



El parque se va abriendo como si se levantase el telón de un magistral teatro y la puesta en escena del prodigioso entorno por el que nos movemos sigue ofreciéndonos espectáculos como los encuentros con el rey de la selva: el león.



Los antílopes de agua o *waterbucks*, con la inconfundible “diana” en sus posaderas, escapan de los depredadores gracias a su



facilidad para moverse por el agua y a una sustancia pestilente que segregan.



El encuentro con esqueletos es habitual, algunos espectaculares como el de este hipopótamo. ¿Muerte natural o víctima de los depredadores? Imposible saberlo.

El parque se iba abriendo como si siguiera levantándose el telón de un teatro magistral e inimitable a medida que avanzábamos, dejando ante nosotros amplias praderas arboladas. La puesta en escena del prodigioso entorno por el que nos movíamos seguía ofreciéndonos espectáculos como el de un numeroso grupo de jirafas bastante inquietas por la presencia entre sus filas de una hembra en celo, a juzgar por la premura de los machos por acercarse a la angustiada hembra, que no obstante sabía como torearles.

La pista que nos sigue dirigiendo hacia el norte nos obliga en un momento dado a vadear el río Luangwa. Un nutrido grupo de hipopótamos permanecía zambullido en el agua durante las horas más cálidas del día con sus inseparables crías pegaditas a sus madres al tiempo que unos suspicaces cocodrilos se introducen raudos y veloces en el agua cuando intuyen nuestra presencia. Una manada de antilopes de agua o *waterbuck*, inconfundibles por el círculo blanco que rodea sus posaderas a modo de diana, se erigen como los antilopes más numerosos que se prodigan por estas tierras. Gracias a su facilidad para moverse por el agua y a una sustancia pestilente que segregan mantiene alejados a los depredadores que acechan por el parque. Las manadas de leones son legendarias en este parque y, aunque la noche los mantiene más activos, tuvimos la oportunidad de encontrarnos a dos metros de dos grandes machos de melenas de fuego.



Los dientes de las aguas, acechando entre la vegetación flotante o languideciendo sobre la arena... hacen imposible relajarse en las cercanías de los márgenes del río.

El tercer día de nuestra estancia, cuando apenas quedaban unos minutos para que se pusiera de nuevo el sol y tuviéramos que abandonar el parque... percibimos un movimiento sospechoso de una banda de aves. Un grupo de faisanes de Guinea correteaban inquietas por un claro del bosque, acechadas por una forma difusa mimetizada con la tierra que las rodeaba. Imposible distinguir nada mientras estuviese quieto pero cuando decidió a avanzar hacia las aves ya distinguimos al depredador, sus características manchas cubriendo su grácil y robusto cuerpo lo identificaba con el esquivo depredador que nos ha estado evitando durante cinco meses: ¡el leopardo! Este solitario y esquivo felino se nos ha resistido durante toda la expedición, recorriendo un parque tras otro sin poder avistarlo. ¡Por fin lo teníamos ante nosotros en toda su magnificencia!



Las cebras avanzan por las praderas, seguidas de sus pequeñas y graciosas crías

No consiguió cazar ningún faisán sobre los que había puesto su punto de mira y continuó su camino hasta que pasó junto a nosotros, a tan solo dos metros de nuestro vehículo. Fue un encuentro durante mucho tiempo anhelado, deseado y realmente emocionante que colmó todas las expectativas que teníamos de este magnífico parque. El leopardo es una fiera solitaria que desarrolla su actividad durante la noche pero el destino ha querido recompensarnos con su encuentro en un mágico atardecer que nunca olvidaremos.

Un flamante día con el sol nuevamente resplandeciente sobre nosotros va a iluminar nuestra exploración hacia la zona sur del parque. Las cebras se entremezclan por la pradera con los ímpalas y con algún facochero, todos ellos seguidos de sus pequeñas y graciosas crías que imitan en todo a sus atentas y protectoras madres. Una manada de elefantes abandona una laguna tras darse un buen baño para dirigirse hacia una zona más boscosa donde poder comer a su antojo toda rama o arbusto que se cruce en su camino. Son insaciables y demolidores. Intentamos avanzar por algunas pistas alternativas para acercarnos al borde de algunas lagunas pero las lluvias de la pasada estación húmeda las han destrozado y el sol ha resecaado la tierra hasta convertir el terreno en una superficie resquebrajada y desgarrada que convierte nuestro tránsito en un avance espantoso. Recuperada la pista principal nos encontramos con unos gigantescos y esbeltos baobabs de ramas retorcidas y envolventes que proyectan su inquietante sombra sobre el suelo reseco sobre el que se calcinan bajo el sol los huesos de un malogrado animal.

A la sombra de un árbol del camino nos cruzamos con una familia zambiana musulmana de Lusaka, la capital. Estaban tomando su almuerzo y nos invitaron nada más vernos con la hospitalidad y generosidad que caracteriza a los musulmanes. La inherente hospitalidad propia de los musulmanes nos hace sentir como si nos conociéramos de toda la vida; nos invitan a sentarnos en la manta que habían desplegado en el suelo y nos ofrecen deliciosas samosas, pollo tikka y otras exquisiteces que sólo la cocina oriental consigue elaborar. Y nos contaban como durante la pasada noche su 4x4 fue atacado por una elefanta glotona que olió en el interior del vehículo una bolsa de fruta que habían dejado sus propietarios. A base de trompazos violentos consiguió romper los cristales y se comió la fruta sin que nada ni nadie pudiese frenar al insaciable paquidermo. Cuando los guardas, alarmados por el ruido proveniente del parking del lodge, se acercaron, pudieron contemplar la dantesca escena. Intentaron espantarla pero la elefanta les dejó bien claro que “no había terminado” y que no intentasen acercarse. Cuando se fue, alertaron a nuestros anfitriones, pero tan sólo pudieron contemplar el

que imitan en todo a sus atentas y protectoras madres.



Los safaris nocturnos son imprescindibles en los parques nacionales, permiten contemplar la intensa vida nocturna y soberbios espectáculos como los de grandes manadas de leones en plena expedición de caza.



En South Luangwa, la aventura está siempre presente, ya sea con la permanente presencia de depredadores o con vadeos.



Algunas de las lagunas que salpican el parque están cubiertas por tanta vegetación que es imposible apreciar el agua que las llenan. De repente, el manto verde que las tapiza se rasga y emergen unas pequeñas orejas, luego unos ojillos y finalmente la

resultado de los destrozos: la mitad de sus cristales rotos, las puertas posteriores abolladas y el portón trasero casi arrancado. Moraleja: nunca dejar comida dentro del coche cuando haya elefantes cerca. Rápidamente hicimos memoria por si acaso teníamos fruta o verdura dentro de nuestro todo terreno. En nuestro caso, es todavía más peligroso porque dormimos encima del todo terreno y el ataque al vehículo se convierte rápidamente en ataque a personas si estamos en medio de su botín. Agradecidos por el delicioso tentempié y la agradable compañía de esta familia zambiana nos despedimos para emprender de nuevo el recorrido por el parque.

Algunas de las lagunas que salpican el parque están cubiertas por tanta vegetación que es imposible apreciar el agua que las llenan y de repente del manto verde que las tapiza emergen unas pequeñas orejas que vaticinan el descomunal animal que está a punto de emerger. Las titánicas cabezas de varios hipopótamos van surgiendo escalonadamente tras prolongadas inmersiones, toman oxígeno, inspeccionar los alrededores y se vuelven a sumergir.

Los safaris nocturnos son un plato fuerte en todos los parques nacionales pero al estar prohibidos los vehículos privados por la noche, dejamos nuestro todo terreno en el campamento "Flatdogs" y nos subimos a uno de sus jeeps descubiertos. Tras contemplar un nuevo cielo de fuego con las luces escarlatas de los últimos rayos de sol jugando al escondite con las nubes del horizonte, avanzamos por las oscuras pistas alumbrando con un foco los márgenes del camino. Las hienas, jinetas, servales y cívetas que esporádicamente se cruzaron por nuestro camino eran los protagonistas de la noche hasta que poco después perdieron protagonismo cuando apareció una impresionante manada de leones. Conté, emocionada, más de 12 leones, todos ellos en parsimonioso avance, ignorando nuestra presencia mientras buscaban una buena cena que saciara sus hambrientos estómagos. Una de las leonas intentó suerte con un hipopótamo que se encontró por el camino, realmente espectacular presenciar in situ cómo acechaba al corpulento animal pero, tras más de 4 minutos con la mirada clavada en ese rollizo paquídermo, desistió. Seguramente vio esa presa como un proyecto demasiado ambicioso.

Tras ese abandono, la depredadora de la sabana se une al desfile que protagonizan ante nosotros los reyes de la selva. Los soberbios paisajes, la gran cantidad de fauna y la extrema amabilidad y profesionalidad de los guardas han convertido al Parque Nacional South Luangwa en uno de nuestros favoritos en África.

descomunal cabeza de algún hipopótamo.



El tercer día de nuestra estancia, cuando apenas quedaban unos minutos para que se pusiera de nuevo el sol y tuviéramos que abandonar el parque... el esquivo depredador que nos ha estado evitando durante cinco meses: ¡el leopardo!



Al poner de nuevo rumbo sur, la fauna salvaje es ahora reemplazada por pequeñas cabañas de adobe y paja que van salpicando la sabana arbolada hasta Chipata. La gente vive humildemente con la agricultura de subsistencia.



Con fauna salvaje o sin ella, lo que es inherente a África son sus cielos y sus grandiosos atardeceres.

La fauna salvaje del parque es ahora reemplazada por las pequeñas cabañas de adobe y paja que van salpicando la sabana arbolada por las que nos desplazamos de regreso a Chipata. La gente vive humildemente con la agricultura de subsistencia que le proporcionan los campos de algodón junto a bananeros, patatas y maíz que, al mismo tiempo, son algunos de los ingredientes que componen su monótona dieta alimenticia.

Tras recorrer de nuevo los 130 kilómetros que nos separaban del eje principal nos sacudimos el polvo del camino y afrontamos la etapa de 600 kilómetros que nos restaban hasta la capital, Lusaka, pero esta vez por asfalto. Un gigantesco puente nos permite sortear el río Luangwa y un amable, pero escrupuloso, control de policía al otro lado del puente se cerciora que todos los papeles del coche y nuestros visados estén en regla. Tras un “safe travel” seguimos avanzando. El siguiente control se produjo cuando debían examinar nuestro coche por si ocultábamos “polizontes”. Pero los “polizontes” que buscaban eran moscas tse-tsé, un malévol insecto que transmite un parásito que provoca la enfermedad del sueño cuyo desenlace puede ser mortal. Zambia es una zona proclive a ello y sobre todo afecta al ganado vacuno, a las cabras y a los caballos aunque están tan expuestos a ellas que muchos acaban haciéndose inmunes a su parásito.

La puesta de sol nos sorprende poco antes de entrar en Lusaka pero una vez más nos sedujo como si fuera la primera vez que la contemplásemos. El aletear de unas enormes aves que buscaban descanso en las ramas retorcidas de las acacias mientras el sol se ocultaba quemando el horizonte con su fulgor rojizo, en un último hálito en su resistencia a desaparecer. Una grata recompensa a una dura jornada de conducción de más de 600 kilómetros. Las siguientes luces que nos acompañaron hasta la capital fueron las que emitían los vehículos que nos cruzábamos en el camino.

La joven ciudad, fundada por colonos europeos en 1905, nos sorprendió... agradablemente. A pesar de ser impersonal y carente de arquitectura interesante, está limpia, ordenada y con una población muy acogedora y tranquila para ser una gran ciudad. Los lugareños son realmente amables y siempre que se acercan a charlar con nosotros lo hacen con una gran sonrisa en sus rostros y mostrando una gran cordialidad. Nunca llegan a pedir nada, tan solo les empuja la curiosidad de hablar con los extranjeros que se mueven por su ciudad.

Acamparemos en el backpackers Chachachá, cuyo nombre conmemora la “revolución Chachacha” de 1960, cuando Kaunda, un africano discípulo de Ghandi, animó al pueblo de la entonces Rodhesia del Norte a la desobediencia civil para conseguir la Independencia que finalmente consiguieron en 1964.



Lusaka, la joven capital, fundada por colonos europeos en 1905, nos sorprendió... agradablemente. A pesar de ser impersonal y carente de arquitectura interesante, está limpia, ordenada y con una población muy acogedora y tranquila.



El tráfico no es caótico y los barrios donde se concentran los mercados muestran una gran actividad. Sus comercios están pintados de vivos colores y dibujan en sus fachadas los productos con los que comercian.



Mezquitas, templos hindúes e iglesias, codo con codo, muestran la armonía y tranquilidad que reina en Zambia. Si nos preguntasen cual es el bien más preciado de Zambia, responderíamos... la paz y la concordia.

La copa de las Confederaciones que se celebra en Sudáfrica es inminente y todos están pendientes así que cuando decimos que somos de España se les abren los ojos de sorpresa. Algunos nos preguntan como se dice *hola, gracias, hasta luego* en español y lo pronuncian muy bien. Y después de unas risas nos desean buena estancia en su país. El tráfico no es caótico y los barrios donde se concentran los mercados muestran una gran actividad. Sus comercios están pintados de vivos colores y dibujan en sus fachadas los productos con los que comercian. La mezquita y el templo hindú se encuentran uno junto al otro, en aparente armonía en una avenida que nos conduce hasta un precioso edificio colonial ahora sede del Ministerio de Defensa situado justo en frente de la Embajada Estadounidense.

La policía es implacable con la doble fila y con aquellos que se saltan los prohibidos aparcar. A los conductores infractores no les da tiempo a darse cuenta cómo les colocan un cepo en sus ruedas, a nosotros nos llegaron a poner uno... ¡estando dentro del coche mientras mirábamos el mapa! Se acercaron sigilosamente por detrás, evitando ser descubiertos por los retrovisores y en un visto y no visto estábamos inmovilizados con un cepo en la rueda posterior izquierda. Si querían una mordida o una multa no quedó claro pero, tras 15 minutos de charla pausada repitiendo una y otra vez que no se puede poner un cepo a un coche tan solo detenido y con el conductor al volante... conseguimos que quitasen el cepo sin tener que abonar nada.

Pero los rascacielos, los semáforos y el tráfico de la gran ciudad vamos a sustituirlo por otro de los grandes espacios salvajes de Zambia, el parque más extenso de África: Parque Nacional de Kafue. Un reciente e impecable asfaltado que nos lleva de Lusaka hasta las puertas del parque más grande de África nos alerta, no obstante, que moderemos la velocidad porque podrían cruzarse animales salvajes. Los puestos de verduras al borde del camino serán los últimos asentamientos humanos antes de entrar en el parque. Sus 22.400 km<sup>2</sup> acogen entre otros muchos animales salvajes a los cinco grandes (búfalo, elefante, rinoceronte, leopardo y león) pero las lluvias han provocado grandes destrozos por todo su territorio y a ello hemos de sumar las anuales quemadas controladas de rastrojos que sólo han dejado a la vista las chimeneas creadas por las incombustibles e hiperactivas termitas. Los animales se han dispersado ante estos acontecimientos por su ancha y larga geografía.

Un elefante despistado y varios hipopótamos perezosos sumergidos en el río Kafue fueron algunos de los



El único gran edificio colonial que ha perdurado hasta nuestros días es el Ministerio de Defensa, lo cual hace muy complicada la visita... y sacarle una foto.



Pero los rascacielos, los semáforos y el tráfico de la gran ciudad vamos a sustituirlo por el Parque Nacional Kafue, el más extenso de África. Sus 22.400 km<sup>2</sup> acogen entre otros muchos animales salvajes a los cinco grandes: búfalo, elefante, rinoceronte, leopardo y león.



El río Kafue es el generador de este inconmensurable parque nacional y si ahora la fauna se haya dispersa, en breve se aglutinará en los alrededores del maná de esta sabana: su río.

pocos inquilinos del parque que se dejaron ver. Los facocheros quedaban camuflados sobre la tierra calcinada que aún en algunos tramos exhalaba pequeñas nubes de humo. Un humo que, junto a los 33°C que reinaban en la zona, generaba una atmósfera enrarecida. Estábamos solos en el parque y empezábamos a amodorrarnos cuando nos cruzamos con las cuadrillas que llegaban para iniciar las labores de rehabilitación de las castigadas e inoperativas pistas con las que nos fuimos topando durante nuestro avance por el norte del parque. Tenían que dejarlo todo a punto para recibir el grueso de los visitantes que llegan principalmente entre julio y agosto. Meses durante los cuales el avistamiento de animales salvajes será más propicio que durante mayo y junio. Los lodges que dentro del parque acogen junto a los ríos a los visitantes también estaban repasando los últimos detalles aunque en su zona de camping ya se veían algunos campistas.

La acampada en el Kafue fue el momento mágico de nuestra estancia por este entorno salvaje. La bochornosa calima del día se transformó en una refrescante brisa nocturna a medida que la sombra rosácea del atardecer se reflejaba en las serenas aguas del río Kafue. Esta bajada de temperatura nos sirvió de perfecta excusa para preparar una magnífica hoguera que nos tuvo hipnotizado durante varias horas ante ella. Mientras, los roncós y escandalosos gruñidos que los hipopótamos emitían desde el río eran los únicos sonidos que acallaba el crepitar de la leña ardiendo bajo el maravilloso y desbordante cielo estrellado del África Austral. Las estrellas competían con las chispeantes centellas que desprendía nuestra hoguera cuando la avivábamos con nuevos troncos. Sobre la una de la madrugada, con el trémulo fulgor que las infinitas estrellas proyectaban sobre la tierra, nos retiramos a nuestra tienda a descansar mientras la luna creciente nos sonreía.

El sur del parque no nos reservaba muchos encuentros, al menos de los que deseábamos nosotros. Para empezar la carretera que comunica el norte con el sur es un infecto camino abandonado que en su día estuvo pavimentado cuando construyeron la presa Ithezi-Thezi hace más de una década y que en el transcurso de este tiempo se ha abandonado. De ahí que de nuevo los socavones mutantes en sus más variadas formas junto a los jirones de asfalto y la chapa ondulada ralentizará enormemente nuestro avance y nos obligará alcanzar la presa ya de noche. El guarda de esta nueva entrada del parque no vaciló cuando le pedimos permiso para acampar junto a su garita. Mientras preparábamos nuestra cena con el infiernillo entre los matorrales cercanos se asomó una hiena que prefirió seguir su camino en otra dirección. Por la mañana la guarda de día, una preciosa africana de pelo largo y rizado, nos alertó sobre un elefante que se estaba acercando peligrosamente. Mientras veíamos



Aunque nuestra llegada a Kafue fue prematura, sí que pudimos tener esporádicos encuentros con su fauna.



Si bien en un mes los elefantes colonizarán la ribera del río por manadas ingentes, ahora nos tenemos que conformar con vislumbramientos aislados de machos solitarios.



Tras la quema controlada de maleza, comienzan a aparecer los primeros antílopes. Son la avanzadilla de los miles de herbívoros que llenarán las praderas del parque nacional en cuanto la hierba comience a crecer de nuevo.

como su compañero que hizo el turno de noche cogía el rifle por lo que pudiera pasar. Pero afortunadamente, después de arrancar varias ramas de los árboles circundantes, también se alegró del lugar. ¡¡¡Esto es África!!! Vamos a ver más animales fuera de las “fronteras” del parque que en dentro del parque mismo.

En el sur el bosque era aún más tupido y envolvente que en el norte pero cuando se abre y accedemos a la sabana nos abrimos paso por campos de malezas tan crecidas que llegan alcanzar el metro y medio de altura. Esto significa que aunque tengamos un león a 1 metro es imposible localizarlo con la maleza tan alta. Las lenguas de arena sobre las que tuvimos que avanzar pusieron a prueba, una vez más, la eficacia de nuestras ruedas BF Goodrich. Como si nos deslizáramos con esquíes sobre nieve, la arena blanca y fina del parque nos acompañó durante numerosos tramos. Pero en esta ocasión tan solo se dejaron ver unos antílopes despistados y algunas sorprendidas gacelas. Eso sí, nunca faltó una irritante y hostigadora nube de insectos, alocados parásitos que se precipitaba sobre nuestro vehículo y sobre nosotros cuando abríamos las ventanas o las puertas para fotografiar y grabar. La pista que transcurre al este del parque estaba completamente anegada así que tuvimos que optar por la pista oeste. Cuando abandonamos el parque por la puerta Kalomo en el sureste del parque encontramos al guarda en camiseta y pantalón corto en su casa. Pitamos en un par de ocasiones y rápidamente se presentó sorprendido, pues por esta puerta apenas salen o entran visitantes y con la sonrisa cordial que caracteriza a los zambianos nos abrió la barrera y nos deseó buen viaje.

El parque Kafue se resistió a ofrecernos su mayor tesoro, su increíble fauna salvaje, pero nos proporcionó la noche más bella de toda la ruta a la luz de una hoguera junto al río Kafue y con la compañía cercana de los hipopótamos como camaradas de campamento.

Cuando llegamos a la ciudad de Livingstone pudimos divisar en la distancia una enorme nube blanca que, sobre la lejanía, se elevaba varios metros sobre la tierra. Nos separaban once kilómetros y ya podíamos atisbar la tremenda vaporización del agua de las indomables aguas de las cataratas más admiradas del mundo. La antigua capital de Zambia es una pequeña población cuyo motivo de existir gira en torno al espléndido tesoro natural que poseen. Ahora se encuentran, tras las lluvias de los meses pasados, en su momento más álgido. Apenas pueden distinguirse las aguas del río Zambeze debido al intenso caudal que se desborda por la terraza de 1.700 metros de anchura que posee. Zimbabue muestra un espectáculo increíble de las cataratas pero es Zambia quién físicamente las aloja. Y aunque meses atrás la gente podía bañarse en las pozas que se forman al borde de



Los paisajes, sin llegar a ser ni la mitad de soberbios que los de South Luangwa, sí que poseían algunas zonas que hacían sentir al visitante la grandiosidad de África y su peculiar ecosistema.



El gran pantano de Kafue genera suficiente energía hidroeléctrica para todo el país y... hasta la exporta a sus países vecinos. A la par genera un espectacular hábitat para peces y aves acuáticas.



El retorno a la “civilización” desde Kafue se realiza a través de estrechas pistas que se abren paso entre la sabana arbolada. Se tiene que emplear la tracción integral y, una vez más, también salen victoriosas las resistentes cubiertas BF Goodrich.



las cataratas ahora este torrente bravío e inagotable arrasaría sin contemplaciones cualquier cosa que intentará asomarse al bravío precipicio.

Las exuberantes Cataratas Victoria, con su arrebatador caudal de desbordante vitalidad, marcan el punto de inflexión de esta maravillosa ruta. Así pues, con las imágenes, sensaciones y vivencias atesoradas en nuestra memoria durante los últimos meses comenzamos nuestro particular éxodo hacia la costa atlántica. Walvis Bay, a 2.000 kilómetros de distancia, nos espera y será nuestro último destino antes de retornar a la vieja Europa.

Cruzamos de nuevo un puente que se alza sobre el emblemático Zambeze, que aquí transcurre tranquilo delimitando las fronteras entre Zambia y Namibia hasta que estalla exultante en su atropellada caída por ese precipicio de 110 metros en Victoria. La cordialidad del puesto fronterizo de Zambia nos sigue poniendo de manifiesto el encantador y afable carácter del pueblo zambiano.

Pero ya nos encontramos por los solitarios parajes de rectas infinitas que caracteriza los caminos del Caprivi en Namibia. Las señales de "peligro elefantes" son las únicas que nos van a mostrar la figura del corpulento paquidermo porque éstos se niegan a hacer acto de presencia. En Rundu comienzan a aparecer poblaciones que ya tienen más entidad urbana. Grootfontein, Otavi, Otjiwarongo, Omaruru, Karibib, Usakos, Swakopmund... una tras otra fuimos recorriendo estas poblaciones donde la presencia blanca se hace cada vez más patente. Y la huella de la colonización se hace presente con sus preciosos edificios coloniales y sus avenidas de frondosos árboles floridos. Los viejos ferrocarriles recuerdan el motivo de la llegada de los blancos, la explotación de las minas de oro, diamantes y mármol. Y por fin nos acercamos a la costa después de casi 2.000 kilómetros desde que dejamos la legendaria Livingstone en Zambia.

Tras los soleados días que acompañaron nuestro éxodo hacia Walvis, a medida que nos acercábamos a la costa nos encontramos con una muralla de niebla que lo fue envolviendo todo. Una vez en la costa, apenas podemos distinguir el océano Atlántico mientras avanzamos por la carretera que transcurre pegada al mar entre Swakopmund y Walvis Bay.

En Walvis nos volvimos a reencontrar con algunos de los amigos que dejamos en nuestra anterior visita a la ciudad. Con Pedro en la Casa del Mar, con Pilar Veiga de la agencia Spanamcc, con la cual vamos a tramitar el



La llegada a Kalomo implica el reencuentro con los mercados, volveríamos a comer alimentos frescos y ya no haría falta racionar el consumo de combustible.



¡¡Livingstone!! Cuando llegamos a la antigua capital de Zambia, divisamos en la lontananza una enorme nube blanca sobre el río Zambeze. En breve llegaríamos a las indomables aguas de una de las cataratas más admiradas del mundo.



Las exuberantes Cataratas Victoria, con su arrebatador caudal de desbordante vitalidad, marcan el punto de inflexión de esta ruta maravillosa. Con las imágenes, vivencias y sensaciones atesoradas en nuestra memoria durante casi seis meses iniciamos un éxodo hacia la costa atlántica para finalizar en Walvis Bay, a 2.000 Km. de distancia.

traslado de nuestro infatigable compañero 4x4 hacia España, conocimos al nuevo director de La Casa del Mar, Daniel, que ha sustituido a la hospitalaria Ana de Dios. Y conseguimos reencontrarnos con Tino, el arquitecto valenciano que conocimos en Swazilandia y que nos prometió hacer lo imposible por reencontrarse con nosotros al final del viaje para despedirnos. Y así lo hizo. Desde Maun (Botswana) se recorrió con un pequeño turismo alquilado en Sudáfrica más de 2.000 kilómetros para volvernos a reencontrar. Esta vez venía acompañado con su novia Carmen, que le acompañaba en la etapa por Botswana y Namibia., sacrificando la visita de los Himba para poder coincidir los escasos días que nos restaban por África antes de volver a España. Fue un encuentro entrañable que nos permitió de nuevo disfrutar de largas horas de conversación intercambiando vivencias durante la cena y el desayuno que compartimos antes de acercarnos al aeropuerto de Walvis Bay y despedirnos. La próxima cita será en España cuando Tino finalice su periplo de Cabo a Cairo.

**La Expedición "Ruta Confines de África" nos ha permitido adentrarnos, con sus luces y sombras, en el intrincado puzzle que configura el impredecible y diverso mosaico africano. Donde formas de vida ancladas en la prehistoria se entremezclan con la tecnología digital en una simbiosis inverosímil y difícil de asimilar. Donde la opulencia de unos pocos agravia dolorosamente la miseria de muchos. Donde la tensión étnica de unas zonas africanas se alterna con tribus que mantienen relaciones cordiales. Donde líderes africanos sin escrúpulos, aduciendo igualar a todos, los arruina aún más. Donde muchas personas luchan por un futuro tan incierto como descorazonador... sin perder la sonrisa en su rostro. Donde la espectacular belleza de su naturaleza, sus sobrecogedores atardeceres y su fascinante fauna les hace únicos en todo el planeta . . . todo ello es . . .**

**¡África!**



Entramos en Namibia y en Rundu comienzan a aparecer poblaciones que ya tienen más entidad urbana. Grootfontein (foto superior), Otavi, Otjiwarongo, Omaruru, Karibib, Usakos... una tras otra fuimos recorriendo estas poblaciones donde la presencia blanca ya es casi mayoritaria en algunos casos.



Una última acampada entre las dunas del desierto del Namib, al día siguiente llegaríamos a Walvis Bay. Como cada día, volcamos todos los datos y fotografías en los Toshiba y hacemos dos copias de seguridad.



Llegó el momento del adiós, la Ruta Confines de África concluye con nuestro 4x4 entrando en un contenedor que lo llevará a España. El viajero y amigo Tino, que está cruzando toda África, y su novia Carmen, estuvieron con nosotros en un momento tan especial. Han sido 6 meses de contrastes entre su fauna, soberbia naturaleza y



emotivas vivencias que sólo se pueden encontrar en un sitio: ¡África!